

LA AMÉRICA

CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

DIRIGIDA POR

D. EDUARDO ASQUERINO

CON LA COLABORACION DE LOS SEÑORES

D. José J. Acosta, D. José M. Alcalde, D. José Anchorena, D. Pedro Arnó, D. Antonio Arruti, D. Eusebio Asquerino, D. Gumersindo Azcárate, D. Joaquin Baeza,
D. Pedro M. Barrera, D. Julio Domingo Bazan, D. Manuel Becerra, D. Pedro Becerra y Alfonso, D. Ricardo Becerro de Bengoa, D. Eusebio Blasco,
D. Hermenegildo Botero, D. P. Calvo Martin, D. Francisco Cañamaque, D. Ramon de Campoamor, D. Emilio Castelar, D. Fernando Corradi, D. Bernardo Coutó,
Conde de Cheste, D. Narciso Diaz Escobar, D. Antonio M. Duimovich, D. José Echegaray, D. Camilo A. Echevarri, D. Arcesio Escobar, D. José M. Ezquerdo,
D. Juan Fastenrath, D. Rafael Fernandez Neda, D. Nemesio Fernandez Cuesta, D. Manuel Fernandez y Gonzalez, D. Manuel Antonio Fernandez,
Mr. Camilo Flammarion, D. Manuel Foronda, D. Enrique Frexas, D. Antonio García Gutierrez, D. Ignacio Gomez, D. J. Gomez de la Mata, D. José Grinda,
D. Juan Güell y Mercader, D. J. J. Jimenez Delgado, D. Plácido Langle, D. Antonio Ledesma Fernandez, D. Ramon Lista, D. Lúcio V. Mansilla,
D. Benito Más y Prat, Marqués de San Gregorio, D. Tristan Medina, D. Federico Melchor y Lamouette, D. Juan José Molina, D. José Mompou, D. M. A. Montejo,
D. Miguel Moya, D. Francisco de P. Muñoz, D. M. de P. Navarrete, D. M. Nuñez de Acer, D. Pablo Nougés, D. Eugenio de Olavarría y Huarte,
D. Joaquin Olmedilla y Puig, D. Alfredo Opisso, D. A. del Palacio, D. Manuel Pedregal, D. Rafael Angel de la Peña, D. Manuel de Perez Ruano,
D. Pedro Ponce de Leon, D. Bernardo Portuondo, D. Manuel Prieto y Prieto, D. Mariano Ramiro, D. Manuel Reina, D. José M. Retes, D. Juan de D. Restrepo,
D. Gabriel Rodriguez, D. José Rodriguez Mourelo, D. Tomás y D. Cándido Rodriguez Pinilla, D. Ramon Rosa, D. S. Rueda, D. P. Ruiz Albistur, D. José Selgas,
D. Ricardo Sepúlveda, D. Luis Simarro, D. Enrique Ucelay, D. Manuel Uribe, Doña Enriqueta Varea de Albarrán, D. Héctor Florencio Varela,
D. Demetrio Viana, D. Luis Vidart, D. Eduardo Villa, D. José Estéban Zamarra, D. Márcos Zapata, D. Francisco A. Zea y D. Julian Zugasti.



TOMO XXII.—AÑO 1881.



MADRID 1881
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de M. P. Montoya y Compañía.
Caños, 1.

LA AMÉRICA

CRÓNICA HISTÓRICO-AMERICANA

DIRECCIÓN POR

D. EDUARDO ALCALÁ

EN LA FORTALEZA DE LOS REYES

El presente número de la revista "La América" contiene una serie de artículos de gran interés histórico y geográfico. En primer lugar, se trata de la exploración de América por parte de los europeos, desde los viajes de Colón hasta los descubrimientos de los siglos siguientes. Se analizan los factores que impulsaron a los navegantes a cruzar el Atlántico y a descubrir un nuevo mundo. También se describen las rutas marítimas y terrestres que se abrieron, así como el impacto de estos descubrimientos en la historia mundial. Otro tema central es el proceso de colonización y la explotación de los recursos naturales de América. Se detallan las actividades económicas que se desarrollaron, como la minería y el comercio de productos agrícolas. Se discuten también las consecuencias sociales y culturales de la colonización, así como el papel de la Iglesia y el Estado en la gestión de los territorios recién descubiertos. Finalmente, se aborda el tema de la independencia de América Latina, se describen los movimientos de liberación y se analizan los factores que llevaron a la ruptura con España. El artículo concluye con una reflexión sobre el legado de América y su importancia en el mundo contemporáneo.

INDICE

- 1. La exploración de América por los europeos
- 2. El proceso de colonización y explotación de América
- 3. La independencia de América Latina
- 4. El legado de América en el mundo contemporáneo



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.



COLABORADORES: Señores *Amador de los Rios*, Alarcon, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. Asquerino, Aubon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, *Ayala*, *Alonso (J. B.)*, Araquistain, Anchorena, *A Ibarne*, *Ardayán*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barzanallana* (marqués de), *Becerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremon*, *Breton de los Herreros (Manuel)*, *Biasco*, *Calvo Asensio (D. Pedro)*, *Campoamor*, *Camus*, *Canalejas*, *Cañete*, *Castelar*, *Castro y Blanc*, *Cánovas del Castillo*, *Castro y Serrano*, *Calavia (D. Mariano)*, *Calvo y Martín*, *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste (Conde de)*, *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cuetó*, Sra. *Coronado*, Sres. *Calvo Asensio (D. Gonzalo)*, *Callamaque*, *Dacarrete*, *Díaz (José María)*, *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría (J. A.)*, *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Eguílaz*, *Escosura*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabí*, *Ferrer del Río*, *Fernández y González*, *Fernández de los Rios*, *Fermin Toro*, *Flores*, *Figuerola*, *Figuerola (Augusto Suarez de)*, *García Gutiérrez*, *Gayangos*, *Galvete de Molina (D. Javier)*, *Graells*, *Gimenez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marin*, *Güell* y *Rente*, *Güelvenzu*, *Guerrero*, *Incenga*, *Harzenbush*, *Iriarte*, *Zapata*, *Janer*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasala*, *Lezama*, *Lopez Guijarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *La Fuente*, *Macanaz*, *Martos*, *Mata (D. Guillermo)*, *Mata (D. Pedro)*, *Maná y Flaquer*, *Morelo*, *Montesinos*, *Molins (Marqués de)*, *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olaverria*, *Ordiz*, *Ortiz de Pinelo*, *Olzaga*, *Palacio*, *Pasaron y Lastra*, *Pascual (D. Agustín)*, *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi y Margall*, *Poey*, *Reinoso*, *Retes*, *Revilla*, *Rios y Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodríguez y Muñoz*, *Rodriguez (G.)*, *Rosa y Gonzalez*, *Ros de Olano*, *Rosell*, *Ruiz Aguilera*, *Sacaraminaga*, *Sanz Perez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Salmeron*, *Sanromá*, *Selgas*, *Segovia*, *Serrano Alcazar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Trueba*, *Tubino*, *Ulloa*, *Valera*, *Velez de Medrano*, *Vega (Ventura de la)*, *Vidart*, *Wilson (baronesa de)*, *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Enero de 1881.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—*Los presupuestos considerados á la luz de la filosofía*, por D. Fernando Corradi.—*El porvenir de España*, por D. Pedro Arnó.—*España y sus colonias*, por D. Manuel Becerra.—*El socialismo de Louis Blanc*, por D. Eusebio Asquerino.—*Helena considerada como simbolo del arte clasico*, por D. Emilio Castelar.—*Las catacumbas de Roma*, por D. Rafael Fernandez Neda.—*Los bufones en Alemania*, por don Nemesio Fernandez Guesta.—*De la industria pesquera canario-africana*, por D. Joaquín Baeza.—*La noche*, por D. José Selgas.—*El patio andaluz*, por D. Manuel Reina.—*La cruz de piedra*, por D. Eugenio de Olaverria y Huarte.—*Amor que mata*, (novela), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Todos los años se repite el espectáculo. El tiempo y la civilizacion pusiéronse de acuerdo para borrarle de la lista de nuestras públicas diversiones, pero, á lo que parece, les ha sido imposible conseguirlo. Adulando á sus enemigos ó á despecho de ellos, ha sabido imponerse, y orgulloso, hace alarde de su poder y vive en las costumbres madrileñas para burla de tontos, ganancia de taberneros, regocijo del escándalo y desesperacion de la gente pacífica.

Siempre es lo mismo. La fiesta se reduce á las curiosas escenas que pueden ofrecer numerosos grupos compuestos de hombres alegres y mujeres nada tristes que gritan sin orden ni concierto, y recorren los principales sitios de Madrid en precipitada carrera, llevando por trofeo una escalera; por música el desapacible y áspero ruido que latas y cencerros producen al rodar sobre las piedras de la calle; por adorno hachones encendidos; por ídolo una enorme bota de vino de Valdepeñas sin bautizar, y por pendon un robusto gallego de los que creen que puede volar un buey y bailar una casa.

Cualquiera, al ver el precipitado desfile de uno de estos grupos, creeria, no conociendo nuestros usos, que Madrid estaba sitiado por un ejército enemigo, y que el pueblo apostábase decidido á la defensa. Sólo se oye gritar: ¿Por dónde vienen?

Peró no se trata de enemigos. Aquel grito, más que el de la rabia ó el espanto, es el grito del deseo. Los que así despiertan la curiosidad vienen á repartir dones y mercedes. Son los Reyes Magos. ¿Por dónde vienen? Los que lo preguntan acaban por convencerse, de acuerdo con los agentes de orden público, de que los Magos vienen por... la prevencion, y allí van á buscarlos.

La cuestion de Grecia, que es la fase actual del eterno problema de Oriente, adelanta poco hácia su desenlace. En vez de insistir en que la Puerta acatara las decisiones de la conferencia de Berlin, Francia ha abandonado ese terreno, que era un terreno firme, y ha ensayado una nueva negociacion proponiendo que se encomendase el asunto al arbitraje de las potencias de segundo orden.

Alemania, Austria, Rusia, Italia é Inglaterra, han aceptado la propuesta sometida al Gobierno de Turquía, éste acaba de rechazarla. Prefiere volver reanudar de una manera independiente negociaciones con Grecia á discutir con sus patronos y valedores. Pero ya sabemos que es imposible el acuerdo. Grecia no puede aceptar las ofertas de Turquía. Sabe que éstas no han de satisfacer sus justas exigencias y se dispone á la guerra.

¿Estallará con este motivo el temible conflicto? Imposible determinarlo ahora. En esta grave cuestion hay dos factores importantes: los pueblos de la península greco-eslava contrarios á Turquía, y las grandes potencias. Las grandes potencias no desean que se renueve la lucha. Alemania y Rusia descansan; Austria teme; Francia no quiere complicaciones; Italia, inquieta, vacila en este como en todos los problemas de la política exterior, é Inglaterra, preocupada con las cuestiones de Irlanda, tan terribles y temerosas, no puede fijar en otras su atencion. Pero, ¿y el otro elemento? Al considerarle surgen las dudas por que Grecia, Rumania, Bulgaria, el Montenegro, la Rumania y las islas, no se encuentran en las mismas condiciones que el resto de los pueblos cristianos de Europa.

A éstos les conviene la lucha, acaso están dispuestos á empeñarla, y acaso esperan de sus fuerzas combinadas el triunfo de su completa libertad, su independencia y la realizacion inmediata de las aspiraciones que los animan.

Si consideramos este asunto desde el punto de vista de las grandes potencias no hay temor alguno de que la paz se perturbe; pero no siempre los sucesos han seguido el curso que ellas les marcaron. En 1877 todo dormia en Oriente, y la Bosnia y la Herzegovina, plantearon de una manera imprevista el problema. Quién sabe si ahora ocurrirá lo mismo, y en esta como en otras muchas cuestiones, los obligados á dirigir é impulsar, serán impulsados y dirigidos por los acontecimientos.

¿De qué naturaleza serán los que la cuestion de Irlanda nos tiene reservados? Viendo el extraordinario aparato de guerra de que el gobierno británico se vale, cualquiera diria que se halla dispuesto á ahogar en sangre la agitacion irlandesa. Pero

es indudable que el gobierno teme aún más que los jefes de la Liga á un último remedio, y que pondrá cuanto esté de su parte para no emplearlo.

El plan de los jefes de la Liga es prolongar la situacion, pues cada dia que pasa les adquiere nuevos adictos. Han visto con gusto la constitucion del Jurado que tan fáciles hubiera sido impedir. Los debates serán interminables. De esta suerte se habia llegado á la época de la apertura del Parlamento, y los procesados que pertenecen á la Cámara de los Comunes tomarán asiento en ella y participacion en los debates de las leyes sobre los asuntos de Irlanda.

Hace poco que Blanqui, el célebre agitador francés, volvía á París, gracias á los beneficios de una amnistía. Sus setenta y cinco años no habian apagado en él el fuego de las pasiones, ni sus desventuras el valor. Pero ahora no volvía como otras veces para arriesgarse en audaces y desventuradas empresas. Ha vuelto para morir.

Para sus desgracias la compasion. Para sus errores el olvido.

**

Una nueva legislatura se ha inaugurado. Fueron su anuncio aquellas reuniones de la mayoría en que el señor conde de Toreno pedia union sincera, paz y concordia el Sr. Cánovas del Castillo y el señor marqués de Barzanallana la inmortalidad para el Gobierno de los conservadores. Más se pedia. Un paraíso de templanza y cordialidad para las discusiones. Los fusionistas habian amenazado con una guerra sin cuartel y á los ministeriales les faltaba poco para querer que las sesiones parlamentarias se abriesen cada dia rezando el rosario. Pero en la primera ocasion tan laudables propósitos quedaron por tierra. Bastó que en el Senado entrara, el mismo dia que se nombraban las comisiones reglamentarias, la curiosidad para que el Presidente manifestase que deben incurrir en excomunion y anatemas los que dirijan en estos instantes preguntas al Gobierno.

La apertura del Parlamento fué, como siempre, una solemnidad. Ramilletes de flores, cofrecillos de joyas, estuches de caras bonitas las tribunas. Concurrencia extraordinaria en los escaños. Allá en lo alto los ministros sustituyendo á los maceos. La curiosidad en todas partes. El discurso de la Corona fué en el fondo un índice de promesas que no han de cumplirse, y en la forma un muestrario de defectos de estilo, de frases retorcidas, de hinchazon pretenciosa. La comision que ha de redactar la contestacion á este discurso, está nombrada; el Sr. Moreno Nieto es el presidente de ella,

y está encargado de redactar el Mensaje. Para su discusión, se hacen grandes preparativos.

Periódicos fusionistas hay que creen que cualquiera que sea el resultado de la campaña que se avecina, habremos estado con ella en el principio del fin.

Si esto es verdad, pronto concluimos. El fin de la política conservadora es un fin de fiesta.

La primera escena de este fin de fiesta podría ser el folleto en que un conservador distinguido ha dicho que el partido canovista no puede contentarse con menos que con estar en el Gobierno veinte años.

Aquí del verso de don Ramon de la Cruz.

«Ya te contentarás con dos pesetas.»

* *

Previendo el caso de que se apruebe el dictamen de la mayoría de la comisión de aranceles y valoraciones, acerca de la cuestión lanera, de importancia grandísima, se habla de huelgas de operarios, se amenaza con cerrar las fábricas de Cataluña, se anuncian grandes complicaciones políticas como resultado de la perturbación industrial, y recordando antiguos tiempos, se citan idas y venidas de comisionados especiales para celebrar, como de potencia á potencia y en cierto modo por la vía diplomática, aquellas conferencias de carácter reservadísimo que sobre convertir en secreto de Estado lo que por su orden natural pertenece al público dominio, pugnan abiertamente con la índole de las instituciones representativas.

La Asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas ha hecho á los fabricantes catalanes la justicia de creer que son infundados estos rumores, pero por si fuesen ciertos, ha protestado de ellos con todas sus fuerzas, excitando al Gobierno á mantener con firmeza la legalidad arancelaria si por acaso se viese amenazada por medios capciosos ó violentos y de todo punto incalificables.

Con razón dice en una exposición notable que ha dirigido al ministro de Hacienda.

«Si no llega tan pronto como sería de desear el día de ver alzada la suspensión que pesa desde 1875, sobre la base quinta de la ley Arancelaria de 1869, cufdense, á lo ménos, de no alterar aquella ley en su esencia, como no solamente no altera, sino que las respeta el dictamen de la mayoría de la subcomisión informante. Esta conducta, perfectamente legal, merecerá de seguro los plácemes del país, y obtendrá el apoyo de aquella parte más numerosa de la opinión, que acostumbra anteponer los intereses generales de la nación entera, al de unos cuantos aficionados á los privilegios, y muy inclinados á explotar la riqueza pública, en su propio y exclusivo provecho.»

* *

Una cuestión gravísima.

El director general de la Deuda pasó al ministro de Hacienda una comunicación, dando cuenta de que ocupada su contaduría en las operaciones de formalización de valores admitidos en préstamos al Tesoro, y examinando los pertenecientes á depósitos de la duodécima subasta trimestral, había advertido que varias facturas del 3 por 100 interior se hallaban adulteradas y que contienen cifras muy superiores á las verdaderas que resultan de las mitades originales existentes para su comprobación en dicha dependencia.

También se dirigieron al ministro de Hacienda por varios interesados algunas exposiciones, con objeto de que se suspendan y se revoquen las medidas adoptadas para el cumplimiento de la real orden de 4 de Diciembre de 1880, sobre reintegro al Tesoro público de cantidades que indebidamente satisfizo.

En esta situación los agentes y prestamistas se consideraron obligados á dirigir á los letrados que al efecto nombraron las preguntas siguientes:

«Los que adquirieron en Bolsa, previo reconocimiento, resguardos legítimos expedidos por la dirección de la Deuda, y los presentaron después en un contrato de préstamo con perfecta buena fé al Tesoro, que los recibió en parte de pago y con las formalidades reseñadas, ¿deben responder hoy del daño causado á la Hacienda pública por los que adulteraron las facturas de intereses y por la admisión de las mismas en subastas segun se hizo constar en los referidos documentos?»

«Se puede aplicar á los interesados el fuero especial de la Hacienda, instruyendo un expediente de reintegro, sin oírles, dictando en el mismo el acuerdo que se les comunica por la dirección de la Deuda, no obstante tratarse de contratos que como particulares otorgara con el Tesoro?»

«Si como los interesados creen, no tienen obligación de hacer el reintegro que se les exige, ¿qué recurso legal deben ejercitar, ya colectiva ó individualmente, contra la resolución de la dirección de la Deuda, y en defensa de sus intereses?»

Los juriconsultos á que nos referimos, después de lamentar que la resolución por ellos examinada lesiona inesperada y violentamente derechos legítimos y está destinada á causar hondo é incalculable perjuicio en el crédito público, han respondido por estenso á estas preguntas. De su contestación puede deducirse.

Que desde luego debe elevarse un recurso al excelentísimo señor ministro de Hacienda en alzada del acuerdo de la dirección general de la Deuda de 19 del corriente, protestando del acto contrario á las leyes con que aquella conmina, inten-

tando hacer efectivas responsabilidades declaradas sin juicio previo contra terceros interesados, tenedores de buena fé de documentos admitidos y declarados legítimos oficialmente en su día.

Que, si lo que no es de esperar, prevalece el acuerdo de la dirección general de la Deuda, deben promover los prestamistas del Tesoro el recurso de queja ante los tribunales ordinarios en la forma que determina la ley provisional de organización del poder judicial, ó bien entablar el recurso contencioso-administrativo.

Que aun en el caso de que el recurso contencioso-administrativo fuese contrario á los interesados, sería procedente el de indemnización de daños sufridos por los actos de la administración.»

El ministro de Hacienda ha resuelto:

1.º Que el Tesoro público no debe abonar de ninguna manera las cantidades consignadas en los resúmenes llamados *resultas* de subastas, cuando se averigüe que representan valores adulterados.

2.º Que no há lugar á revocar, modificar, ni suspender la real orden de 4 de Diciembre de 1880, sobre reintegro al Tesoro público de cantidades que indebidamente satisfizo.

La importancia de este asunto justifica la extensión que le hemos dado en nuestra revista.

* *

La lista de las desgracias que todos debemos llorar se ha aumentado. El general Moriones ha muerto. La losa que cubre su sepulcro guarda también el secreto de su porvenir, sobre el que tantos cálculos se hacían. Escribamos en ese sepulcro una frase de admiración y consagremos un recuerdo al militar insigne.

El primer acontecimiento político en que las circunstancias le obligaron á intervenir, fué la sublevación militar ocurrida en Sevilla en 1848; era entonces capitán de infantería. Desde esta época hasta 1868 la vida de Moriones fué triste, oscura y llena de penalidades; perseguido unas veces, en el destierro otras, siempre comprometido en las empresas que por fin habían de traer el triunfo de la revolución, ni un momento se le vió vacilar ni desaprovechó ninguna ocasión para demostrar sus grandes talentos estratégicos.

La revolución de Setiembre valió á Moriones el empleo de brigadier. Sus heroicas campañas contra el carlismo, como jefe del ejército del Norte, no hay quien no las conozca ni quien no las admire. Cuando en Diciembre de 1874 fué el duque de la Torre á ponerse al frente del ejército para realizar aquel gran plan, dos meses después malogrado, el general Moriones fué nombrado comandante general del primer cuerpo de la derecha. Pacificada la Península obtuvo la dirección de Ingenieros, desde la cual fué á gobernar las islas Filipinas.

Sus méritos extraordinarios hacían que todos los partidos españoles se disputasen al vencedor de Oroquieta.

La muerte ha concluido con esta disputa.

* *

Ni los periódicos saben de qué hablar, ni los revendedores de billetes de qué vivir. La Patti se ha marchado. Vino precedida de anuncios ruidosos, de tantos mundos que podían constituir un sistema planetario, admirada, esperada con ansia, única, sin rival, y se va sin que el público lllore su ausencia, llevándose el asombro más que el cariño de los que la han oído cantar, y algunos miles de duros que no trajo.

Se ha dicho, explicando este verdadero contrasentido, que el arte, única forma propia de la inspiración y de la hermosura, sentimiento espontáneo, desinteresado y magnífico, sólo agrada al público cuando á cambio del placer que da, no pide más que aplausos y admiraciones. Y es verdad.

Pero si esto explica la fría despedida, el éxito sólo puede explicarse por el orgullo. Si en vez de costar las butacas cincuenta duros, se hubiesen pagado á cuatro mil reales, la Patti no hubiera cantado mejor; pero el ir al teatro Real habría sido de más tono. La soberbia y la envidia luchando á la sombra de un árbol, y en las ramas del árbol cantando un ruiseñor.

Nuestro público se ha disputado las localidades para oír á la Patti, la ha escuchado con atención extraordinaria, ha transigido hasta con Nicolini, pero ha escatimado los aplausos entusiastas.

La última noche fué para la Contaduría una entrada fabulosa, para la Patti un desencanto. No hubo ovaciones ruidosas, regalos magníficos, pruebas de cariño, gritos de entusiasmo, algo de ese aire que el arte necesita respirar para vivir dichoso. El público salía de la última función de la Patti, como hubiera podido salir de una representación de *Il Guarany*. Más que de un prodigio de la naturaleza parecía tratarse de una triple tolerada.

Los regalos fueron escasos; varios ramos. En uno de estos había una cinta y en esta cinta este letrero. ¿Volverá?

Se cree que este ramo era obsequio de una sociedad de revendedores.

Los padres de familia habrían costado por suscripción un ramo para decir: ¡Que no vuelva!

Y estos padres no habrían mirado al arte, sino al bolsillo.

* *

La música es, en esta época del año, como la niña mimada de fiestas y espectáculos. No se dá punto de reposo. Basta seguirla paso á paso, y habremos visto á Madrid de cuerpo entero. Ahora

vive alejada de los grandes salones esperando un momento oportuno para entrarse por ellos llena de alegría y poniendo todos los piés en movimiento.

Pero como no sabe estar en reposo, se prodiga en los teatros para vengarse de que en el Español hayan decretado su muerte; visita los cafés cantantes, donde tiene ocasión de observar que si el amor, como ha dicho Michelet, es una fuerza que puede disciplinarse, son disciplina muy elocuente las medias tostadas y los riñones saltados; y prefiere pasar todas las noches en vela á perder algún baile de máscaras.

La moralidad, más reparona que la música, ha hecho cruda guerra á esas sociedades que tomaron sus títulos de la floricultura y en las que se baila desde las tres de la tarde hasta las seis de la madrugada. A pesar de esta guerra, los bailes públicos han triunfado y su propaganda debe ser extraordinaria, á juzgar por la lista de ellos que ahora se ve en los carteles de todas las esquinas. Cuando la razón decía ¡atrás! las piernas, dominadas por hormigueo irresistible, decían ¡adelante! y no hubo remedio. Después de todo, los reparos de la moralidad eran harto pueriles.

Yo recuerdo haber leído en el cartel de un baile público que, como medida de buen orden, se impedía á las máscaras que llevasen espuelas. El desagravio de la moral es notorio. En los bailes de máscaras están prohibidas las espuelas.

Pero se recomienda el freno.

* *

Al mismo tiempo que el rumor de estas fiestas á mis oídos, llega á mi memoria el recuerdo de esos niños vagabundos que con un violín descordado y roto, y una vieja pandereta tan traída que apenas si conserva restos de las sonajas que un día la sirvieron de regocijo, imploran de la caridad una limosna.

Todos los habreis visto lo mismo que yo.

En estos días crudísimos del invierno, solos, tristes, estenuados por el frío y el cansancio, perdida la fe en las cosas de la tierra y puesta toda la esperanza en el cielo, en donde á menudo fijan la mirada, recorren las calles entonando coplas que más que risa causan llanto á quien las oye. Los piecitos descalzos, el traje sucio y andrajoso, la carilla cárdena por el frío, mueven á piedad é inspiran tristísimas reflexiones. La desgracia desterró de su casa á aquellos pobres niños, como el frío hace emigrar á las golondrinas.

Pero ellas encuentran al volver el nido; los desgraciados no le tienen. Un recuerdo de su madre es el único compañero de esos niños; las oraciones que aprendieron en la cuna, su consuelo; su hogar toda la tierra; toda su fortuna un arpa que llevan arrastrando.

¡Qué desdichados son!

Dijérase que el arpa no ha olvidado que estuvo en Jerusalem, y que es por eso la pesada cruz con que ellos suben su Calvario.

* *

Quando los actores escasean, los teatros se multiplican. Uno nuevo acaba de inaugurarse. Se llama *Teatro de Madrid* y está situado en la calle de la Primavera. No se crea por esto que es un teatro para comedias de inocentes, ni que en él sólo pueden celebrarse funciones cuando hay lilas en los jardines. Sirve para todo tiempo y para un público que si de algo peca, es de avisado. Se parece al de Eslava, pero es mayor y tiene más variado registro de entradas y salidas. Los propósitos de los empresarios son plausibles. Su obra en favor del arte dramático, no será ménos meritoria que la del general Primo de Rivera en contra de los infieles. El general emplea las baratijas. Los empresarios del teatro de Madrid, los jugueteros cómicos y los bailes macarenos. El triunfo será seguro. Nosotros se le deseamos y contamos con él.

Del teatro, lo más característico es el telón. Tiene pintados la puerta de Alcalá, de tal modo, que para conocerla hacia falta que el pintor jurase que lo era, y un perro grande que está... ladrando. Un perro es el precio de una butaca en este teatro.

Las ganancias van á ser grandes, pero el teatro está lejos, en ignorado sitio, el público no acierta con él y convendría una cosa.

Que á los carteles acompañase un plano de Madrid.

* *

La víspera de Reyes, los balcones se convierten en una exposición, en la que se ven preciosos canastillos adornados de flores, cestitas y bandejas. Unos niños dejan sus sombreros, otros sus zapatos, muchos la gorra. Las niñas sus cestas ó sus cajas de dulces. Si hay tiestos es necesario quitarlos, porque si no los reyes podrían olvidar aquella muda petición ó enfadarse, y no es cosa de desagradar á tan augustos señores.

Aquella noche la tranquilidad huye de los niños, como se aparta de todo el que espera. Pero aunque luchan por dominar el sueño pronto se duermen, y durmiendo sueñan.

Sueñan que las calles se cubren de plateada alfombra y los balcones de vistosas colgaduras y de flores de un aroma que adormece por su fragancia, y que en el cielo aparece una hermosa y resplandeciente estrella que, como al establo de Jesús, guía á sus moradas.

Ven numerosos hombres vestidos á la usanza árabe, que con faroles de un brillo sorprendente,

iluminan el camino á tres reyes ricamente ataviados, con joyas de brillante pedrería y coronas que al sol dan envidia por sus fulgores.

Sienten una dulcísima melodía con que músicos invisibles saludan á tan magnánimos príncipes; ven poner junto á su balcon, olvidándose de si está alto ó bajo, una escalera; y subir por ella un criado que deposita en el sombrero ó en la cesta dulces y juguetes.

En este momento, la alegría que sienten los hace despertar. Quieren convencerse de si es ó no cierto lo que soñaron. Laman á sus padres; los piden la cesta ó el sombrero para ver si tienen los juguetes que vino á depositar en ellos el emisario de tres reyes, y, ¡oh, dicha inefable! sus manos son dueñas del objeto que tanto deseaban, sus ojos brillan de felicidad, y la emoción impideles manifestar la sorpresa que los domina: el milagro está hecho.

¡Cuál no será capaz de conseguir el amor paternal!

MIGUEL MOYA.

LOS PRESUPUESTOS CONSIDERADOS

Á LA LUZ DE LA FILOSOFÍA.

Los presupuestos, son, no sólo la vida económica, sino la existencia social de los pueblos. La regularidad en los presupuestos, la exacta correspondencia entre los gastos y los ingresos; entre las fuerzas que producen y las que consumen, arguyen orden en la administración pública y una gran suma de bienestar en las naciones. Por el contrario, la falta de verdad en los presupuestos, el déficit siempre creciente, nunca enjugado, son una señal inequívoca de mala fé, empirismo ó ignorancia, y revelan siempre profunda perturbación en el orden económico y social.

Desgraciadamente,—y es preciso confesarlo,— en nuestra patria no se ha dado hasta hoy á la cuestión de presupuestos toda la importancia que en sí tiene, toda la preferencia que se merece. Aquí sólo consiguen el triste privilegio de llamar la atención pública, de impresionar los ánimos y de atraer una numerosísima concurrencia á las tribunas del Senado y del Congreso esas que por mal nombre se llaman cuestiones de política palpitan, en que una recriminación se refuta con otra recriminación; á una personalidad se responde con otra personalidad, viniendo á degenerar las discusiones parlamentarias en un pugilato siempre estéril y con frecuencia funesto y aún vergonzoso.

Ya sea por la índole de nuestro temperamento meridional, ó bien por la mala dirección que se ha dado entre nosotros al espíritu público, la verdad es, que cuando se trata de presupuestos quedan desiertos los bancos y vacías las tribunas de la Representación nacional.

Los presupuestos son, sin embargo, la expresión más exacta de la vida civil, económica, administrativa y social. En ellos se reflejan y sintetizan sus recursos, sus necesidades, sus fuerzas productivas. Son el termómetro que marca con exactitud el grado de justicia ó injusticia en el reparto de las cargas públicas y de los impuestos; la luz que señala y pone de manifiesto las diferentes y contrapuestas pretensiones que se agitan; la clave que sirve para descifrar los misterios que envuelve la conducta de ciertas individualidades en circunstancias determinadas; el campo, en fin, donde, si no se dan batallas, se recoge el fruto de las victorias parlamentarias.

Si fuera posible eliminar de los presupuestos algunas partidas que representan altos destinos y pingües sueldos, quizá, quizá no volverían á reproducirse entre nosotros esas contiendas fratricidas que descomponen y amenguan á los partidos, turban la paz de los pueblos, desquician la Administración del Estado, y ceden en descrédito del sistema representativo. Tal es la verdad, como yo la entiendo; verdad que estoy resuelto á decir sin ambages ni reticencias, donde quiere que use de la palabra. Se la he dicho á los reyes cuando en días de prueba se dignaron consultarme; se la he dicho á los pueblos siempre que he tenido la honra de dirigirles mi voz desde la imprenta, la cátedra ó la tribuna. No hay vínculo que me ligue á ninguno de los diferentes y anárquicos grupos en que se han dividido y subdividido los partidos históricos, y cada uno de los cuales lleva por divisa un giron de las antiguas banderas. Por eso, puedo hablar con entera libertad, obedeciendo á mi criterio individual y á la voz de mi conciencia. Ocupe en el mundo político por efecto de mi carácter y de mis antecedentes, una situación excepcional, casi única, y lo que he perdido en fuerza al separarme de las colectividades, lo he ganado en independencia.

En la formación de los presupuestos, si no han de ser obra del empirismo y de la rutina, deben tenerse presentes en primer lugar al hombre como ser sujeto á imperiosas necesidades y como agente de la producción; luego á la familia como asociación doméstica, que consume y produce, y por último, al Estado, como entidad colectiva en sus naturales relaciones con el orden civil, político, económico, administrativo y social.

El presupuesto de gastos viene á ser la genuina expresión de las necesidades públicas; el de ingresos, la de los recursos. Y debe tenerse tanto más presente al hombre en la formación de unos presupuestos, como entidad económica, cuanto

que todas las instituciones humanas proceden del individuo y son el resultado natural, inevitable, inflexible de sus necesidades físicas y de sus aspiraciones morales.

En el estudio analítico de la personalidad humana, se encuentra la solución de todos los grandes problemas que han sido, son y serán perpetuamente, objeto de las meditaciones del sabio, del filósofo, del publicista y del legislador.

¿Qué es el matrimonio? El hombre que se completa. ¿Qué es la familia? El hombre que se multiplica. ¿Qué es la sociedad? El hombre que se suma. ¿Qué es el culto? El hombre en sus relaciones con la Divinidad. ¿Qué es el Gobierno? El hombre que se subordina. ¿Qué es la ley? El hombre que se reglamenta. ¿Qué son las edades en los pueblos? El hombre que pasa sucesivamente por la infancia, la pubertad, la edad viril. ¿Qué es el progreso de las naciones? El hombre que se mejora y perfecciona. ¿Qué es la decadencia de los Estados? El hombre que envejece y decae. ¿Qué es la disolución de los imperios? El hombre que desfallece y muere. ¿Qué es el género humano? El hombre prolongado hasta la consumación de los siglos.

La unión de los dos sexos, ese contrato misterioso que la naturaleza parece haber acompañado con los más esquisitos incentivos, como para solemnizarlo, contiene los gérmenes procreadores de la sociedad humana. El amor conyugal engendra el amor paterno, luego el respeto y el cariño filial, y esa serie de afectos y pasiones que la misma naturaleza atesoró en el corazón del hombre, como gérmenes de vida y fecundidad, combinados con los instintos de la propia conservación, dulcifican tarde ó temprano la ferocidad del carácter, despiertan la necesidad de la asociación, inclinan á la amistad, establecen recíprocas relaciones y preparan el camino á la congregación de las familias, de donde proceden los pueblos, los Estados, las naciones. No hay tribu, no hay aduar por inculto, por salvaje que sea, que no constituya una sociedad más ó menos imperfecta, pero con aptitud para adelantar gradual y sucesivamente en la carrera de la civilización.

Los esfuerzos y sacrificios, traducidos en guarismos de gastos ó ingresos, á que han dado ocasión todas y cada una de las instituciones referidas, todos y cada uno de los fenómenos históricos que han ido sucediéndose en el trascurso de los siglos, resultan en los respectivos presupuestos de los diferentes Estados del mundo. Los presupuestos nacieron con las sociedades humanas. En los pueblos primitivos son informes, incompletos, rudos, por decirlo así, como la tosca corteza de los árboles incultos de sus bosques seculares. Redúcese á la capitación, ó sea al reparto por cabeza, en cuya virtud cada cual contribuye proporcionalmente á los gastos comunes en especies, frutos ó metálico, según lo exigen las circunstancias. Luego que se fundaron grandes Estados, el progreso natural del hombre, los adelantos de las naciones, las múltiples y complejas necesidades de la civilización moderna, hicieron de los presupuestos una ciencia económica, que tiene por objeto determinar por medio de guarismos la producción, el reparto y el consumo de la riqueza pública como materia imponible. Aunque los presupuestos se han hecho y se hacen para todos, es evidente que responden á los respectivos principios, necesidades y fines del Gobierno que los forma, porque hay que tener en cuenta y no olvidarlo, que todos los ramos de la Administración pública, todos los brazos del gobierno, guardan entre sí tan estrecho enlace, como las ramas de un mismo tronco, como los radios de un mismo círculo, como los eslabones de una misma cadena.

Bajo Gobiernos despóticos y centralizadores, los presupuestos se reducen á cortar el árbol por el pie, para recoger el fruto; á la explotación del hombre por el hombre. En los países constitucionales, ó que por lo menos aspiran á serlo, los presupuestos deben fundarse en el riguroso principio de la justicia distributiva, que consiste en dar á cada cual lo que de derecho le corresponda y que nadie contribuya á las cargas del Estado más que en proporción de sus haberes.

Toda oligarquía exige grandes presupuestos de gastos y cuantiosos recursos en hombres y dinero, mucho más si bajo las apariencias de un sistema representativo, viene á ser en realidad una máquina artificialmente construida para vincular el mando en manos de determinadas banderías. Semejante sistema requiere para sostenerse y prolongar su gravosa existencia, una multitud de ruedas que hacen difícil, complicada y embarazosa la pesada máquina del Estado; una centralización apoplética para llevar la coacción hasta la última extremidad del cuerpo social; un gran número de agentes destinados á hacer que surjan de las urnas, siempre que se las consulte, candidatos adictos al gobierno que mande; unas Cortes compuestas de empleados y agentes de negocios que consumen una gran parte del presupuesto de gastos; una considerable masa de elementos de fuerza y de represión; un ejército, en fin, numeroso que grava la producción y subsiste á costa de la riqueza nacional.

Estos son los presupuestos bajo las oligarquías, y en general bajo todos los poderes que viven de la mentira y de la corrupción.

Y si examinándolos á la luz de la filosofía resulta de ellos, como una consecuencia inevitable, que la fuerza que consume excede con gran desproporción á la fuerza que produce, entonces se

abre la era de los revolucionarios. Y esa diferencia, esa desproporción se evidencian cuando comparando el presupuesto del ministerio de Fomento con el de la Guerra, resulta que los gastos de este último superan considerablemente y bajo varios conceptos á los del primero. Entonces puede decirse, sin temor de que nadie lo desmienta, que la fuerza que fomenta, vivifica y regenera, se halla absorbida y anulada por la fuerza que consume y no produce; roba brazos útiles á la industria, al comercio, á las artes, á la agricultura, al cultivo de los campos y á las labores de los talleres industriales.

Esto no quiere decir,—y bueno es que quede aquí consignado para que no se interpreten en mal sentido mis intenciones,—que yo condene la existencia de los ejércitos permanentes. Creo que mientras no varíen en su esencia y en su forma la actual organización y las complicadas condiciones de las sociedades modernas, los ejércitos son necesarios para conservar el orden y defender la independencia de la patria. Pero es indispensable que la suma de fuerza armada guarde estricta proporción y concordancia con la suma de las fuerzas destinadas á la producción. Allí donde hay más soldados que maestros, más batallones que tribunales de justicia, más cuarteles que escuelas, asilos de beneficencia, caminos de hierro, canales de riego y otros elementos de riqueza y producción, bien puede asegurarse que poco ó nada se ha adelantado en la carrera de la civilización. Y téngase entendido que los gastos reproductivos no empobrecen ni arruinan á los pueblos, al contrario, son un eficaz estímulo, un impulso poderoso que les obliga á redoblar sus esfuerzos, de los cuales reciben al cabo por galardón y recompensa el bienestar propio y la prosperidad de la patria. Esos esfuerzos, esos gastos mejoran la condición de los pueblos y son causa de sus rápidos y consecutivos progresos. Si ese impulso, bien proceda de los poderes constituidos, bien sea obra de la propia voluntad que nos lanza á la conquista del porvenir; esa voz interior y misteriosa que nos grita «adelante, adelante!» esa tendencia más ó menos visible, pero siempre subsistente, hácia un tipo de perfección ideal, que nos atrae y nunca alcanzamos, se ha traducido en nuestros tiempos y en los idiomas usuales por la palabra «progreso, ley de continuidad,» á que obedece el mundo en su peregrinación sobre la tierra. Parece que el hombre se quiere exceder á sí propio, llevando por divisa aquel famoso lema «*Donec totum impleat orbe*, hasta que llene todo el orbe.»

Si analizando los presupuestos se descubren á través de sus guarismos, artificialmente combinados, los estragos del favoritismo y la empleomanía en la partida referente á las clases pasivas, es señal que llevan ocultas en el fondo de sus entrañas, de la misma manera que el antiguo caballo de Troya, la anarquía y la guerra. ¿Qué significa la partida de las clases pasivas, cuando éstas cuestan, como entre nosotros, centenares de millones? Significa la historia de grandes y vergonzosos desórdenes, y envuelve una terrible acusación contra todos los Gobiernos que se han sucedido en el mando. Ella dice, ella publica que ha habido un continuo trasiego de empleados, nombramientos caprichosos, separaciones injustas, actos repetidos de pandillaje, todo por ese hidrópico afán que tienen los hombres que se apoderan del mando, siquiera sea por veinticuatro horas, de rodearse de sus hechuras y favoritos, sacrificando á empleados probos y beneméritos cuya influencia no necesitan ó de quienes no se prometen hacer instrumentos dóciles y sumisos. Fijando los ojos en esas cifras á que asciende el haber de las clases pasivas, á la luz de la razón y de la filosofía, se me representan las simbólicas cruces de un silencioso cementerio. Y al presenciar, por otra parte, la agitación febril con que se mueve la inquietud turba de nuevos pretendientes alrededor de esas clases condenadas al silencio, á la inacción y á la oscuridad, con objeto de interceptarles el paso é impedirles que puedan disputarles un asiento en el festín del presupuesto, se me figura una cuadrilla de jóvenes libertinos bailando entre las tumbas de un panteón.

Si en los presupuestos, los gastos de la Hacienda pública ascienden á una suma fabulosa, no hay duda que los productos de las rentas pierden una gran parte de su utilidad al pasar por los diferentes y multiplicados conductos que los llevan á las arcas del Tesoro. Y ¿qué juicio, qué crédito, qué concepto merecerá un sistema rentístico, cuyos gastos de administración absorben una cuarta, quinta ó sexta parte del total de los valores? Eso quiere decir (y es verdad) que sobran brazos y falta inteligencia, y que no se observa la regla administrativa, verdadero axioma en materia de empleados, á saber: que deben ser pocos, buenos y bien retribuidos. Desgraciadamente, entre nosotros hay, por regla general, muchos, de escasa inteligencia y miserablemente dotados. Solo existen excepciones irritantes en provecho de favoritos privilegiados que cobran crecidísimos sueldos por partida doble, en medio de la miseria pública. Así se fomenta la empleomanía, cáncer que corroe las entrañas del cuerpo social; así se dá pábulo á una guerra crónica de destinos, causa de pronunciamientos y sublevaciones; así se perpetúa el continuo tejer y destejer que nos trastorna, desacredita y hace imposible cualquier régimen de buen gobierno. En toda nación donde se aspire á establecer orden y regularidad, hay que poner

término con mano firme á esas pujas para explotar la fortuna pública, á ese afán por vivir del presupuesto, á ese deseo inmoderado de gastar más de lo que se puede á expensas del Estado.

Examinando el presupuesto en la parte relativa á los gastos de la administración de justicia, pronto se viene en conocimiento de si está bien ó mal desempeñada; si los derechos curiales son ó no excesivos y gravosos á las partes litigantes; si el honor, la fortuna, la seguridad individual tienen ó no un escudo impenetrable en los tribunales constituidos. Para mí, sobre todos los principios en que pueden fundarse las instituciones humanas, el primero, el que descuelga entre los demás, es el de la justicia. ¡La justicia! En ella veo simbolizados los derechos y deberes; el orden público y la libertad individual. Desde el origen de las sociedades humanas conoció el hombre, como por intuición, que tenía tanto derecho como otro cualquiera de sus semejantes para proveer á su subsistencia y disponer del fruto de su trabajo. La usurpación de éste, por quien quiera que fuese, le pareció un ataque á las leyes de la naturaleza y al precepto divino «no hagas á otro lo que no quieras para tí;» le hizo comprender que semejante ataque era un despojo, una injusticia. La idea de la justicia precedió á toda ley escrita; fué una revelación de la conciencia humana. De ella ha surgido la filosofía de las leyes penales, como brotan los rayos de la luz del eterno lumínar del sol. Ella tira la línea divisoria que separa lo lícito de lo ilícito; ella fija el límite de toda autoridad, de toda soberanía. ¿Qué es la libertad divorciada de la justicia? Desenfreno y anarquía. ¿Qué la autoridad, si no se funda en la justicia? Despotismo y opresión. ¿Qué los derechos individuales, si no tienen por criterio y regulador la justicia? La satisfacción espedita de nuestros apetitos y pasiones. Cualquier régimen de gobierno será bueno siempre que se ajuste á este principio salvador; malo en todo aquello que lo conculque y vulnere. Todo acto contrario á la justicia, entraña un abuso de la fuerza. Si se ejecuta por una mayoría más ó menos considerable, es la coacción del número que intimida al débil y avasalla al indefenso. Si se ejerce con buen éxito por una minoría audaz, es el triunfo de la usurpación que huella las leyes humanas y divinas. Si procede de uno solo, es el despotismo individual que esclaviza y degrada al hombre.

Los presupuestos acerca del coste de los tribunales dan lugar á profundas consideraciones, tanto acerca de si ésta debe ser gratuita en un país libre, como sobre todos aquellos problemas que se relacionan con el carácter y duración de los juicios, con la índole y los trámites de los procedimientos, con las prácticas forenses y con la esfera de acción donde deben ejercer sus altas funciones los ministros de la justicia. Si ésta no ha de ser un vano simulacro, ó lo que es peor, un arma de venganza, como en los últimos tiempos de la decadencia del Imperio romano, necesita mostrarse agena á las luchas políticas é inaccesible á las pasiones de bandería. Allí donde los tribunales están dominados por las influencias ministeriales y compuestos de hombres de partido, la justicia no tendrá ni culto, ni templo, ni sacerdotes.

Estudiando los presupuestos en la parte que se refiere á la marina del Estado, se observan fenómenos curiosos muy dignos de llamar la atención, y sobre los cuales poco ó nada se han fijado todavía los hombres observadores. Cuando de los presupuestos resulta que una nación tiene poca marina y mucho litoral, es prueba indudable de que falta al cumplimiento de la misión á que la destinara la Providencia, al proporcionarle mares y costas; es decir, á ser un pueblo marítimo. Si, por el contrario, resulta de los presupuestos que una potencia hace alarde de una gran marina y cuenta con pocos puertos, debe considerarse como una amenaza contra las costas de otros vecinos, de que sin duda aspira allá en su fuero interno á apoderarse, para dar empleo útil á los buques que posee y á las fuerzas de mar de que dispone. El mar llama á las escuadras como por obra de una atracción irresistible. Por el mar invadieron á España los fenicios, los cartagineses y los árabes. Hay que desconfiar de las naciones que tienen una armada poderosa y reducido litoral.

FERNANDO CORRADI.

EL PORVENIR DE ESPAÑA.

Cuando el escepticismo se ha entronizado, amparándose de privilegiadas inteligencias, invadiendo la cátedra y la prensa, el taller y la familia; cuando los partidos políticos han naufragado, perdiendo el lábaro santo de sus dogmas; cuando un eclecticismo acomodaticio reina en el orden filosófico y aun moral; cuando las pasiones desencadenadas y turbulentas, que son el patrimonio del corazón humano, se agitan y bullen sin el freno de una fé confortante y consoladora; cuando los hombres que nos gobiernan marchan sin derrotero, á merced de los vientos y las olas, espantados de la borrasca que ruga bajo sus pies y amenaza envolverlos, audacia y más que audacia se necesita para afrontar el porvenir, fija la mirada y serena la frente, y presentar en un cuadro el horóscopo de una gran nación.

Desde la época de Vico, se ha pretendido hacer hablar á los hechos por el órgano de una ciencia nueva. La historia ya no se limita á proponernos

los héroes del pasado como modelos que debemos imitar. La filosofía, invadiendo el campo de la historia, quiere desentrañar el organismo de las sociedades humanas, deducir sus leyes de vida y muerte, y las causas del desarrollo y decadencia de las naciones.

Desde entónces los historiadores, no contentos con la simple narración, pretenden filosofar sobre los sucesos pasados, y no hacen más que comentarlos según sus fines ó sus intereses; y de esta manera, la historia viene á ser el arsenal que proporciona armas para defender los sistemas más opuestos y los más monstruosos absurdos.

Por medio de esta flamante ciencia, nuestra nación ha sido condenada á muerte hace ya muchísimos años, sin que de ello nos hayamos todavía apercibido.

Pretenden los sábios historiadores europeos que las naciones son como los individuos, que nacen, crecen, se desarrollan, llegan á la plenitud de su vida, y después envejecen y mueren; y sacan en consecuencia que nuestra España, después de haber brillado con espléndidos fulgores en los siglos décimo sexto y décimo séptimo, es hoy una nación caduca, cuyas épocas gloriosas pasaron para no volver jamás.

Los oradores, los novelistas y los eruditos de todos géneros, han hecho coro á ese dicho hasta lanzarnos al rostro esta frase despreciativa: «El Africa empieza en los Pirineos.»

Los pueblos, guiados por la inspiración de sus oráculos, han aceptado estas conclusiones como verdades inconcusas.

Hasta los cándidos americanos, nuestros hijos, cuya credulidad han creído algunas naciones que es materia explotable, se figuran dar á sus discursos un alto grado de sabor liberal y progresista, mezclándoles exclamaciones en las cualesse apostrofa á nuestro país de vetusta España, nación caduca y atrasada y símbolo del retroceso, de la barbarie y del despotismo.

De tal modo ha cundido esta creencia, que ha llegado á encarnarse en algunos de los escritores de nuestro suelo, los cuales han hablado de su propio país con un profundo menosprecio.

Partiendo del principio de que nos hallamos en una agonía precursora de una próxima muerte, háse creído más de una vez llegado el caso de pensar en repartirse los despojos del moribundo.

La Inglaterra se apoderó arteralmente de nuestra plaza de Gibraltar; la Francia pretendió extender sus fronteras hasta el Ebro, arrebatándonos nuestras más florecientes provincias orientales; los Estados Unidos han hecho esfuerzos sobrehumanos para quitarnos la perla de las Antillas, fomentando solapadamente nuestras discordias allende los mares; y nuestras Baleares y nuestras posesiones asiáticas han sido objeto de más ó menos embozadas codicias.

Vista la sentencia de muerte fulminada contra nosotros por graves historiadores, nuevos augures de la pretendida ciencia, es natural que los cuervos afilasen sus uñas y su pico para desgarrar la futura presa.

Pero contra la teoría de la vida y la muerte de las naciones se levantan en rebelión los grandes imperios del Japon y de la China, más antiguos que la historia sin haber llegado á envejecer, y se alzan de sus tumbas la Grecia y la Italia, renacidas como el ave fénix de sus cenizas, para deponer en contra de esos falsos sábios de una mentida ciencia.

La historia, esa misteriosa sibila en cuyo seno se guarda el porvenir de la humanidad, no ha encontrado todavía sus verdaderos intérpretes.

Los falsos sacerdotes que han pretendido leer sus enigmas, no han hecho más que atribuir al oráculo sus pasiones, y hacer hablar sus errores y su espíritu de secta.

Los grandes arcanos del porvenir están todavía intactos y velados por el misterio. Cada hecho histórico es un signo que encierra una ley oculta, como debajo de cada piedra se guarda un fragmento de la historia de nuestro globo.

Los geroglíficos egipcios encontraron ya sus intérpretes, pero los acontecimientos históricos aguardan todavía un Champollion ó un Botta, para entregarle el tesoro de sus verdades.

Abandonados de una vana ciencia, rodeados de siniestros clamores, pedimos un destello de inspiración divina para leer y conjeturar en el cielo del porvenir, las grandes esperanzas vinculadas á nuestros destinos.

No nos costará mucho reconocer las diferentes etapas de la civilización, en su triunfal marcha de oriente á occidente.

En las edades antiguas, la Grecia era el centro de un pequeño mundo.

Situada entre la costa de Africa, donde había florecido la antigua civilización de Egipto; la del Asia Menor, donde las civilizaciones judaica y asiria habían tenido su asiento; al Sud del valle del Danubio, que era el camino de las grandes emigraciones asiáticas, y teniendo á su vista la hermosa península itálica, comprendese perfectamente que la Grecia debía llegar á ser por su ventajosa posición, la maestra y señora de la antigüedad. Sus innumerables islas, diseminadas por el Mediterráneo, á la vista unas de otras y besando las tierras firmes, parecen el lazo misterioso que, azotado constantemente por las olas, une los tres grandes continentes.

Allí debió desenvolverse el arte de navegar, que se revela ya floreciente en el período fabulo-

so; allí debían afluir las ideas de las diversas razas, ponerse en contacto las distintas civilizaciones, amalgamándose y vistiéndose con nuevas formas; allí debía nacer el genio de un pueblo libre, por la necesidad de ensanchar las bases de una sociedad destinada á recibir tantos gérmenes; y allí debía desenvolverse la inteligencia de aquel pueblo que legó á la posteridad en los mármoles de Paros, en los versos de Homero y de Hesiodo, en las oraciones de Pericles y Demóstenes y en las tragedias de Esquilo, los más acabados y clásicos modelos del arte.

Aquella multitud de islas se llena pronto de florecientes colonias griegas, y estas llegan hasta el Asia, se estienden por el Bósforo y por el Mar Negro, y se derraman más tarde por la Italia meridional.

Durante este período creció el poder de Grecia. Su lengua se extendió por todas partes, fué el órgano universal de las comunicaciones y después de algunos millares de años, todavía el mundo sabio se dedica á desentrañar sus conceptos.

Pero marchando el tiempo se civilizó la Italia. Sus relaciones se extendieron por horizontes más dilatados, la España entró en la vida común, Cartago se fundó y prosperó sobre las costas africanas, galos y germanos entraban también en el común consorcio, y variando la civilización de centro, pasó á Roma, que dominó y extendió su influencia donde quiera que alcanzó el brillo de sus armas.

El Mediterráneo fue entónces un lago romano, en cuyo seno se levantaba la magnífica península que servía de pedestal al trono de la señora de todos los países entónces conocidos.

El mundo de Roma fué ya más dilatado que el de Grecia, su poder más grande, y aunque su ciencia no era en el fondo más que la ciencia griega, los romanos disciplinaron el mundo con el imperio de sus leyes.

Mas no termina aquí la marcha triunfal de la humanidad. Una nueva evolución hace cambiar el centro de las relaciones universales.

Al llegar á las puertas del occidente, la civilización se detiene sobrecogida ante lo desconocido. El Océano, aquel río misterioso de los antiguos que circundaba la tierra, se presenta á la vista espantada de su inmensidad.

Detenida la civilización ante obstáculo tan colosal, tuerce su curso, se extiende como el caudal de aguas que choca contra el muro de granito, retrocede, se arremolina é inunda las vecinas comarcas.

Entónces entran en escena los bretones, los germanos, los normandos, los escandinavos, los godos, los sajones, los francos, y toda aquella multitud de pueblos llamados bárbaros que dieron fin con el poder de Roma, cambiando completamente el orden y equilibrio establecidos durante la dominación latina.

La escena cambia, el viejo mundo se ensancha, la Francia queda situada en el corazón mismo de la Europa civilizada y viene á ser el centro del movimiento del mundo. Fué entónces cuando nació el imperio de Carlo Magno, que modernamente ha intentado renovarse bajo el cetro de Napoleón.

En esta situación, teniendo la Francia en sus fronteras á la España, la Italia, la Suiza, la Alemania y los Países Bajos; con costas en el Atlántico y el Mediterráneo y mirando á su frente á la Inglaterra, debía ser necesariamente el vínculo y el medio de comunicación entre todas estas naciones.

Las relaciones internacionales entre tantos países debían ser conducidas á través del territorio francés y vestirse con el carácter y lengua de la Francia; y así es cómo únicamente puede explicarse que esta nación asimiladora diera la lengua á la diplomacia, la etiqueta á las Cortes y el tono á los salones aristocráticos, en la mayor parte de los Estados europeos.

Centro donde convergen todas las fuerzas civilizadoras, necesario tránsito de todas las grandes naciones, punto de contacto de todas las ideas, debía encenderse allí la chispa eléctrica del genio, el cual debía brillar con toda la intensidad á que alcanzar pueden los modernos tiempos.

Pero el obstáculo que había detenido el curso natural de la civilización, tarde ó temprano debía salvarse.

Las aguas, al detenerse cuando encuentran un obstáculo á su corriente, se engrosan, aumentan con su masa la fuerza de su empuje, y rompiendo la valla ó saltando por encima, salvan el obstáculo y se precipitan por su nuevo cauce.

Así aconteció á la Europa en el siglo xv.

Entónces los griegos eran lanzados de su país por la dominación turca, y difundiendo por Italia, daban lugar al renacimiento de las letras y las ciencias; la Francia se hacía uno de los poderes más respetables de Europa; se inventaban la imprenta y la pólvora; los españoles escribían el último y glorioso canto de aquella epopeya de ocho siglos, arrojando á los moros de Granada, su último refugio; y todo estaba preparado, civilización, armas y medios de propaganda, para acometer la empresa más grande que vieron los siglos.

Quiso la Providencia servirse de nosotros para hollar por primera vez el secreto de los mares, y nos abrió por entre las olas el prodigioso camino de un continente ignorado, tan grande como el Asia. Los españoles habían descubierto la América, ensanchando considerablemente los límites del

mundo conocido, y abriendo nuevas y fecundas regiones á la vida y al comercio universal.

Esta gran conquista del siglo xv no ha dado todavía sus frutos.

Durante cuatro siglos, la España se ha dedicado á reconocer, conquistar, poblar y civilizar el mundo cuyo descubrimiento asombrará á la Europa, y ha hecho el más grande de los milagros en no sucumbir en tan gigantesca empresa.

Hoy la obra está terminada, y podemos presentar, ante el general consorcio de los pueblos, á quince naciones nuevas, hijas de nuestro ser, ganosas de tomar parte en el banquete de la civilización.

Pero la América se halla todavía en su infancia, y la España empieza apenas á reponerse de su inmensa tarea y de sus cruentos sacrificios. Sin embargo, el porvenir nos espera, y, desde luego, podemos diseñar su perspectiva.

El Océano ya no es un abismo de pavorosos misterios. Dominadas sus encrespadas olas; abiertos sus velados caminos por las indicaciones de la brújula; sometida la fuerza del viento al dominio del hombre; acortadas las distancias por el empuje del vapor; ceñida la tierra por el pensamiento humano que circula por los hilos eléctricos con la velocidad inconcebible de la luz; destruidos todos los obstáculos que se oponían á la marcha de la civilización de naciente á poniente, en busca de nuevos horizontes, debe emprender de nuevo su interrumpida carrera.

La América es el continente del porvenir. Sus inmensas riquezas vírgenes esperan la mano del hombre para ser arrancadas del seno de la tierra. La población crece allí con más rapidez que en ninguna otra parte. El comercio toma un vuelo extraordinario.

El Atlántico está destinado á ser, dentro de un plazo más ó ménos largo, un Mediterráneo veinte veces más grande, rodeado de naciones civilizadas y de ciudades opulentas. Allí afluyen los ríos más caudalosos del mundo.

Para ello falta que la población de América crezca, que su civilización llegue á su plenitud, y que el África, nuestra vecina, se inicie en los misterios de la vida moderna.

Cuando estos hechos se realicen, el centro del mundo civilizado será nuestra España, esta espléndida península que parece desprenderse de la Europa para lanzarse por los espacios; que tiene á sus piés el África, á su mano derecha la América y á su izquierda el Asia; que extiende su vista por dilatados horizontes; que presenta sus costas por un lado á los mares del Norte y por los otros al Atlántico y al Mediterráneo, esto es, á la civilización presente, á la civilización antigua y á la civilización del porvenir.

Agréguese á su magnífica posición la dulzura de su clima, la fertilidad de su suelo, la majestad de sus montañas, que presentan paisajes tan pintorescos como los de Suiza, la transparencia de su atmósfera, el azul de su cielo, la belleza de su sol y la hermosura de sus vegas y sus naturales edenes, y se comprenderán todas las brillantes promesas con que nos brindan nuestros futuros destinos.

Nuestra patria no ha llegado, por consiguiente, á la época de su grandeza. Somos la nación de las grandes esperanzas, más bien que la nación de los grandes recuerdos.

Los que se deslumbran con nuestro antiguo esplendor, creyendo que ya ha pasado nuestra época; los que piensan que estamos en una decadencia, de la cual no nos hemos de levantar; los que viéndonos caídos muestran una sonrisa de desden cuando de nuestra patria se trata, son unos míopes, que no han meditado sobre la historia, que no se han dado exacta cuenta de lo que pasa alrededor de sí, que no saben explicarse la causa de la grandeza y la decadencia de las naciones.

La España, que tantos títulos de gloria ha conquistado en lo que lleva de vida; que ha dado en todos tiempos ejemplos de valor y de civismo; que ha provisto de sus más grandes emperadores á Roma; que ha defendido á la Europa en Oriente y Occidente, contra la invasión del fatalismo musulmán; que ha ensanchado los límites del mundo, con el descubrimiento de la América; que ha exterminado la piratería del Mediterráneo; que ha hecho una revolución literaria en toda Europa con dar á luz el *Quijote*, y que ha vencido en fin, al gran capitán del siglo, apenas ha llegado al prólogo de su maravillosa obra.

Cómo será ella en el porvenir, es imposible describirlo, porque no podemos tener una idea de la magnitud de hechos que no tienen parangón en la historia.

Por espacio de varios siglos la Francia ha sido maestra y árbitra de los destinos de la humanidad, y allí en los tiempos venideros la historia le tomará estrecha cuenta del uso que ha hecho de su influencia y de su poder.

No podemos negar que ha aportado al tesoro común una gran dosis de su espíritu analítico, provechoso al progreso de las ciencias experimentales; mas sus veleidades políticas han sido de un funesto ejemplo para los pueblos modernos; su falta de ideales ha producido la decadencia del arte, y su ambición ha perpetuado el espíritu de conquista que animó á los pueblos antiguos, impidiendo que cesara del todo el imperio de la fuerza material.

Destinados nosotros á recoger el cetro de la civilización, debemos entrar en un profundo reco-

gimiento y prepararnos solemnemente para los grandes días de nuestro imperio, para desempeñar con toda conciencia la misión augusta de nuestro sacerdocio. El fuego de la sagrada pira debe brillar bajo nuestra égida con una luz mucho más intensa que en las épocas anteriores.

Tal es la fé consoladora que propongo á mis compatriotas; tales son las esperanzas que trato de infundirles; tal es la nueva religión de la patria que quiero fundar sobre la base de la razón y de innegables hechos históricos.

Si esta creencia no fuese verdadera, sería necesario fingirlo, sería preciso aceptarla como ideal que alumbrase nuestra carrera política, y elevase nuestro espíritu nacional á las regiones donde se opera la transfiguración de los pueblos; pero todos los signos nos demuestran que estamos en la aurora de grandes transformaciones.

Contemplad cómo la civilización regresa á sus antiguos lares, cómo la vida renace en las orillas del Mediterráneo, desamparando paulatinamente las regiones nebulosas, los mares helados del septentrion, las estériles comarcas del Bóreas.

A la evocación de los cantos de lord Byron y de nuestro Espronceda, surge el génio de la Grecia, que renovando su antiguo heroísmo, se dispone á blandir la vencedora espada de Maratón y Salamina contra ese abominable y colosal imperio turco, que con su despotismo ha sumido en la barbarie y la esterilidad las más bellas regiones del Oriente; el génio de Cavour rescucita la Italia ántes despedazada y esclava, y convertida hoy en una gran nación; el Egipto se emancipa del poder del gran Señor, y ve renovarse las colosales obras de los Faraones en el Canal de Suez, que une dos mares atrayendo nueva vida á estas privilegiadas regiones; las costas de la Berbería, que no sirvieron ántes más que para albergar nidos de piratas, empiezan á ser asiento de colonias europeas, como en otros tiempos lo fueron de colonias fenicias y griegas; y el codiciado paso del Noroeste es completamente abandonado, para ir más al sud á abitar las gigantes montañas del istmo de Panamá, ruta más natural del movimiento humano.

Los grandes colosales del Norte están en decadencia. La Rusia, esa nación monstruosa, medio tártara, medio escita, minada por la gangrena del nihilismo, es detenida por la Inglaterra en su tradicional é instintiva ambición de salir al Mediterráneo por Constantinopla; la Alemania, trabajada por el socialismo, se despotiza persiguiendo el fantasma de la dominación por medio del poder militar; la Inglaterra decae visiblemente, envuelta en lejanas y desgraciadas guerras y en sus intestinas discordias; y del poder marítimo de Holanda, anulado por los ingleses, no queda más que el recuerdo.

Nada hay de casual, nada de fortuito en todos esos hechos. La teoría sobre la aptitud de las diversas razas para el progreso y la vida civilizada, son vanas especulaciones de políticos é historiadores superficiales. Los antiguos escitas, de cabellos rubios, de ojos negros y de blanco cutis, eran, como los hiperbóreos, enteramente bárbaros, mientras los semitas daban la ley al mundo. Historiadores modernos sostienen con bastante copia de datos, que los negros fueron la primera raza civilizada.

Hay leyes ciertas é invariables que presiden la marcha y el desarrollo de la humanidad. El dedo de la Providencia, que ha señalado para cada planta y para cada animal el clima y elemento en que deben vivir, no podía exceptuar al hombre de esta condición fisiológica.

Hay, pues, regiones más favorables que otras á la vida del hombre, y por consiguiente, al desarrollo de la civilización. De entre los dos hemisferios, el del Norte tiene mejores condiciones; y del hemisferio Norte una cierta y determinada zona, que podría seguirse por las líneas isotermas que sirven para indicar los climas físicos.

Esto consiste en que un clima benigno y una temperatura suave y constante, son las circunstancias más favorables á la vida del hombre.

En el hemisferio meridional los climas son muy variables, el sol calienta excesivamente aun en los climas fríos, reinan vientos impetuosos y destemplados que corren sin obstáculos desde el polo hasta el Ecuador, por la horizontalidad del mar y de las inmensas llanuras, y por la dirección de sus escasas montañas.

Todo se conjura allí en contra de nuestra existencia.

Las tierras son escasas y terminan en puntas dirigidas hácia el sud, con lo cual dejan paso libre á los témpanos de hielo y á los vientos glaciales del polo. Las costas son unidas, y no ofrecen casi abrigo á las embarcaciones. No hay mares interiores ni golfos que faciliten el comercio con las comarcas mediterráneas.

Por el contrario, en la otra mitad de la tierra el polo está encerrado en un círculo que casi lo convierte en un lago; las montañas cortan los vientos cruzando en todas direcciones abundantes y fértiles tierras é interceptando encantadores valles; los grandes golfos y mares interiores forman abrigados puertos y facilitan las comunicaciones y el comercio; los climas son regulares y tienen pocas oscilaciones; y hasta la estrella polar está puesta en nuestro firmamento para guiar al navegante en medio de las soledades de los mares.

Segun estos principios, alrededor de los cuarenta grados de latitud de nuestro hemisferio, tenemos la zona predilecta de la vida del hombre.

En esa zona encontramos á los pueblos que más han brillado en la historia de la humanidad.

En ella se encuentra la India, cuna de las grandes teogonías y de los más elevados principios filosóficos; los florecientes imperios de Persia y Babilonia, nacidos entre las emanaciones balsámicas del Paraíso de nuestros primeros padres y reveladores de la ciencia de los astros; la Fenicia, que nos legó el génio mercante y el secreto de las representaciones escritas; el Egipto con sus ciclópeos monumentos; la Palestina, patria del mismo Dios, que allí tomó forma humana para redimir al mundo; la Grecia, creadora del arte regenerado y enaltecido por la libertad; Cartago que nos ha dado la idea del poder marítimo, y Roma, que fundó el derecho universal.

Alrededor de estos grandes centros se reflejan todos los cambiantes de la luz que destella la humana inteligencia. Todos los pueblos, todas las razas, se civilizan cuando entran en esta zona, y todas modifican la civilización, aportando al patrimonio común los rasgos y condiciones de su génio.

Despréndese de aquí que nuestra España se encuentra en la mejor zona, y confírmase de este modo la certeza de nuestras esperanzas acerca de sus futuros y gloriosos destinos.

Mas la civilización tiene, no sólo su posición fija en esta zona, sino que está dotada de un conocido movimiento de naciente á poniente. A medida que crece su inteligencia y su actividad, busca el hombre más grandes escenarios, mundos más extensos en que desenvolverse.

Los Primeros imperios se contentan con situarse al márgen de caudalosos ríos; pero cuando el instinto los lleva hasta las costas, y divisan un rincón del Mediterráneo, asombrados en presencia de la vasta y líquida llanura le dan el nombre significativo de Mare Magnum.

El Mediterráneo es un mar providencial. Parece el gran camino de la civilización, puesto á lo largo de la más privilegiada zona; y presenta de Oriente á Poniente cada vez mayor ensanche y desarrollo, como en previsión de las necesidades crecientes que había de experimentar la humanidad. Caudalosos ríos afluyen de todas partes en forma radiada, permitiendo penetrar por fáciles caminos al interior de las tierras; y cuando ya esa región del mundo era estrecha para servir de teatro á las actividades del hombre, se abren de par en par las puertas de ese Océano, que oculta otro Océano todavía más vasto, cuyas encumbradas barreras están próximas á caer también, como las murallas de Jericó al sonido de las trompetas anunciadoras de la llegada de las huestes, que llevan en la ciencia el verbo de la civilización, destello de la inspiración divina.

Manifiestos son, pues, nuestros destinos, y confirmadas están las anunciadas transformaciones. Los grandes días de nuestro apostolado se acercan, y nuestro imperio debe simbolizar el triunfo de la ley moral, que es el objeto de toda actividad y el fin de toda humana ciencia.

PEDRO ARNÓ.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

I

Nuestros lectores habrán observado, por lo que antecede, las medidas enérgicas y las muchísimas precauciones que han tomado todos los Gobiernos, de la época á que nos referimos, al tratar de la expulsión de los jesuitas. Esto indica, bien claramente, dos cosas: una referente á los odios excitados por la Compañía y sus numerosos enemigos; y la otra, el gran concepto formado de su influencia, poder y sagacidad, creyéndose pocas todas las precauciones para conseguir que no pudieran evitar el golpe. Sin embargo, la resistencia estuvo bien lejos de ser heroica en ningún lado, y su reconocida sagacidad no rayó á inmensa altura, no obstante á que, cuando llegó el momento de la disolución de la Compañía, disponían de recursos de que, probablemente, no había alcanzado ninguna congregación ó sociedad. En comprobación de ello, allá van algunos datos de los que tenemos á la mano, no haciendo uso de todos en obsequio á la brevedad. En 21 de Julio de 1773 contaba la Compañía 24 casas de profesión, 669 colegios, 176 seminarios, 61 noviciados, 33 residencias, y 273 misiones, y un total de 22,589 miembros, de los cuales la mitad, por lo ménos, había recibido las órdenes del sacerdocio, llegando á dominar su enseñanza en 80 Universidades ó Academias; esto sin contar con las inmensas riquezas que poseían en todas las partes del mundo y que, segun ya se ha visto, de todas podía disponer, en caso necesario, el general de la Orden. De suerte que bien puede asegurarse que ningún soberano de aquella época ni de las posteriores, disponía de los medios que tenía el florentino Ricci, poco antes de la catástrofe que dió con él en el castillo de Santo-Angelo. Así se explican aquellas palabras que, con ó sin razón, se atribuyen á un antecesor suyo, el cual decía en París á un personaje de aquella corte: «desde esta pequeña habitación mandó en París, en Francia, en China, y en el mundo entero.» Admira y sorprende que, con tal poder y tales medios, no haya la Compañía podido vencer á su primero y más encarnizado enemigo, al marqués de Pombal.

Ya hemos indicado que Pío VI tenía grandes

deseos de complacer á los jesuitas, ya fuera por amor, ya por otra pasion mas egoista y ménos noble. Tambien se ha dicho que los jesuitas de la Rusia blanca, y los de Prusia, habian nombrado vicarios especiales para cada uno de estos países. Esto era una desobediencia al Papa; pero, es el caso que todo se hacia de acuerdo con él, así como las congregaciones establecidas en varios países católicos con los nombres de Redentoristas, Predicadores de la fé, Padres de Jesús, etc. Unas y otras no eran más que preparaciones para el dia en que Pio VI pudiera satisfacer sus deseos y complacer á los amigos de la extinguida Orden, anulando el breve de su antecesor y reconstituyendo la Compañía. Pero es el caso que el rey, refutador de Machiavelo, por inadvertencia ó, lo que es más creible, para sus fines particulares, advirtió á Carlos III de todo lo que pasaba, y éste se dirigió al Papa en lenguaje, respetuoso sí, pero tan explícito, que no podía dejar de entenderse. Pasábale á Pio VI con Carlos III algo de lo que el cardenal Bernis decia de él respecto á los jesuitas: no le amaba pero le temia; así, que, estaba muy léjos de querer provocarle, por cuya razon, á pesar de sus deseos de reconstituir la Orden, no se atrevió á verificarlo quedando esta gloria reservada á Pio VII.

Vino la revolucion francesa á paralizar en cierto modo la marcha de regalistas y reformadores, y todos aquellos que no habian pensado en los nuevos principios que pronto debian imponerse, la libertad individual y la soberanía de los pueblos, y que no llevaban sus reformas más allá del derecho divino de los reyes, dieron un paso hácia atrás; creyeron, y con razon, que los tronos peligraban; uniéronse á sus enemigos de la víspera, comprendiendo unos y otros que habia algo más importante que las disputas entre ultramontanos y cimonianos y entre inmunidades de la Iglesia y regalías de la corona, pues unas y otras eran rudamente atacadas, y negados en absoluto los principios en que descansaban los que hasta entonces se creian derechos del Papa y de los reyes; y desde aquel momento los partidarios de la llamada legitimidad y los del ultramontanismo, cuyos representantes más genuinos eran los jesuitas, formaron un solo partido, apareciendo aquella famosa union del trono y el altar, tan funesta al progreso y á las libertades de los pueblos, y en nuestro sentir no ménos desdichada, á la corta ó á la larga, para los intereses religiosos. Inició la reaccion en favor de los jesuitas el Borbon que mandaba en Nápoles, llamándoles en 1804, y por fin, despues de vencido Napoleon y á poco de entrar en Roma Pio VII, publicó éste la Bula titulada *Sollicitudo omnium* y que lleva la fecha 7 de Agosto de 1814, autorizando las asociaciones en Rusia, Nápoles y toda la cristiandad. El 11 de Noviembre del mismo año volvieron á abrir su noviciado en Roma, y de tal manera aumentaron su número, que en 1829 tuvieron que construir otro convento porque no cabian en el antiguo. Los papeles se habian cambiado; habia sido la casa de Borbon, como hemos visto, la que hizo *cassus belli* la disolucion de la Compañía: ahora son los que se apresuran á restablecerla en sus Estados. Rusia los expulsó de su territorio en 1816; Juan VI de Portugal significó al Papa que estaba resuelto á sostener el decreto por el que fueron echados de aquella nacion; Austria les prohibió la entrada en sus dominios; el Piamonte, Módena y las Dos Sicias los llamaron á los suyos; y en Francia tardaron algun tiempo en ir á París, estableciéndose primero en las provincias bajo el pretexto de las misiones; de manera que, antes de ir á la capital y estar sólo consentidos, existian ya en aquel reino unos 600. Se establecieron al fin en la gran ciudad, y nuestros lectores saben la desgraciada influencia que ejercieron en la política reaccionaria de la Restauracion y en el ánimo de Carlos X. La revolucion de 1830 les fué poco favorable, y pasaron allí por otra crisis que no tuvo para ellos las consecuencias que temian, porque Luis Felipe, rey que habia salido de las barricadas, cuando le pareció bien, intentó que los soberanos legítimos de Europa olvidasen su origen y miraran su dinastía como una *casi legitimidad*, dándose á lisonjear á los ultramontanos, y por consiguiente los jesuitas pudieron no echar de ménos los tiempos de Carlos X. La revolucion de 1848 en Francia y los movimientos que tuvieron lugar en diferentes países, fué para los Padres presagio de ulteriores descalabros, pero tambien salieron victoriosos: la reaccion que vino en toda Europa, despues de vencido aquel movimiento, y en Francia con posterioridad al 2 de Diciembre, fué tan favorable para ellos, que se vieron halagados por el imperio de tal suerte, que en 1855 tenian en Francia 1.697 individuos de la Orden.

Al volver á España Fernando VII, poco despues de abandonar á Valencey, donde tanto habia lisonjeado á Napoleon, y desde donde le habia escrito las célebres cartas (1) que para eterno baldon fue-

(1) «Señor: el placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona nuevamente la augusta frente de V. M. imperial y real, nos estimulan á felicitarle, con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos, bajo la proteccion de V. M. imperial y real.—Mi hermano y mi tío me encargan que ofrezca á V. M. su respetuoso homenaje, y se unen al que tiene el honor de ser, con la más alta y respetuosa consideracion, señor, de V. M. imperial y real, el más humilde y obediente servidor.—Fernando.—Valencey 6 de Agosto de 1809.»

ron publicados en el *Moniteur* de aquellos tiempos, se apresuró á llamar los Padres de la Compañía, sin duda ninguna para hacer la felicidad de sus vasallos, única idea que dominaba todos sus sentimientos, como lo indican bien sus palabras del 4 de Mayo de 1814, pues decia: «que nada podia ocupar su corazon tanto, como el darles pruebas del bien que les deseaba, por la fidelidad que tan generosa y constantemente le habian acreditado.» No se crea que se redujo sólo á palabras, pues los hechos pronto vinieron á confirmarlas. En efecto, en la noche del 11 al 12 de dicho mes, fueron presos por órden suya los que habian formado la Regencia, y con estos los diputados de ideas liberales, inaugurando, de este modo, una época de persecucion y tiranía tales, que dieron lugar en alguna ocasion á que el embajador de Rusia le manifestara la opinion de su emperador, diciéndole que, su manera de proceder con los españoles le parecia injusta, inconveniente y expuesta á funestos resultados. ¡Qué diferencia de conducta! El pueblo español, abandonado, sin tesoro, sin marina, sin ejército, convertida en armas ofensivas todos los útiles que á ello podian prestarse, y tenia el heroísmo de declarar la guerra al vencedor de Europa; el heroísmo, decimos, y permítasenos insistir sobre esta idea, porque en aquel hecho, tal vez el más notable de la historia de España, no hay que buscar su importancia en los detalles, pues significa poco que hayamos sido unas veces vencidos, como en Riosoco y en Ocaña, y otras vencedores como en Bailén y San Marcial; no; la importancia descansa sobre estos dos hechos culminantes, que son: primero, hacer frente á Napoleon y sus aguerridas y vencedoras huestes, y segundo, no desmayar por los contratiempos y desgracias, ni descansar un momento hasta que el extranjero dejó de pisar el suelo sagrado de la patria. No se nos oculta, y hemos de decirlo con entera franqueza, que sin la ayuda de los ingleses y la campaña de Rusia, todas las probabilidades son de que España hubiera sucumbido; pero, esto no hubiera disminuido en nada su heroísmo, porque á nadie es dado hacer los imposibles. La conducta del pueblo español sirvió de modelo á los demás pueblos de Europa; anteriormente vimos la de Fernando VII. Lógico era, aunque parezca paradójico, que una naturaleza como la suya, vengara las debilidades propias sobre el cándido pueblo español, que habia cubierto los campos de cadáveres para entregarle de nuevo una corona y echar fuera de su territorio al invasor que Fernando VII habia llamado en su auxilio para que amparase á un *desgraciado hijo contra las inconveniencias y ceguedad de un padre*; al mismo tiempo que Carlos IV suplicaba al capitán del siglo amparase á un *desgraciado padre contra las conspiraciones é intrigas de un mal hijo*.

No es ahora nuestro objeto criticar, censurar ni aplaudir que Fernando VII hubiese llamado á los Padres de la Orden; y únicamente haremos notar el siguiente contraste: ¡qué diferencia, como reyes y como caballeros, entre el abuelo que los expulsó y el nieto que los ha llamado!

Siguieron aquí los Padres prosperando como en todas partes, y en 1838 fueron otra vez expulsados. Volvieron más tarde, en tiempo de aquella *série de lamentables equivocaciones*, y fueron tan protegidos que, por una simple real órden, se les señaló cincuenta y cinco mil duros anuales, próximamente, en el Tesoro de Filipinas, para que allí se encargaran de una parte de lo que, por lujo y exajerando un poco la cosa, pudiéramos llamar la instruccion pública en el archipiélago. No nos ocuparemos ahora de este detalle, porque más adelante hemos de hacerlo con toda detencion, contentándonos por el momento con la siguiente pregunta: ¿Existirá en Europa algun otro país que, sin dar cuenta al Parlamento, sin que los contribuyentes tengan participacion alguna, se disponga de una renta fija de tal importancia por una simple real órden? Pues este es el hecho, y nuestros lectores pueden ver en el presupuesto de Filipinas, para el actual año económico, consignada la partida de que hemos hablado y que los Padres siguen cobrando desde la indicada fecha. El extranjero que no esté muy al corriente de nuestros usos y costumbres, y juzgue sólo por nuestros actos exteriores, y vea por una parte tal parsimonia en el pago de servicios útiles y necesarios, y por otra tal desprendimiento con otros de utilidad más dudosa, se verá muy perplejo para averiguar si somos una nacion que está tocando los límites de la más extrema pobreza ó si, por el contrario, disponemos de una abundancia tal que para nada echemos de ménos los antiguos tesoros de América.

Aquí siguieron los Padres de la Compañía con algunos pequeños eclipses: ¿extraños á la política como ellos dicen, ó trabajando, por el contrario, sin tréguo ni descanso por la causa del trono y el altar, intentando hacer de España el volcan hácia el cual debian converger todas las corrientes subterráneas de ultramontanismo y absolutismo, y cuyas llamas habian de devorar estas pícaras li-

«Lo que ahora ocupa mi atencion es para mí un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador nuestro soberano. Yo me creo acreedor de esta adopcion que verdaderamente haria la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M., como por mi sumision y entera obediencia á sus intereses y deseos.»

bertades modernas? Tratar este asunto con la detencion que el caso requiere y la severidad ordena, nos llevaria muy léjos, y sin renunciar á este exámen, lo aplazamos para otra ocasion, contentándonos sólo ahora con plantear el siguiente problema: dados los establecimientos de la Compañía en nuestras hermosas provincias vascas, y su reconocida influencia sobre aquellos honrados, valientes y tenaces moradores, y muy especialmente la que ejerce el tribunal de la penitencia sobre el sexo bello, sentado como un hecho incontrastable el entusiasmo de aquellas mujeres por el triunfo de la causa absolutista, se pregunta: ¿habian inspirado este entusiasmo los Padres por medio de la confesion, ó no tenian, por el contrario, ninguna noticia de él? Y en este último caso, ¿guardaban las penitentes una gran reserva, ó los Padres eran muy cándidos. Se verificaba un tercer caso, á saber: que conociendo los directores espirituales de aquellas bellas montañesas su entusiasmo bélico por la causa carlista, trataron de disuadirles de su error, cumpliendo con su deber de *ministros de una religion de paz*, y no pudieron lograrlo? Y si admitimos esto, ¿cuál es su influencia? Pero hay más; segun los documentos publicados en 1872 por las autoridades de aquel país y las diputaciones forales de Guipúzcoa y Vizcaya, los trabajos y manejos del clero, hechos con todo descaro, dieron por resultado la sublevacion absolutista de la gente vasca. Por consiguiente, escitando á una guerra religiosa, ¿habian participado los Padres de la opinion que determinaba esta conducta del clero vascongado, eran sus iniciadores, ó se hallaban en disidencia con sus hermanos en Cristo? Nuestros lectores nos permitirán hayamos dado á estas cuestiones la forma matemática, por considerarla, si no más elegante, más precisa. Dejemos la solucion á los aficionados, y sigamos nosotros á la Orden en las demás naciones de Europa.

Estableciéronse tambien los Padres, despues de reconstituida la Sociedad en todos los Estados de Alemania, en Bélgica, Suiza y América. En algunos de los primeros no estaban más que tolerados, pero no oficialmente admitidos, y, con razon ó sin ella, se les ha inculcado de varias perturbaciones y turbulencias de carácter religioso acaecidas en estos países. En Bélgica han tomado parte en el movimiento de independencia y separacion de Holanda, lo cual les produjo en aquellos habitantes influencia y simpatías; pero las luchas entre lo que allí se llaman partidos católico y liberal, y últimamente las leyes sobre enseñanza pública, les ha creado la situacion difícil que todos nuestros lectores conocen. Respecto á Inglaterra y América hay poco que decir: tienen en la primera algun establecimiento de enseñanza; pero, debido al estado de aquel país, ni prosperan tanto como en otros, ni el Gobierno se ocupa en molestarlos ni protegerlos. En la América del Norte tambien se hallan establecidos y no deja de aumentarse el número de individuos de la Orden; pero, como los anglo-americanos han tenido el buen acierto de dejar todas las iglesias completamente libres, separadas del Estado y retribuidas únicamente por los fieles adeptos, claro está que el Gobierno norte-americano para nada se preocupa. En las repúblicas españolas, en las cuales la religion católica es la dominante, siendo religion del Estado en algunas de ellas, con ó sin justicia, se les ha atribuido el tomar una parte demasiado activa en la política reaccionaria. Esto y los numerosos movimientos revolucionarios que han tenido efecto en aquellos países, han determinado su expulsion en la mayor parte de ellos.

Donde trabajaron más á banderas desplegadas y con mayor esperanza de éxito, fué en Suiza, á la cual hicieron pasar por una crisis tan decisiva, que estuvo muy expuesta á perder su nacionalidad, á sostener una guerra desesperada para defenderla, y á pasar por la humillacion de que los ejércitos de Europa fueran á dictarles leyes á nombre de una intervencion de Francia, Austria y otras naciones. Queda dicha la actitud que tomaron los jesuitas establecidos en Suiza cuando salió á luz el Breve de Clemente XIV, y si bien se ha visto que el éxito no correspondió á sus esperanzas, no es ménos cierto que aquella misma actitud indicaba que allí se creian asegurados, ó por lo ménos que la opinion les era favorable. Despues de restablecida la Orden por Pio VII, tardaron pocos años en instalarse en la Confederacion Helvética, porque, como no ignoran los lectores de LA AMÉRICA, aquella valerosa federacion, que tan enérgicamente ha luchado por sus libertades é independencia, y que en más de una ocasion tan duras lecciones dió á Austria y á Francia, y sobre todo á la casa de Borgoña, derrotando completamente su ejército mandado por Carlos el Temerario, quien tuvo la desgracia ó fortuna de no poder llorar su derrota, pues perdió con el ejército su vida, dió no solo esta leccion á los reyes, sino una grandísima enseñanza á los pueblos, que estos, *desgraciadamente, no supieron aprovechar*, mostrándonos que la libertad se adquiere por el valor y la constancia y que de nadie pueden esperarla más que de sí mismos. Suiza, durante su brillante historia, ha tenido muchas luchas con el Papado, pues la mayoría de sus ciudadanos aceptó con entusiasmo, como todos sabemos, las doctrinas de Calvino, si bien algunos de los cantones permanecieron fieles al catolicismo, lo cual motivó que en alguna ocasion se predicaran cruzadas contra ella y que un Papa propusiera al rey de Francia, como obra

altamente meritoria á los ojos de Dios, acabar con aquel foco de herejes y republicanos, enemigos de los reyes del cielo y de la tierra y pestilentes liberales. Esto era bueno de aconsejar; en cuanto á llevarlo á la práctica, había un pequeño inconveniente y consistía en que los suizos habían demostrado repetidas veces que las puntas de sus alabardas y el corte de sus espadas eran de buen temple; pero, como se comprenderá, tan encontradas opiniones entre la curia romana y la federación helvética han sostenido constantemente una situación más ó ménos tirante.

Establecieron los Padres de la Compañía en Suiza en 1818 y restablecieron el antiguo colegio que en el cantón de Fribourg habían tenido antiguamente. Con su acostumbrada actividad y su propaganda incansable consiguieron establecerse también en el de Schwytz y más adelante en el de Lucerna, cuyo acontecimiento produjo en el seno de la Confederación la crisis de que antes hemos hablado. Motivó esto grande irritación en los cantones protestantes, y más que todo la creencia de que era indispensable atajar el mal si la federación no había de ver comprometidas sus creencias ó su seguridad. Formáronse en consecuencia varias partidas de voluntarios y entraron á mano armada en el cantón de Lucerna, con el objeto de derripar su gobierno, hechura de los jesuitas, y arrojar á estos del territorio helvético. No fueron afortunados en sus expediciones aquellos voluntarios, pues fueron batidos y rechazados por los soldados del cantón, que sostuvieron con ventaja la bandera de aquel gobierno y de la Compañía. Esta victoria de los Padres se volvió contra ellos, porque produjo en los demás cantones una gran exacerbación de ódios que de larga fecha se venían fermentando contra los discípulos de Loyola. Creció el disgusto de todo punto cuando se dió á público la formación del Sonderbund creado por los consejos y ardidés de los Padres, y que tenía por objeto, nada ménos, que formar una federación dentro de otra y acabar por consiguiente con la Suiza. Hallábase la Compañía y la curia romana satisfecha de su obra, pero, así son las cosas del mundo, aquello que esperaban había de proporcionarles un éxito ambicionado hacia tiempo, fué precisamente el origen de una gran derrota y la expulsión de la Compañía del territorio helvético.

Desde 1814 venían trabajando, juntos unas veces y separados otras, el antiguo partido aristocrático y el ultramontano en Suiza. Quería el uno sostener sus antiguos é injustos privilegios; quería el otro establecer un dominio absoluto del Papa en los cantones católicos y contando con el poderoso apoyo de la Santa Alianza, dar el golpe de gracia á la federación helvética, que representaba á los ojos de los Papas, como ya hemos visto, un *foco pestilencial de herejes y republicanos*, es decir, doblemente heréticos. El primero de estos dos partidos produjo á Suiza algunas complicaciones, pero sus intenciones no fueron de una gran trascendencia. No así los trabajos subterráneos del segundo, que allí, como en otras partes, asegurando no mezclarse en la política, escitaba, por todos los medios que estaban á su alcance, los movimientos anárquicos más contrarios á sus ideas, porque sabían bien que la anarquía, por la marcha natural de las cosas, es el agente más poderoso de la reacción. Esta conducta era hábil, aunque no nueva, y los directores de esta conspiración subterránea eran los Padres de la Orden, de acuerdo con la curia romana. Una coincidencia particular vino á favorecer sus planes, y fué la revolución verificada en el cantón protestante de Zurich, siendo el motivo pretexto el nombramiento, del doctor Strauss, célebre autor de la *Vida de Jesús*, para una cátedra de teología.

Los conservadores aparentaron ver en esto un gran peligro para la religión. Inútil fué que declarase el gran Consejo que Strauss no desempeñaría su cátedra, pues aquellos produjeron una gran fermentación entre las masas más ignorantes del pueblo, que allí, como en todas partes, son el instrumento inconsciente, pero más poderoso, de sus propios enemigos, haciendo correr la noticia falsa de que un cuerpo de tropas federales estaba en marcha sobre el cantón. El 6 de Setiembre, varias partidas de paisanos armados, derribaron el Gobierno y fué reemplazado por uno formado de conservadores. Se vió entonces con toda claridad que el terreno estaba perfectamente minado, y que tenía más alcance de lo que podía suponerse, lo que pusieron en evidencia los movimientos análogos que se sucedían en el Tesino, en la Argovia, en el Valais, en Ginebra, en Lucerna y en Vande. Añádase á todo esto la llamada de los jesuitas, el gran incremento y estension que tomaban sus establecimientos, las inconcebibles atribuciones acordadas al Nuncio, la división sucesiva de Suiza en pequeños obispados que, contrariando los Cánones y decisiones de los Concilios, no dependían de ningún metropolitano, y sólo directamente del Papa; y se verá que la activa habilidad de los padres no se dormía, pero que no podía ménos de ser visible á los patriotas de Suiza; así que, desde antes de 1830, varios cantones reconocieron la necesidad de combatir sin trégua al partido clerical. En su consecuencia, los diputados de los cantones pertenecientes á la diócesis de Bâle y los del cantón del San-Gall, se reunieron en Baden con objeto de crear lazos metropolitanos y un derecho eclesiástico para toda la federación. Produjeron estos

acuerdos no pocas complicaciones, y en 27 de Mayo de 1835, una Encíclica del Papa condena á los reunidos como cismáticos, heréticos, escandalosos, etc.; que en esto de palabras poco cultas, no escasean nunca cierta clase de documentos.

Toda esta serie de hechos que brevemente hemos apuntado, determinaron al gran Consejo á decretar la supresión de los conventos, á pesar de la protesta de los cantones católicos. Los de Lucerna y Valais fueron teatro de desórdenes muy graves y de luchas encarnizadas, en las cuales llevó la mejor parte el partido clerical. Mostráronse los padres y el clero, como siempre, valerosos y enérgicos después de la victoria; ya veremos luego que no fueron tanto en la desgracia. Pero, en fin, consiguieron lo que querían, á saber: que la religión católica fuese la única que se profesase públicamente en Valais.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

EL SOCIALISMO DE LOUIS BLANC.

Vamos á dar á conocer á los lectores de LA AMÉRICA las teorías sociales del gran demócrata francés, que nació en Madrid en 1812, porque su padre era director de Hacienda, durante el Gobierno intruso de José, hermano de Napoleón.

Merece consideración y respeto este eminente repúblico por su varonil elocuencia, y por sus profundas convicciones, que le han hecho sufrir un largo destierro de su patria, por espacio de veinte años, que emigrado en Inglaterra, no aceptó jamás la amnistía de Napoleón III, perjuro á la Constitución y violador del derecho por su infame golpe de Estado.

Louis Blanc es además historiador grandilocuente de la *Revolución de Francia*, perseverante y desinteresado apóstol de la idea democrática y social.

Fuó miembro influyente del Gobierno provisional que se constituyó en París, después del triunfo del pueblo en 1848, que proclamó la República.

El socialismo, para el distinguido escritor, es el Evangelio en acción. Invoca el testimonio de San Pablo, y según el espíritu del Evangelio, todos los hombres, aunque desiguales en fuerza y en inteligencia, no deben hacer más que uno sólo, y un todo igual, como los miembros del cuerpo humano, aunque diversos, constituyen un sólo cuerpo.

Y determina este sistema por la *Solidaridad humana*, así como le resume por la triple fórmula *Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

La libertad no es, en su juicio, solamente el derecho, sino el poder dado al hombre de desarrollar completamente sus facultades, bajo el imperio de la justicia y salvaguardia de la ley. En esta definición se sirve de la palabra *poder*, porque tiende á establecer una cosa real, mientras que con la palabra *derecho* la libertad no es más que una vaga teoría. Funda la diferencia en el ejemplo del enfermo, á quien en vez de dar todos los remedios que pueden devolverle la salud se contentase con proclamar que él tiene el derecho de ser curado, y se aplica también al hombre retenido en la servidumbre por su debilidad é ignorancia. Para devolverle la libertad, él cree que no basta proclamar, que tiene el derecho de ser libre, sino que es preciso darle los medios, el poder de constituirse verdaderamente libre.

Define la igualdad para todos los hombres, el igual desarrollo de sus facultades *desiguales* y la igual satisfacción de sus necesidades *desiguales*. Como resalta naturalmente la objeción de que todos los hombres no son iguales en fuerzas físicas é intelectuales, que no tienen los mismos gustos, las mismas aptitudes é inclinaciones, como no se parecen en el rostro, reconoce que la igualdad no es sino la proporcionalidad, pero que es justo y conforme al interés general, al principio de solidaridad y á las leyes de la naturaleza, que cada uno de los hombres sea puesto en estado de sacar partido tan completamente como sea posible, atendiendo á la felicidad de los demás, de las facultades que ha recibido de la naturaleza y de satisfacer igualmente, con relación á su propia felicidad, las necesidades que la naturaleza le ha dado.

En suma, declara que la igualdad no puede existir de un modo verdadero, sino cuando cada uno, según la ley escrita en su organización por Dios mismo, *producirá según sus facultades y consumirá según sus necesidades*.

Niega que el sistema de la igualdad absoluta de los salarios haya sido presentada por él en el Luxemburgo, como la realización definitiva del principio de fraternidad, porque aplicada al régimen de individualismo y de concurrencia, sería una prima concedida á la pereza, que no ofrecería el mismo inconveniente en el régimen de asociación, como un medio transitorio y de ensayo para evitar los ódios y las rivalidades que la desigualdad de las ventajas engendran entre los asociados; pero que el verdadero principio de fraternidad, aquel cuyo trabajo marcaría el progreso definitivo de las sociedades humanas, no era la igualdad de los salarios, sino la distribución de los trabajos en armonía con las facultades, y la repartición de los frutos según las necesidades. Afirma que esto no es realizable hoy, porque las leyes de la naturaleza, oscurecidas por una civilización corrompida que ha creado multitud de necesidades ficticias, gustos depravados y vanos deseos, de suerte que muchos

harían muy poco y exigirían mucho, sólo la educación puede rectificar las ideas falsas, hoy generalmente extendidas, y llegando á comprender la excelencia de la vida de familia, lo que es hoy de aplicación tan difícil, parecerá más fácil, limitándose por ahora á señalar el fin y entrar en el camino que conduce á él.

Más el derecho pretendido que en una civilización imperfecta se arroga el hombre inteligente sobre el que posee ménos inteligencia, es una violación patente, como la que en el estado salvaje el hombre vigoroso se arroga sobre el hombre débil, y condena con más energía el primer abuso, fundado en que la fuerza muscular no razona sus actos, y la inteligencia está obligada á razonar los que ejecuta. La igualdad consiste en la más grande suma posible de bienestar para todos, relacionada con la organización particular de cada uno, y con sus aptitudes especiales.

Este ideal realizado, la más dulce recompensa de los hombres de mérito, su más noble estímulo, último término de la sabiduría humana, sería el ejercicio libre de sus facultades, llamados á satisfacer completamente sus necesidades y sus gustos, dedicados á hacer felices á los demás hombres, participando de esta ventura común. La fraternidad es la igualdad consagrada, poetizada, santificada y sostenida por el amor; pero si el régimen feudal ha sido destruido, existe la tiranía de las cosas, la servidumbre de la ignorancia y de la miseria, porque el trabajo no está suficientemente retribuido y garantido; así la miseria es para el mayor número un hecho inevitable, y la ignorancia un hecho fatal. Los instrumentos del trabajo se encuentran en las manos de algunos y los que los poseen son dueños de los que carecen de ellos; los trabajadores van cada uno separadamente á ganar su pan, en vez de trabajar asociados, de lo que resulta que cuando los competidores son numerosos, los infortunados trabajadores se disputan temblando su jornal, para obtener la preferencia, y los salarios bajan. La libertad de la industria consiste, en su juicio, en la lucha del millonario contra el poseedor de un pequeño capital; la igualdad no existe, porque los unos tienen lo superfluo, mientras los otros carecen de lo necesario; la igualdad ante la ley es una vana palabra, porque el rico puede pagar los gastos de un proceso, y el pobre no; y para realizar la fórmula que expresa los tres aspectos magníficos, *Libertad Igualdad y Fraternidad*, es preciso asegurar el desarrollo moral é intelectual de todos sin excepción, por la educación común gratuita, obligatoria, y leyes garantizando el derecho al trabajo, por la institución del principio de asociación al principio del individualismo, que solo tiende al triunfo del interés particular á costa del interés de otro y de la sociedad entera. Su resultado más funesto es la concurrencia, que es el esfuerzo de cada uno para enriquecerse, arruinando al otro, y sus efectos naturales son el odio, la envidia, viles artificios, la falsificación de los productos, una codicia sin límites, la baja de los salarios, la protección abandonada al imperio de la casualidad, la destrucción de las fuerzas sociales gastadas la una contra la otra, los pequeños aniquilados por los grandes, la guerra transportada en el dominio del trabajo, la muerte de toda libertad, igualdad y fraternidad.

Está convencido de que la emulación verdadera nace de la asociación, en que los hombres reúnen sus voluntades, combinan sus aptitudes y trabajan juntos en una obra común, de que cada uno aprovecha según sus necesidades, después de haber contribuido según sus facultades. Sus efectos naturales son la concordancia de cada interés particular con el interés general, la emulación como punto de honor, la dimisión de la casualidad en provecho de la ciencia, el acrecimiento indefinido de la riqueza pública, por la reunión de las fuerzas diversas, y su repartición basada sobre el conocimiento de las diversas necesidades.

Para pasar del orden social actual, al que aspira, reclama la intervención del Estado, representado en un país libre, que elige por el sufragio universal á los ciudadanos más dignos, para guiar la marcha de todos en el camino de la libertad, para asegurar á cada uno el *poder* de desarrollar completamente sus facultades; solo el Estado, que representa la sociedad en resumen, puede procurar á cada uno de sus miembros la instrucción y los instrumentos del trabajo.

Rechaza la idea de tiranía, que sólo es compatible con el poder absoluto de un individuo, ó de una casta, como cuando Luis XIV decía: *El Estado soy yo*; pero no en el mundo nuevo, en el que el pueblo, haciendo él mismo sus negocios, por sus delegados, la gran máxima del Estado deber ser: «El primero de todos no es sino el servidor de todos».

Sólo al Estado atribuye la iniciativa de la regeneración social, por ser una obra muy vasta contra la que luchan muchos obstáculos materiales, intereses y preocupaciones, que sólo puede resistir ó armonizar el poder de todos energicamente resumido en el de los mejores y más inteligentes. Llama, al Estado interviniendo para regenerar la sociedad, la cabeza, ocupándose de la salud del cuerpo, pero no considera que esta obra de regeneración, puede ser emprendida y terminada de un sólo golpe, sino que exige mucho tiempo, paciencia, madurez y un conjunto de reformas sucesivas que no tienen por fin el hacer del Estado el sólo industrial y comerciante del país, ni de ahogar bajo un régimen reglamentario la espontaneidad de

cada uno, sino para dar al contrario, al sentimiento individual más moralidad, más energía, y más impulso.

No todos los socialistas están de acuerdo en la fórmula: *cada uno, según sus facultades, á cada uno según sus necesidades*; pero todos quieren de común acuerdo, la instrucción gratuita, obligatoria y lega; que el antagonismo de los intereses ceda su puesto á la asociación; que sea proclamado el derecho al trabajo; que el impuesto sobre la sal, las bebidas, los consumos y todas las contribuciones que pesan tan cruelmente sobre el pueblo, sean reemplazadas por un impuesto sobre la renta, único y progresivo; que los caminos de hierro, las minas y los seguros pasen de las manos de tantos especuladores privados á las del Estado; que desaparezca la tiranía de la usura; que disminuya el interés de la plata, á fin que el trabajador sea emancipado de la dominación del capital, y que se llegue á la abolición del proletariado por la gratitud del crédito; que estriba en poner á la disposición del trabajador el capital necesario, sin exigir interés. Este problema está resuelto, en su opinión, desde que un trabajador encuentra siempre dispuesta á recibirle una asociación, poseyendo un capital colectivo, del que él mismo es llamado á obtener provecho; así la gratitud del crédito es la asociación.

La moneda metálica sería reemplazada por el papel, que califica de moneda de confianza de la asociación; hoy peligrosa, porque la facilidad de crear esta moneda impulsa á los Gobiernos á hacer emisiones exageradas, que envilecen y turban las transacciones; pero la emisión arbitraria del papel moneda, se haría fácilmente imposible, desde que se decidiera que los billetes quedaran hipotecados sobre el valor de los objetos reunidos en los almacenes.

Defiende á los socialistas de las ignominiosas imputaciones de que quieren destruir la religión, la familia y la propiedad, porque fundan sus doctrinas en el Evangelio, y encuentran tan admirable la constitución de la familia, que piden que la Sociedad se modele sobre su imagen; definen la propiedad *el derecho de vivir* y pretenden hacerla accesible á todos, y añade que es una mentira ridícula la de que quieren dividir la tierra por porciones iguales entre todos los ciudadanos, cuando aspiran, al contrario, en interés de la agricultura y de los agricultores á que en parte sea cultivada por colonias agrícolas, de modo que se pueda dar á cada especie de terreno el destino más conveniente, formar prados, educar bestias, disputar la tierra á estos innumerables desiertos que la devoran en muchas regiones.

Enumera las ventajas de la distribución del trabajo y la repartición de sus frutos, basado sobre el principio constitutivo de la familia; y es en el que el dominio de la industria y de la agricultura serían fecundados por asociaciones fraternales, solidariamente ligadas la una á la otra: que la riqueza pública recibiría de la armoniosa combinación de todas las aptitudes y de todas las fuerzas, un acrecimiento indefinido, que no devoraría su sustancia la multitud de agentes parásitos que hoy hacen necesarias la separación y el antagonismo de los intereses; que el impuesto no sería sino una porción del beneficio común consagrado á las cosas de utilidad general, que los criminales serían considerados como enfermos que debían ser curados y que la civilización llegaría á destruir la miseria y todos los vicios y crímenes que engendra.

Los medios prácticos de organización social que propone, son la creación de un Ministerio de Progreso, que tendría por misión realizar la revolución social, y preparar gradualmente, por medios pacíficos, la abolición del proletariado, rescatando, por rentas sobre el Estado, los caminos de hierro, las minas, transformando el Banco de Francia en Banco de Estado, centralizando los Seguros, estableciendo, bajo la dirección de funcionarios responsables, vastos almacenes, donde productores y manufactureros serían admitidos á deponer sus mercancías y artículos, representados por recibos que tendrían un valor negociable, y podían hacer oficio de papel moneda perfectamente garantido, porque tendría por prenda una mercancía determinada, y abrir bazares correspondientes al comercio por menor, y almacenes al comercio por mayor.

El Ministerio del Progreso formaría su presupuesto especial, el presupuesto de los trabajadores, de los beneficios, de los caminos de hierro, las minas, los Seguros y el Banco, que hoy explota la especulación privada, y que en el nuevo sistema redundarían en beneficio del Estado, unidos á los que resultarían de los derechos de almacén.

El interés y la amortización de las minas, debidas por las precedentes operaciones, serían fijadas sobre el presupuesto de los trabajadores; el resto se emplearía en las asociaciones obreras y colonias agrícolas.

Para gozar de estas ventajas, las asociaciones obreras deberían ser instituidas en armonía con el principio de una fraternal solidaridad, de modo que pudieran adquirir un capital colectivo, *inagotable y siempre creciente*, único medio de matar la usura, y de conseguir que el capital no fuese un elemento de tiranía, la posesión de los instrumentos de trabajo un privilegio, el crédito una mercancía, el bienestar una excepción y la ociosidad un derecho.

Las bases constitutivas de la existencia de toda asociación obrera consagran las disposiciones si-

guientes: después de deducir el precio de los salarios, el interés del capital, los gastos de conservación y material, el beneficio sería repartido de este modo. Una cuarta parte para la amortización del capital perteneciente al propietario, con el cual el Estado habría celebrado un contrato. Otra cuarta parte para establecer un fondo de socorros destinado á los viejos, enfermos y heridos.

Otra cuarta parte recibida por los trabajadores á título de beneficio, y otra cuarta parte para formar un fondo de reservas.

Se extendería la asociación á todos los talleres de la misma industria, á fin de que fuesen solidarios el uno del otro, haciendo la suma total de los beneficios de cada industria, dividiéndola entre todos los trabajadores, y de los diversos fondos de reserva, fundar un fondo de mútua asistencia entre todas las industrias, de suerte que la que sufriera un año fuese socorrida por la que hubiera prosperado. Así se constituiría un gran capital, que á ninguno pertenecería en particular, sino á todos colectivamente, un consejo de administración colocado en la cima de todos los talleres, repartiría el capital de la sociedad entera. Reuniría en sus manos las riendas de todas las industrias, como en la mano de un ingeniero nombrado por el Estado se pondría la dirección de cada industria particular.

Se fijaría, atendiendo á la situación del mundo industrial, la cifra del beneficio lícito, á fin de llegar á un precio uniforme, é impedir toda concurrencia entre los talleres de la misma industria, y se señalaría en ellos un salario, no igual, sino proporcional, porque no son idénticos para toda la Francia las condiciones de la vida material.

Louis Blanc no quiere violentar á nadie, pero cree que el Estado llegaría á la realización de este plan por medidas sucesivas, y que es tal la fuerza de elasticidad de este sistema, que las asociaciones privadas no quedarían sometidas al actual régimen económico.

Este ferviente apóstol de la democracia social, ha desarrollado sus doctrinas en muchas de sus obras, escritas con un vigor de colorido y de elocuencia admirables.

Las ha proclamado en las regiones elevadas del poder, y en los abismos de la desgracia, en el inmenso período que devoró su alma entusiasta y generosa las amarguras del destierro de su querida Francia.

Es el honor del tribuno, del publicista y del historiador, su firme perseverancia en defender en su edad, ya madura, los bellísimos ideales de su juventud primera.

Como hemos indicado al comienzo de este artículo, el celeberrimo demócrata francés es nuestro compatriota, y este título, asociado al de su genio, le hace doblemente merecedor de nuestra más sincera simpatía.

EUSEBIO ASQUERINO.

HELENA CONSIDERADA COMO SÍMBOLO DEL ARTE CLÁSICO.

Αἰνῶς ἀθαυτήσε θεῆς οἷς ὤπα ἔοικεν
Homero; Iliada, lib. 3, v. 158.

I

La literatura griega, tan grande por los inmortales genios que la ornaron, vivió en el tiempo, como si Dios la hubiese revestido de la inmortalidad. Sus primeros poetas se pierden en las sombras de la fábula, y sus primeros cantos son como ensueños de la historia. Vivificada por una idea altísima, recorrió los espacios como si áuras de los cielos la agitasen, y alumbró á la humanidad cual si hubiera bebido su luz en lo absoluto. Dos mundos chocaron con tremendo choque, y una civilización gigantesca se perdió en el polvo de sus mismas ruinas; y de aquel mar de sangre nació, como una ilusión, Homero, el dios de los poetas y el poeta de los dioses. Persia lanzó contra Grecia sus legiones, y la gigantesca lucha de la libertad y el despotismo engendró á Esquilo. En medio de fratricidas combates cantaron Sófocles y Eurípides; y cuando parecía agonizante la civilización helénica, se levantó el genio de la Academia á leer los misterios de la ciencia en la frente misma del Eterno. La espada de Filipo no pudo herir aquella artista prodigiosa, que había hecho patrimonio suyo el fuego de la inspiración, ni la batalla de Queronea agotó la sávia de la vida que en sus venas derramaron los poetas, los sábios y los guerreros.

Si las artes y las ciencias huyeron del suelo de Grecia, fué para dominar nuevos mundos y resplandecer en más vastos horizontes. Alejandría es el panteón de todas las ideas. El mundo entero rinde en aquel templo tributos de adoración á Grecia. Los sábios de todos los pueblos se reúnen para aprender la hermosa lengua helénica; y la Academia, el Pórtico y el Liceo renacen bajo el cielo del África. Aquella ciudad, asentada sobre dos mundos, intentó que Oriente y Occidente despusiesen sus armas y olvidasen sus eternas guerras. Para cumplir tan alto propósito, reunió en sus Academias á todos los poetas de la Grecia, á todos los sábios del Oriente, y la literatura helénica siguió domoñando el espíritu de la humanidad.

Cuando Roma, esgrimiendo su tajante espada, ató la Grecia á su carro triunfal, antes que su señora fué su esclava, pues cayó de rodillas á sus

piés pidiéndole maestros para sus hijos, inspiración para sus artes.

El cristianismo escogió la hermosa lengua griega para hablar á las naciones deslumbradas. La Edad Media no logró apagar el fuego de esa literatura que parecía, como Aquiles, invulnerable; el mundo moderno cayó rendido ante el espectáculo de su inmensa grandeza.

Sobre esa literatura hay siempre fija una estrella, que se llama Helena; víctima del amor, mártir del destino. Teseo la adora, Páris la arrebató en alas de los vientos y la arrulla amoroso en brazos de los mares; Proteo la detiene en Egipto; Príamo no duda en ofrecerla á Troya como holocausto de su hermosura; el héroe de Homero abandona los Elíseos campos para reclinarse en sus brazos, y como si el martirio á que la condenó el destino no hubiera jamás de acabarse, Goethe la evoca en el siglo diez y nueve para libar en sus lábios la idea de la antigua Grecia.

Helena es algo más que una mujer, es un símbolo, una personificación. Es la diosa del Olimpo del arte. Si así no fuera, no la hubieran adorado todos los poetas, y no la hubieran bendecido todos los pueblos. Hija de Júpiter, pasó por la tierra como una estela de amor, y resbaló como una idea sobre la frente de todas las literaturas.

Nosotros en este desaliñado artículo la buscaremos á través del tiempo y del espacio; desde que Homero soñó con su hermosura, hasta que Goethe cantó su amor, y la hizo madre de la poesía moderna, deteniéndonos sólo ante los grandes genios que han cantado su gloria.

II

Segun el método que nos hemos propuesto en este nuestro imperfecto trabajo, buscaremos á Helena en la tradición histórica, aunque reconocemos que su vida está envuelta en fábulas; y resumiremos brevemente lo más importante que con más ó ménos fundamento han dicho los autores clásicos, dando siempre á estos lejanos tiempos el carácter de místicos, como embellecidos por la imaginación ardiente de pueblos primitivos y cantados por la ciega inspiración de misteriosos poetas. Para nuestro intento nada vale la realidad histórica; nos basta saber que la idea de Helena existe, y que su luz brilla en la cuna de Grecia. No podremos con datos decir lo que pasó en el espacio y en el tiempo, pero sí podremos revelar lo que soñaron los poetas en el cielo de su alma. Helena para nosotros tiene la existencia que le da la luz del pensamiento, y la importancia de que la ha revestido el poder del arte griego. Pero veamos la opinión de los sábios. Desacordes andan los críticos sobre su nacimiento. La opinión general le da por padre á Júpiter y por madre á Seda. Pero no han faltado autores que, intentando hacerla hija solamente de los dioses, creen que la hubo Júpiter en Némesis (1). La infeliz diosa, esquivando las caricias del señor de las tinieblas, vuela en alas de los vientos, pide á la tierra secreto asilo, á las ondas del mar seguro amparo; toma todas las formas que le sugiere su mente, y no logra ocultar su hermosura á las persecuciones de su amador, que la oprime por fin contra su pecho, y la hace suya, naciendo de este amor Helena y sus hermanos Cástor y Pólux (2). Júpiter, para colmar su deseo y engañar á la esquivo hermosura que le desprecia, toma la forma de blanco cisne, cruza los mares, se cierne blandamente sobre la gruta donde reposa Némesis, logra sus caricias, valiéndose de tan traidor amaño, y en la callada noche, revistiéndose de su divina forma, goza á la beldad que huía de su poder y de su gloria (3).

Ausonio en sus epigramas, Theon de Alejandría en sus comentarios sobre Arato, consignan las dos opiniones, que sobre el nacimiento de Helena corrian con mayor crédito en Grecia, y no dan asenso á ninguna de ambas, lo cual prueba que la luz centelleante de la fábula deslumbró sus inteligencias. Pero sin duda nació tan extraña confusión de que Júpiter toma por dos veces en la theogonía pagana la forma de cisne para correr en pos de la hermosura, y de que en una de estas ocasiones engañó á Seda y en la otra á Némesis (4). Plutarco, queriendo sin duda divinizar la hermosura de aquella mujer singular que dió muerte á los imperios y vida á los poetas, dice que el huevo que encerraba á Helena cayó maravillosamente de los cielos (5). Pero nosotros, lo que aquí debemos consignar para las deducciones que pretendemos sacar de esta simbólica historia, es que Helena fué hija de Júpiter y de una mortal, segun la opinión generalmente admitida en Grecia.

De la historia de su nacimiento pasaremos á recopilar algunas opiniones sobre su rara y peregrina hermosura. La rosa de Chipre, que abre sus pétalos á las caricias de las primeras áuras de la primavera, no es tan hermosa como la color purpúrea que tiñe las megillas de la hija de Seda; el áura embalsamada, que al caer la tarde, desciende como suspiro celeste de las floridas montañas de Thesalia, no es tan pura como el aroma que exhala su aliento; palpita su pecho como las ondas del mar Egeo, cuando los dioses rozan su azu-

(1) Stasimus, in carmine De rebus Cipriacis apud Hadrianum Junium, lib. I.

(2) Pausanias, lib. I.

(3) Higinus. Astronomicum, lib. II, cap. VIII.

(4) Apología de Helena. Isócrates.

(5) Το τὸν ἄρτερον ἀνὸς ποιητῶν λεγόμενον οὐρανὸν ἀναφύωνται.

lada superficie con las orlas de sus luminosos mantos; brillan sus ojos como el lucero precursor de la noche, y es tan luminoso su cabello como los rayos de la luna al levantarse en los desiertos y silenciosos campos. Naturaleza con todos sus rumores no tiene eco que se parezca a la voz de Helena. Así Homero, no encontrando palabras en el lenguaje de los hombres para encarecer su belleza, ni imágenes en la rica naturaleza con que compararla, dice que las diosas sólo pueden compararse a Helena. Frigio, Constantino Manasés, Cedreno, Aphantome, han hablado de su hermosura, sin acertar a comprender la idea oculta que representaba. Quintiliano, para conocer la perfección de tan peregrina beldad, dice que Troya no dudó un momento en morir antes de entregar a Helena.

Un religioso español, Baltasar de Victoria, dice: «Nació ésta tan aventajada y enriquecida de hermosura, que fué un portento, un prodigio y milagro de naturaleza, quedando desde aquel tiempo a éste y aún para muchos siglos en proverbio, su belleza y gallardía; de tal suerte, que cuando queremos ponderar la hermosura de una mujer, decimos que es una Helena (1).» Bayle, que suele sacrificar todo pensamiento elevado al afán de arrancar una sonrisa a sus lectores, desata su pluma contra la hermosura de Helena, repitiendo los mil improperios con que han insultado su memoria los hombres de todos tiempos (2). Heródoto en Euterpe, Eurípides en el Orestes y en la Helena, Propertio, Tibulo, en sus elegías, Ovidio en sus Heroidas, nos ponderan la rara hermosura de la esposa de Menelao. Pero no anticipemos ideas, porque ya veremos cómo ha pasado esta visión del arte clásico ante los ojos de sus primeros poetas, y dejemos sentado que el grito universal de todas las tradiciones la proclama por la más hermosa de todas las mujeres griegas.

Plutarco cuenta, por lo que a sus amores respecta, que Theseo se prendó de la hermosa de Helena (3) cuando apenas había la preciosa heroína sacudido el dulce sueño de la inocencia. Danzaba cierto día en el templo de Diana, dando al viento sus cabellos y regalando los oídos de los que la rodeaban con armoniosos cánticos; su blanco ceñidor flotaba como las nubes que en sus alas conducen a los dioses cuando descienden a la tierra, y palpaba su seno con gracia tal, que el héroe la arrancó al hogar doméstico, y ocultóla como prenda de su corazón en el Atica; pero sabedores Castor y Pólux del atrevimiento de Theseo, penetraron en el país do oculta estaba su hermana, y amenazaron incendiar sus casas y talar sus campos, si no les devolvía la perdida beldad, hasta que lograron su intento después de haberse instruido en los pavorosos misterios que Atenas guardaba en sus templos (4). Algunos sostienen que Iphigenia nació de los amores de Theseo y Helena, la cual fué a casa de su hermana Clitemnestra a dar a luz el fruto de su desgracia, y compadecida ésta, dió a Iphigenia el nombre de hija, sin que Agamenon conociese tal engaño. Cástor y Pólux creyeron también que Theseo no había logrado triunfar de Helena ni avasallar su corazón (5). Ovidio dice que Theseo logró tan sólo imprimir un beso de amor en aquella hermosa frente, y alcanzar inocentes y purísimas caricias de tan preciada hermosura (6).

Después de estos amores, entró bajo el dominio de Menelao, que la amaba, como todos los que tenían la dicha de contemplarla, aunque fuese por breve espacio de tiempo.

Un pastor, hijo de reyes, atraviesa, guiado por Vénus, los mares y recibe cordial hospitalidad en el palacio de Menelao. Su perfidia es tan grande, que se enamora de la reina, y su atrevimiento tan desordenado, que la arranca del lecho conyugal. Nada le importa desoir la voz de su conciencia y quebrantar los deberes de la gratitud. Ni el temor le contiene, ni las lágrimas de su amada le ablandan (7). Un amor más profundo que los mares y más inmenso que los cielos, le posee como furia desencadenada del Averno, y se entrega con su presa a los vientos, sin fijar los ojos en lo porvenir, sin presentir la tempestad que rugía sobre la cabeza de su raza. Diez años de sangrienta guerra, la ruina de la ciudad troyana y la muerte de una gigantesca civilización, fué el precio con que pagó el rapto de aquella mujer.

No queremos dejar pasar la ocasión que se nos presenta de consignar aquí la opinión de Heródoto, que después veremos reproducida en Eurípides. Helena jamás visitó a Troya. La tempestad la cubre con sus negras alas, y la impele a las riberas de Egipto. Proteo la recibe en su palacio, y jura protegerla hasta que pueda entregarla a Menelao. ¿No parece este maravilloso relato un cuento de caballería? (8).

El padre de la historia analiza con la profunda crítica este cuento que oyó de labios de los sacerdotes egipcios, y dice que Troya no hubiera consentido por una débil mujer y un veleidoso man-

cebo verter la sangre de sus hijos ni quebrar el áureo cetro de su poder. Los griegos pedían a Helena, y los troyanos que en sus muros no la guardaban, ¿cómo habían de entregarla a su esposo? Manifestaron la verdad y los Danaos no creyeron sus palabras, que siempre fué propio de la astucia recelar de la lealtad (1).

Después de muerto París entregóse Helena a Deiphobo, cuyo amor costó la vida al desgraciado héroe (2), y Menelao, tomada Troya, volvió a compartir con Helena su lecho, como si jamás la nube del crimen hubiese empañado aquella frente, ni livianos amores manchado sus rosados labios. Esparta la acogió con estremecimientos de placer, como si sus campos recibiesen más gratos aromas y sus horizontes más espléndidos colores con albergar a la hija de Júpiter. Resonó el canto de los poetas en el Olimpo, que se llenó de júbilo al contemplar a la hermosa reina feliz en su palacio, y Aquiles, como hemos dicho, burló a la muerte, y tomando vida, desde los Eliseos campos voló a sus brazos; porque ni la purísima luz de aquellas bienaventuradas regiones centelleaba como los amorosos ojos de Helena, ni las armonías que ruedan sobre aquellos bosques encantados, producidas por las gotas de celestial rocío que caen en los frondosos árboles, eran más dulces que sus palabras de amor y de ventura.

Para concluir diremos, que los dioses la recibieron en el Olimpo, y los hombres la fabricaron templos; porque a pesar de sus adulterios, fué siempre pura su alma. El destino hirió su frente con la clava de sus inflexibles decretos.

Ελενη δ' εμοχθησ' ὄνηκουσ' ἀλλ' ἐκ θεῶν (3)

III

Esta historia tiene un sentido simbólico. Vico en su Scienza Nuova, verdadero santuario donde la antigüedad depositó sus secretos nos dice que en todos estos tiempos heroicos debemos buscar la idea oculta representada por las entidades históricas, que la tradición nos presenta con todos los colores propios de la infancia de los pueblos. Nosotros más que una relación histórica, vemos en la vida de Helena una leyenda, y más que una leyenda el resumen de todos los principios de arte profesados por los antiguos tiempos.

La conciencia universal se ha elevado hasta la concepción del sér absoluto, de la sustancia única. Así, todo acontecimiento que pasa en el torbellino del tiempo es una modificación de la idea única, donde toma su forma todo lo que se refleja en el transparente espejo del espacio. El alma, contemplando con místico amor a la naturaleza, oyendo sus rumores, se perdió en su seno como la lluvia de los cielos en el inmenso abismo de los mares, y por esta unión con la sustancia, alcanzó a escribir en caracteres de fuego al frente del inmortal libro de su ciencia la unidad eterna; idea que creó las armonías de las artes orientales, y los pavorosos misterios de aquellas tenebrosas religiones. Pero el hombre en el Oriente no tenía conciencia de sí. Perdido en un mundo de gigantescas sombras, no acertaba a interpretar los rumores que confundían su mente ni a mirar la luz que deslumbraba su imaginación.

Arrullado por el suspiro de su inocencia no podía levantarse a beber su idea en la fuente única, infinita, de donde se deriva todo conocimiento. Ese mundo de la naturaleza que absorbe como insondable abismo el débil soplo de nuestra existencia, se disipa como nube ahuyentada por el viento cuando Grecia proclama la apoteosis de la idea humana. Entonces el universo palpita en el corazón del hombre, toma colores de su imaginación, luz de su mente; se orna con las flores que le ciñe el arte humano y modula en la inmensidad los cantos que le enseñan los poetas. El hombre es todo. Llora en el arroyo, luce en los astros, canta sus penas con los conciertos del áura, se embravece en el mar, agita blandamente las hojas de los árboles, sube de esfera en esfera hasta el cielo, y al encontrarlo vacío, lo puebla con las pasiones de su corazón, con las ideas de su mente.

¡Qué maravillosa transformación sufrió el espíritu humano!

A los misterios sucedieron los cantos; a la dominación de una clase la libertad de todos los ciudadanos; al arte basado en la muerte del yo de la humanidad arrebatada por la actividad de la naturaleza, aquella poderosa fuerza que convertía los mármoles en dioses y las desnudas tablas en deslumbradores cielos. Mas en Grecia el hombre no fué tan sólo la idea, fué también la forma. Confundido el pensamiento y su manifestación, el hombre fué el tipo, el creador y la única forma de principio artístico y del dogma religioso. Y en estas consideraciones nos fundamos para sostener que la historia de Helena es el conjunto de todos los dogmas del arte griego y el resumen de su vida al levantarse para dirigir su ráudo vuelo a lo infinito: fin último de toda actividad, objeto de toda idea.

Helena es hija de Júpiter y de Seda, es decir: Helena es hija de lo invisible, de la inspiración y de lo visible, de la naturaleza, de la forma. Hé ahí los dos principios constitutivos del arte. Si nace en las aguas como Vénus, es, sin duda, porque los griegos hacían al agua la sustancia generadora del mundo.

- (1) Ybidem, § CXX.
- (2) Virgilio, Eneida, lib. VI, v. 495 y sigs.
- (3) Eurípides, Andrómaca, v. 680.

Su hermosura en nada a la naturaleza se parece. Ni el resplandor de los cielos luce como su frente, ni los coros de astros que velan sobre la dormida tierra son más numerosos que sus gracias. Su belleza no tiene límites como la belleza del arte. Es la visión purísima que adormece al divino poeta Homero cuando canta, la idea que tiene con sus reflejos la frente de Fidias cuando anima el mármol. Es la hermosura perfecta, porque vive en el cielo de las ideas; la hermosura que, alejándose del mundo, va a perderse como los sueños de los dioses en la luminosa región de las eternas armonías. Desde tan alto punto, como tipo de toda obra artística, exhala un suspiro de amor, y la naturaleza palpitante de esperanza se transfigura y hermosea en su purísimo seno.

Así se explica cómo los indomables héroes caen de rodillas a sus pies y adoran su hermosura; cómo su amor nunca se agota ni su belleza se empaña; cómo objeto de tantas caricias, juguete de tantos caprichos, se conserva siempre pura; cómo después de haber caído en brazos de París, Egipto proclama sus virtudes, y destruida Troya, Grecia la recibe en sus palacios y levanta a su memoria preciosísimos é inmortales templos. Es la idea que embriaga todas las inteligencias; el amor que trastorna todos los corazones; la armonía que el alma entiende, sin que la razón sepa analizarla; es en fin, el arte, pero el arte griego, que por más alto que se levante y más grande que aparezca, es pantheista, como patrimonio de todas las clases, como estrella de todos los entendimientos. Así, cada uno de los héroes que la adoran representa una de las nacionalidades distintas de Grecia, y en el día en que el peligro de perder la amenza, se levantan todas las nacionalidades distintas a rescatarla; porque Grecia comprende que Helena es el título sagrado con que ha de presentarse un día a pedir a la gloria el laurel de la inmortalidad.

El Oriente comprende que el viento del destino arrebató de sus sienas la diadema de las artes. Presiente que Grecia está destinada a dominar el mundo por la fuerza de su inteligencia y por el poder de su gloria. Sabe que su sér se le escapa, porque la idea primordial que preside al desarrollo del espíritu humano, abandonando sus templos, vuela, conducida en alas de las áuras, a otras regiones y a otros horizontes. La humanidad despierta de su letargo. Nuevo Adam arranca sus misterios al mundo de las sombras, y se envuelve en el manto de la divinidad con que había ornado a la naturaleza. El Oriente, fiel a su destino, no puede consentir que el hombre, esa pasajera áura de una tarde, quebrante con fuerte planta la cabeza de sus misteriosos dogmas. Así, envía a su hijo París a arrebatarse la inspiración artística a Grecia.

Pero todavía su poder no ha muerto y logra que el arte se acuerde de que sus adoradores primeros fueron los orientales, y se abandone a sus brazos para respirar las áuras que arrullaron la cuna de la humanidad.

Entonces dos mundos, dos civilizaciones empuñan sus espadas, y se lanzan arrogantes al combate. No pelean por una mujer, no; pelean por el porvenir de sus razas, por la idea que los anima, por el presentimiento de que al arruinarse una de ambas civilizaciones arrastrará en sus escombros sus dogmas y sus artes. En esta guerra gigantesca lucharán las fuerzas como un resultado de las ideas. Sí, a orillas del Escamandro se reúnen legiones innumerables como las flores de la primavera, con armaduras más relumbrantes que encendidas selvas; en Africa la sabiduría griega, personificada en Ulises y la sabiduría oriental personificada en Antenor (1) combaten con las armas de la razón por Helena; por aquella hermosura, a cuyas plantas sacrificaba Grecia sus hijos y vertía Troya su sangre.

El Oriente no había arrancado más que la forma. La idea se evaporó en los brazos de París. Sensual, pidió amor, y los dioses le condenaron a gozar una sombra. Si hubiese pedido sabiduría, inspiración, Helena fuese suya, y Grecia, falta de su idea, hubiera dormido tal vez para siempre en brazos del olvido. Se dejó arrastrar por el materialismo, y murió castigado por su propia elección, porque el materialismo en arte y en filosofía es infecundo para crear é impotente para conocer. Pero fué necesario que el principio fundamental del arte griego volase a Oriente, para que no rompiera la mística y hermosa cadena que con indisoluble lazo une todas las manifestaciones del espíritu humano. Helena, al volver a Troya, trajo en su frente los misterios del arte oriental, y en sus ojos la luz espléndida de aquel ardiente sol. Así fué el sér misterioso que vio nacer de su corazón la literatura más grande que han cultivado los hombres.

Helena fué inmortal, y por su hermosura voló a los cielos como ráfaga de luz que volvía a su sol.

Los rodios y los lacedemonios alzaron templos para honrar su memoria (2). Sthesichoro que se atrevió a insultarla, quedó ciego, porque ¿cómo un poeta podía desconocer la grandeza de aquella musa que en ondas de luz trasmitía a su mente las revelaciones del arte? (3). Las vírgenes deformes se trasfiguraban en su templo, recibiendo resplandores de purísima belleza como la humani-

(1) Véanse los fragmentos de la Ελενης ἀπειρησις de Sófocles.

(2) Pausanias, lib. III.

(3) Pausanias, lib. III.

(1) Teatro de los dioses de la gentilidad, lib. II, capítulo XIX.

(2) Diccionario crítico; t. II, artículo sobre Helena.

(3) En Theseo.

(4) Heródoto, lib. IX, § LXXXI.

(5) Pausanias, lib. II.

(6) Heroidas, Epístola Helena.

(7) Esquilo, Agamenon, v. 410.

(8) Libro Euterpe de su historia, § CXII.

dad se trasfigura en el cielo de la poesía (1). Cástor y Pólux ascendieron por ruegos de su hermana al trono de los astros; porque el arte, que es una oración infinita exhalada en nubes de aroma, en torrentes de armonía, tiene poder para ceñir la frente de sus sacerdotes con la inmortal diadema de la gloria (2).

Helena tomó el nombre de la civilización griega, porque fué el símbolo de todas sus aspiraciones. La humanidad ha convenido en dar á todas las ideas santas y consoladoras nombres femeninos. La virtud, la gloria, la felicidad, la inspiración, la poesía, la fe, la esperanza. *Virtus, gloria, fides, poesis, spes*, etc.

¿Será Helena también ó su nombre un símbolo? De cualquier modo, su vida poética, sus amores, tienen mucho de maravilloso. Su influencia es misteriosísima. Ahora la veremos aparecer en el poema épico y en la tragedia; vivir mientras vive Grecia; pasar invocada por los poetas á Roma, y renacer llena de gloria en la vasta mente del gran artista, que ha reconcentrado en su imaginación los rayos de luz que difunden nuestras ciencias, y las místicas armonías que producen nuestras artes.

EMILIO CASTELAR.

LAS CATACUMBAS DE ROMA.

I

Despierta este nombre, no solo para el cristiano, sino para el arqueólogo, para el historiador, para el filósofo, y aún para el simple aficionado, un cúmulo de ideas que el prisma de los siglos baña con colores ideales, y que la reflexión crítica aquilata en el crisol de sus investigaciones.

El adelanto de las ciencias, la profundidad de los estudios, la extensión de los conocimientos, y la facilidad de los medios que aguzan las potencias humanas, junto con el caudal de observaciones de los que en el camino de la vida intelectual nos han precedido, multiplican hoy de manera portentosa, no solo la percepción de verdades, aunque contemporáneas de la creación, para las generaciones pasadas desconocidas, si que también el conocimiento de épocas remotas que á medida que el tiempo pasa, van abriendo sus arcanos, y permitiendo apreciar ó reconstituir la historia de los orígenes y de los primeros desenvolvimientos, ó completamente desconocida, ó profundamente alterada.

Mucho de esto es aplicable á las catacumbas romanas, sobre cuyo punto vamos á permitirnos discurrir con lijereza y siguiendo las huellas de ilustrados guías; que para otra cosa, la ciencia escasea y el aliento falta.

Fueron las catacumbas lugar de enterramiento de los cristianos en los primeros siglos, hasta que con la paz de la Iglesia, dada por Constantino, comenzó á perderse la costumbre de dar en ellas sepultura á los cadáveres. De aquí que poco á poco se abandonaran, y con los grandes disturbios que sucedieron á la división del imperio y á la invasión de los bárbaros, se perdiera de ellas hasta el recuerdo.

En 1578 fueron de nuevo, y por una casualidad, descubiertas. Desde entonces acá, merced á las eruditas investigaciones de arqueólogos de gran valer, entre los que descuellan, Bosio, que abrió la marcha en el siglo xvi, y el comendador Rossi, que en la actualidad prosigue los trabajos con inteligencia y esmero superiores á todo encomio, se han venido haciendo descubrimientos notables, que permiten conocer á fondo el origen y las condiciones de esos hipogeos, aquilatar la historia del cristianismo primitivo, seguir el nacimiento y los vuelos del arte cristiano, y resolver no pocos problemas, mediante pruebas, nunca tan sensibles como cuando sobre los hechos se fundan.

No falta, sin embargo, quien asegura que no se perdió, ni mucho menos, el recuerdo de las catacumbas desde Constantino hasta el siglo xvi, y que siguieron siendo visitadas durante la Edad Media. En apoyo de su aserto alegan: que el Papa Nicolás I, en 860, restableció en las catacumbas la celebración de la misa; que en el siglo xi ardian noche y día lámparas en las de la vía Flaminia; que en el siglo xiv se dedicaron tres iglesias á los cementerios suburbanos, y que en el xv eran visitados por numerosos peregrinos, cuyos nombres se ven todavía grabados en los muros y sobre los sepulcros. No negaremos que algunos de esos subterráneos fueran de unos pocos conocidos, ni que á ellos acudieran raros visitantes; lo que sí puede asegurarse es que, en lo general, eran ignorados: sobre todo, los grandes descubrimientos son posteriores al siglo xvi, tanto en lo que se refiere á su historia y á su significación, que han puesto en claro los trabajos y escritos de Bosio, Spencer, Northcote, Bronlow, P. Allard, monseñor Gaume y Rossi, bajo el punto de vista arqueológico y crítico; de Bottari, P. Lupi, Panormi, Fabretti, Buonarrotti, Ciampini, Perret, y el mismo Rossi, bajo el aspecto artístico, principalmente.

En cuanto á las inscripciones del siglo xv, Rossi hace notar que efectivamente, en la catacumba

de Santa Cecilia se han encontrado los nombres de Pomponio Leoto y de otros sabios de la misma época, que se intitulan *antiquitatis perscrutatores et amatores*, adeptos al Renacimiento, y como tales, amantes de la antigüedad; por lo tanto, sospechosos á los Papas, y que se verían obligados á ocultarse en los mismos sitios que sirvieron de refugio á los primeros creyentes en Roma.

II

El nombre de catacumbas con que vulgarmente se las designa, no es el propio, y en realidad sólo á la de San Sebastian se aplica: su verdadero nombre es *cementerios*, lugar de reposo ó de sueño, (*accubitorium*). Esos hipogeos no recibían indistintivamente los cadáveres procedentes de diversas sectas, como algunos han supuesto; eran exclusivos de los cristianos, que no admitían comunidad con los infieles ni después de la muerte. No queremos por ello decir que las otras religiones no tuviesen enterramientos subterráneos: los tenían, que ese sistema no toma origen del cristianismo, sino del Oriente, y es común á todos los pueblos de esta procedencia. En Roma se encuentran muchas sepulturas de esta clase, correspondientes á diversas sectas. No es extraño: Roma era una ciudad cosmopolita invadida por los pueblos orientales, donde todas las divinidades se veían acogidas y hasta honradas, especialmente en los tiempos del imperio. Las antiguas creencias se habían relajado, como las instituciones. La plebe miraba con indiferencia aquel senado de dioses que participaba de sus pasiones y de sus vicios: la filosofía los despreciaba. La pompa exterior, los ritos extraños, seducían á la muchedumbre corrompida y ávida de novedades; y en medio de todo, bullía cierta actividad intelectual, que era como la preparación para evoluciones sucesivas en el dominio de las creencias y en los campos de la historia.

Lo cierto es que los romanos imitaron los enterramientos de los orientales, dejando de quemar los cadáveres, costumbre que casi desapareció á partir de los Antoninos, y construyeron también sus hipogeos. Entonces se multiplicaron las criptas, pero sin confundirse las de distintas procedencias: muchas se han descubierto, y todos los días se descubren nuevas. Entre ellas se conocen dos judías: la del Transtevere, anterior al cristianismo, y la de la vía Appia. Cristianas hay más de cuarenta descubiertas, con unos seis millones de tumbas, y se supone con fundamento que aun quedan bastantes por desenterrar.

Las catacumbas cristianas se reconocen desde luego en dos signos: primero, en que son más vastas que las otras; segundo, en que las tumbas están cerradas. Componense de galerías estrechas por las que apenas pueden pasar dos hombres de frente, cortadas en ángulos rectos por otras galerías, y de multitud de pasillos y corredores que se ramifican en un verdadero dédalo. Ocupan varios pisos, hasta cinco bajo tierra, que se comunican por rampas y escaleras; sin más diferencia que á medida que se desciende, los espacios se estrechan, el aire falta y las tinieblas se condensan. El primer piso suele abrirse á siete ú ocho metros de la superficie; los demás llegan hasta una profundidad de veinticinco metros. Algunos pozos (*lucernaria*), y aberturas (*luminare criptae*), vienen á dar entrada al aire y la luz. Estensas filas de nichos paralelos se ven alineados á lo largo de los muros (*loculi*), y á trechos se abren cámaras que servían para congregarse los fieles y celebrar los santos sacrificios en épocas de persecución.

No es de extrañar la considerable extensión de las catacumbas, teniendo en cuenta, y ese mismo hecho lo comprueba, la rapidez con que se propagó el cristianismo; ni los esfuerzos que suponen esos gigantescos trabajos, considerando la particular atención que daban los cristianos á sus enterramientos: así procuraban los de sus correligionarios, á las veces á través de los mayores peligros, y empleando, en caso necesario, para los pobres, el tesoro de las iglesias. Las fosas comunes (*poticuli*) les horrorizaban.

Probablemente, como cree Rossi (1), los cementerios cristianos principiaron por sepulcros de familia, en que sucesivamente se fueron admitiendo los deudos y correligionarios. Estendiéronse en grupos aislados, y, por último, las necesidades creciendo, esos pequeños hipogeos se ensancharon, ramificándose y poniéndose en comunicación hasta formar los vastos subterráneos que, con el nombre de catacumbas, se conocen. A diferencia de los paganos, que construían aisladas sus sepulturas, individuales ó familiares, los discípulos de Cristo, prescindiendo de clases y de nacionalidad, procuraban que sus cuerpos estuviesen reunidos después de la muerte, como antes lo habían estado sus pensamientos por una misma fe y una común aspiración. Mas no por eso deduzcamos, como algunos pretenden, que los cementerios cristianos llegasen á estar todos contiguos, no; estaban separados, según la disposición del terreno, ocupando con preferencia las pendientes de los montículos y dejando libres las hondonadas y los valles pantanosos.

Para garantir los sepulcros, se principió, como los indicios corroboran, por adquirir la superficie de la tierra que los cubría, abriendo las galerías

dentro de su área, y siguiendo las ondulaciones de sus límites. Luego que se llenó este espacio, se fué descendiendo; más tarde, como anteriormente hemos visto, se abrieron las comunicaciones subterráneas, formando así las vastas catacumbas; de aquí el gran número de puertas, correspondientes á las diversas entradas primitivas.

Para tales adquisiciones no tenían los cristianos dificultades; ya por la tolerancia que en los dos primeros siglos, y luego en los periodos de paz, disfrutaron en lo referente á enterramientos, hasta las persecuciones de Decio, ya por el respeto que los romanos consagraban á los parages en que se enterraban los muertos (*locus religiosus*), ya por la protección que familias poderosas, convertidas ó adeptas á la nueva doctrina, les daban, cubriendo con su nombre ó con su propiedad particular el sitio donde iban á descansar sus restos; ya porque en calidad de asociaciones para los funerales (*collegia funeraria*), en Roma muy entendidas y consideradas, podían, bajo el amparo de la ley, adquirir sin contrariedad y con plena garantía.

Créese comunmente que las catacumbas no son obra de los cristianos, sino canteras abandonadas que aprovecharon, apropiándolas á sus necesidades. El P. Marchi primero, Rossi después, han combatido esta opinión con pruebas que no dejan lugar á dudas. Los restos de las antiguas canteras abiertas sobre ambas riberas del Tíber, existen, pero difieren bastante de las catacumbas de los cristianos. Eran las primeras más espaciales, para poder trabajar con desembarazo y extraer los materiales, y evitaban los segundios, por una parte apropiarse parajes conocidos y casi públicos; por otra, labrar sus sepulcros en terreno de puzzolana deleznable, prefiriendo la piedra dura y esponjosa. Utilizaron, sin embargo, algunas de esas canteras (*Arenario*), pero como excepción, en los días de persecuciones, con especialidad para abrir por medio de ellas entradas y salidas más ocultas á sus cementerios, y burlar á sus perseguidores. Sólo cinco ó seis de las catacumbas descubiertas se encuentran en las canteras; todas las demás son obra exclusiva de los cristianos. Entre estas se distinguen: la cripta del Vaticano, sobre la vía Cornelia, donde están enterrados San Pedro y sus sucesores durante dos siglos; la de San Pablo, sobre la vía Ostia; las de Santa Priscila y Ostrianus, sobre la vía Salaria; la de Domitilla, sobre la vía Ardeatina, y la de la vía Appia, llamada por antonomasia *El Cementerio*, acaso el primero que los cristianos, autorizados y en propiedad, construyeron: lleva también el nombre del Papa Callisto, y en ella, á partir de su antecesor Zeferino, fueron enterrados los obispos de Roma desde el siglo III: todas las que acabamos de citar corresponden á los tiempos apostólicos. En 1854. Pío IX hizo una visita solemne en el cementerio de Callisto, á las tumbas de sus remotos predecesores, que se acababan de descubrir, merced á la exquisita penetración y á la rara perseverancia del sábio arqueólogo Rossi. Entre las demás descubiertas, merecen mención: las de Pretexta y San Sebastian en la vía Appia; las de Santa Petronila, San Nereo y Aquileo, y San Dámaso, en la vía Ardeatina; las de San Ponciano, Lucina y San Calépedo, en la vía Aurelia; las de San Ciriaco, San Hipólito y San Lorenzo en la vía Tubertina; las de San Pedro y San Marcelino en la vía Labicana; la de San Gordiano en la vía Latina; las de San Pablo Apóstol, Timoteo, Santa Inés y San Nicomedes.

A lo largo de esas mismas vías principales edificaban los romanos sus sepulcros, sirviendo de adorno los monumentos, y recordando al viajero lo breve de la vida. Los cristianos los ocultaban, minando la tierra para depositar sus cenizas, como minaban las corrompidas creencias del antropomorfismo antiguo para levantarse sobre los dominadores, por el espiritualismo y la moral sublime de su doctrina. El culto subterráneo se manifestó bien pronto triunfante á la luz del día, pasando las añejas supersticiones á sepultarse entre los escombros del pasado, y abriendo al espíritu aspiraciones inmortales.

III

En las catacumbas, mejor que en ningún otro monumento, puede seguirse la historia del cristianismo primitivo; sus primeras tentativas vacilantes, pero llenas de fe; sus conquistas, que suben de la muchedumbre de los humildes, á los granados por la significación ó el poder; las tribulaciones y las luchas en que el martirio gana prosélitos y la persecución lejos de abatir fomenta el vigor de las creencias; las aspiraciones, en fin, de un espiritualismo que se desprende de la materia para gozar con el ideal las promesas de la Jerusalem eterna. Las grandes galerías que desembocan en las vías públicas; los pórticos espaciosos; el camino recto y regular, son de los periodos de tranquilidad y tolerancia: las entradas oscuras, los corredores tortuosos, los pasillos interrumpidos á trechos, de las épocas de persecución.

Vienen luego los días de triunfo, y comienzan las reparaciones y los grandes trabajos: entonces se ensanchan las criptas donde reposan varones de santidad ó mártires célebres; se embellecen las entradas, se arreglan las escaleras y se abren los pozos. Entonces comienzan las visitas de los peregrinos, que acuden á Roma de todas partes para orar sobre los sepulcros venerados (*confesiones*) á la luz de las lámparas de arcilla que alumbraron los

(1) Herodoto, lib. IV, § LXL.

(2) Isócrates. Apología de Helena.

(1) *Bullettino di archeologia cristiana*.

enterramientos primitivos: sus nombres y sus inscripciones (*graffiti*), se descubren aún en los desmoronados ladrillos y entre las rotas piedras, á través de las cuales se desliza el polvo negruzco á que el tiempo ha reducido las humanas osamentas. «Las catacumbas, dice Mr. Gaston Boissier (1), son el monumento más antiguo del cristianismo en Roma. Los otros no remontan más allá del siglo IV, esto es, de una época en que ya el dogma se ha fijado, y en que la nueva religión ha encontrado un arte y una lengua para traducir sus creencias. Ninguno de estos conserva recuerdos de la edad heroica de la Iglesia.»

De ordinario se cree que las catacumbas eran lugares misteriosos que los cristianos labraban con el mayor sigilo y sin que fueran conocidas más que de sus adeptos. Por lo común se admite que las entradas de esas criptas eran escasas en número y sólo á sus iniciados franqueadas. Es un error; si para ello hubiesen tenido obstáculos, ¿cómo irían á buscar sitios frecuentados? ¿Cómo adornarían las puertas levantándolas de manera visible? ¿Cómo realizar esos grandes trabajos que suponen considerables esfuerzos y desembrazo? Con sólo considerar las catacumbas primitivas, se ve lo deleznable de aquel aserto y se adquiere la certidumbre de una tolerancia puesta en duda hasta que han venido los últimos descubrimientos á disiparla: así, la de Domitilla, del primer siglo, ostenta una gran entrada sobre una de las vías más frecuentadas de Roma.

Durante los tres primeros siglos, la Iglesia procuró vivir en paz y entrar en el cuadro de las instituciones legales. San Pablo predicaba que no se llevase ninguna perturbación á la familia ni al Estado, tratando de entenderse con la antigua sociedad; y á tal punto seguían los cristianos esta línea de conducta, que, á pesar de las persecuciones, no se mezclaron en los disturbios del imperio. Esto aumentaba la tolerancia, y así se comprende que pudieran labrar esos inmensos subterráneos, lo que de otra suerte hubiera sido imposible (2). En sus trabajos les ayudaban bastante con sus recursos y su influencia, los correligionarios que habían conquistado en las clases poderosas, especialmente entre las ilustres damas romanas; que siempre el corazón de la mujer está más abierto á las expansiones del sentimiento, y por este conducto las verdades de la religión y los misterios de la fé, penetran fácilmente en las almas.

Vienen luego las persecuciones, y ya tuvieron los cristianos que ocultarse; los unos para salvar sus vidas amenazadas; los otros para fortificarse contra las tribulaciones, celebrar los santos misterios, recibir el bautismo, oír la palabra consoladora de sus pastores é instruirse en las doctrinas del Evangelio. Ningun parage más adecuado para todo esto que las catacumbas; la ciudad de los muertos brindaba refugio á los vivos; allí reposaban los restos de los que les habían precedido en el camino del martirio y de la gloria. Los trabajos que entonces se hicieron, demuestran el móvil á que obedecían: perfectamente marcadas están en las catacumbas, las alternativas de tolerancia y de persecución.

R. F. NEDA.

París, Enero 1881.

LOS BUFONES EN ALEMANIA.

En Alemania la moda de los bufones se remonta á tiempos muy antiguos. La profesión era muy lucrativa; y en la Edad Media no solo había bufones en las cortes y en las casas de los nobles, sino que muchos solicitaban la plaza, y si no podían obtenerla, pedían á lo ménos los honores, porque con ellos corrían el país, ejercían su profesión, cometían toda clase de excesos, y los magistrados no les castigaban á causa de los privilegios que tenían como bufones de los nobles, cuyos certificados exhibían. Los abusos llegaron á tal extremo, que en los siglos XV y XVI se dieron varios decretos para contenerlos, y al fin quedaron suprimidos estos bufones honorarios. Los bufones oficiales en la corte imperial de Alemania duraron mucho tiempo y fueron tenidos en gran estima, sobre todo cuando unían en sus personas la profesión de bufones con la de poetas de la corte. Cárlo-Magno dividió entre sus mimos, locos y poetas, todo el condado de Provenza, y por eso dicen que en aquel distrito florecieron despues tanto los talentos y la poesía. El bufón de Federico Barba-Roja era más criminal que bufón; se dejó sobornar por los milaneses y les prometió librarles de su dueño, arrojándole por la ventana. En efecto, hubiera conseguido su objeto, como lo intentó, si los gritos del emperador no hubieran hecho acudir la guardia. Dos ó tres guardias se apoderaron del bufón y le arrojaron por la misma ventana por donde había querido echar al emperador.

El emperador Rodolfo de Habsburgo no tenía bufones asalariados en su corte, porque tenía una nariz que era la admiración del Universo y el origen de toda clase de chistes, tanto en la corte como fuera de ella. Rodolfo no era más que conde de Habsburgo en 1264, cuando su enemigo secreto, el conde Ulrico de Ratisbona, resolvió atacarle

de improviso.—Pienso,—dijo un día Ulrico en un círculo de amigos hablando de Rodolfo,—que pronto reñiré bastante gente, *seine grosse nase zu klopfen* (para aplastar su gran nariz). El bufón de Ulrico oyó esta observación, y deseando ver aquel portento ó quizá llevar la noticia á Rodolfo, pasó al campamento de éste para satisfacer su curiosidad ó para darle el aviso y recibir el premio. Su gorro y sus cascabeles de bufón le proporcionaron pronto acceso á la presencia de Rodolfo, y allí, por un rato, estuvo mirando fijamente la augusta y formidable trompa. Al fin dijo:—Despues de todo, no tiene ni siquiera una milla de larga; no sé por qué mi amo quiere reunir todo un ejército para aplastar esta nariz, cuando yo podría aplastarla de un puñetazo. Rodolfo dió gracias al bufón por el aviso que le daba, aunque no por la observación acerca de su nariz, y tomó la iniciativa atacando al conde de Ratisbona, al cual redujo á tal extremo, que le obligó á contentarse con ser un simple ciudadano de Zurich.

Otra vez, paseando con sus cortesanos por una estrecha cañada, encontraron á un hombre del campo.

—Pase Vd.,—dijeron los oficiales,—que viene el emperador.

—¡Pasar!—dijo el rústico.—¿Por dónde, si su nariz llena todo el valle?

Los cortesanos se volvieron al emperador creyendo verle muy irritado; pero Rodolfo, volviendo la cabeza á otro lado y torciendo con la mano la nariz, dijo:

—Pasa, hijo mio, que ya no te lo impide mi nariz.

Del buton principal de Maximiliano I, hacen grandes elogios sus biógrafos. Llamábase Kunz von den Rosen, ó sea Conrado de las Rosas. Este Conrado de las Rosas, en el período turbulento de 1488, aconsejó á su dueño que no entrara en la ciudad de Brujas, porque seguramente sus habitantes se apoderarían de su persona y le encerrarían en el castillo. Maximiliano no quiso seguir el consejo de su bufón; entró en la ciudad, y allí encontró la suerte que su bufón le había pronosticado. Conrado entró al lado de su amo por una puerta; y cuando los de Brujas se apoderaron del emperador, siguió su camino audazmente y salió por otra puerta solo. Era un fiel súbdito, y volvió muchas veces secretamente para rescatar á su querido amo. En una noche oscura se echó á nadar en el foso, llevando consigo una cuerda para que por ella pudiera descolgarse el ilustre cautivo; pero apenas había entrado en el agua, fué atacado furiosamente por varios cisnes, molestados por la intrusión, y á duras penas logró escapar sin ahogarse, volviendo á la orilla. Despues repitió varias veces la tentativa de libertar á su amo, y una de ellas entró disfrazado de clérigo en la prisión y le propuso escaparse en aquel trage, dejándole á él allí. Maximiliano, que creía que su prisión se acabaría pronto, se negó á disfrazarse de clérigo, temiendo que su bufón, si se quedaba en su lugar, fuese ahorcado.

Conrado, en las fiestas del casamiento del Margrave Casimiro de Brandeburgo con la princesa Susana de Baviera en 1518, hizo una burla bastante pesada á un fraile, burla que causó la risa de los importantes personajes que asistieron á las bodas. Conrado estaba sentado á la orilla de un estanque al lado del fraile, presenciando una carrera de á pié, que era uno de los espectáculos ofrecidos para la diversion de los convidados. De repente cayó de espaldas en el estanque arrastrando consigo al fraile y dándole unos buenos chapuzones. El fraile á su vez arrastró á otros, y todos fueron sacados medio ahogados del agua. Conrado, al salir, acusó al fraile de ser la causa de su aventura, y el pobre predicador tuvo que sufrir las reconvenções y los golpes de los circunstantes, que, aparentando indignación, se reían en su interior de la chanza.

En otra ocasión, los embajadores del Estado de Venecia regalaron al Emperador una magnífica copa del más puro cristal veneciano. En el banquete dado en honor de los embajadores estaba Conrado, y durante la comida tuvo medio de introducir sus espuelas en la parte colgante de los manteles. Despues se puso á bailar y llevándose consigo el mantel con todo lo que contenía, hizo pedazos la copa de cristal. Los embajadores se indignaron y pidieron á gritos que fuese azotado el bufón. Maximiliano, sin embargo, se negó al castigo diciendo:—«Ya veis, dignos señores, que la copa era de cristal, y el cristal es muy frágil. Si hubiera sido de oro, no se habría roto, y aún en caso de romperse, los fragmentos todavía hubieran sido de algun valor. Esto indica que el bufón tuvo previamente licencia de Maximiliano, ó acaso fué invitado por él, para jugar aquella mala pasada á los embajadores. Maximiliano, en efecto, estaba muy necesitado de dinero por entonces, y Conrado le había aconsejado que para tenerlo cambiase de oficio con su primer ministro.»

Otra vez, jugando á los naipes con varios cortesanos, mientras Maximiliano estaba á su lado presenciando el juego, Conrado, que no tenía más que tres reales, y para ganar necesitaba los cuatro, luego que echó sobre la mesa el tercero, asíó del cuello á Maximiliano y dijo:

—Aquí está el cuarto, que gana; y con esto, arrebatando el dinero que había sobre la mesa y metiéndoselo en la escarcela, echó á correr haciendo resonar sus cascabeles.

Maese Juan Stabius, poeta y genealogista de la

corte, compuso una genealogía del Emperador haciéndole descender en línea recta de Noé, y se la presentó muy satisfecho creyendo tener una buena recompensa. Maximiliano miró sonriéndose al bufón, y Conrado dijo:—Bueno; es decir, que el Emperador y yo somos primos por nuestro parentesco con el Patriarca. No creía tener en mi familia tan buena sangre.

Conrado, en una batalla dada por Maximiliano á Luis XI de Francia, había huido del campo, siguiendo al conde Felipe de Ravenstein, que huía aún más deprisa que él. Sin embargo no era cobarde. Lo último que de él se recuerda es una hazaña que muestra su valor. Perdido en un bosque, tuvo que refugiarse en una mala posada, cuyo dueño era un ladrón y jefe de una partida de ladrones. Conrado, con su alegría y sus chistes, se ganó la voluntad de la criada que le servía á la mesa, la cual estaba allí contra su voluntad, y le dijo que tuviera cuidado, porque despues de cenar, uno de los criados, con pretexto de levantar la mesa, apagaría la luz como por accidente, y el huésped y sus compañeros le asesinarían para robarle.

Por fortuna, Conrado llevaba una linterna sorda, la encendió y la ocultó debajo de su casaca. Luego que el criado apagó la luz, Conrado sacó la linterna, la volvió y se encontró con tres bandidos que llevaban puñales en las manos. Pero el puñal de Conrado fué más listo que el de los ladrones; acometió al que estaba más cerca, y mientras el otro huía, se dirigió al que quedaba, que era precisamente el ventero, y con ayuda de la muchacha le ató fuertemente y le entregó á la justicia, que le mandó ahorcar. Poco despues de esta hazaña, Conrado perdió á Maximiliano y en breve le siguió á la tumba cuando la Alemania, demasiado ocupada para pensar en él, pensaba en Carlos V, en Lutero y en la dieta de Worms.

De los bufones de Carlos V hablaremos al tratar de los españoles. Respecto de los de la casa imperial de Alemania, el más notable, despues de los anteriormente nombrados, fué Nelle, bufón de Matías II. Nelle asistió á la célebre reunion de los Estados en Ratisbona en 1613, y despues presentó al emperador un tomo, magníficamente encuadernado, diciendo que contenía la Memoria de todo lo que se había ejecutado por los hombres de Estado allí reunidos. Matías abrió el libro y vió que estaba en blanco.

—Aquí no hay nada escrito,—dijo.—Precisamente no debe haber nada escrito,—contestó el bufón,—porque nada se hizo, y por consiguiente la Memoria es exactísima.

En el reinado de Matías estaba viva la guerra entre luteranos y católicos, y el obispo de Viena, Clesel, se indignaba extraordinariamente de que sus diocesanos de la ciudad acudiesen en tropel todos los domingos á un pueblecillo de las cercanías llamado Hornals, para oír á un predicador luterano. Presentóse el prelado en la corte y suplicó al emperador que prohibiera á los habitantes de Viena salir el domingo de la ciudad con direccion á aquel pueblo. Matías contestó que no sabía de qué medio valerse para impedirlo; y volviéndose á su bufón, preguntó.—Nelle, ¿qué te parece que debíamos hacer?—Muy sencillo,—contestó Nelle,—envíe V. M. al señor obispo á Hornals y mande venir al fraile luterano para que predique en la capital. Es seguro que nadie saldrá el domingo de Viena.

En la corte de Fernando II, un cortesano muy tonto divertía al ilustre círculo con sus imbecilidades. En cierta ocasión, Jonás, bufón favorito de Fernando, quiso contestar al cortesano rivalizando con él en estupideces; pero el cortesano se ofendió de que se atreviera á entrar con él en competencia un hombre de humilde linaje cuando él tenía 50 cuarteles en su escudo.—Callaos, bufón,—dijo el noble;—yo nunca me rebajo á hablar con locos.—Yo sí,—contestó sencillamente Jonás haciéndole una reverencia.

En la corte de Carlos VI había un bufón célebre, muy querido del Monarca. Este bufón, que se llamaba Steffens, había sido escribiente y adquirido fama por lo agudo de sus respuestas. Carlos VI le cobró tanto afecto, que le elevó á la dignidad de conde y le tenía siempre á su lado, haciendo esperar muchas veces, mientras estaba en su compañía, á los ministros y aún al Príncipe Eugenio. En 1724 el conde Mikosch murió envenenado.—¿Qué se dice por ahí de la muerte de Mikosch?—preguntó Carlos á Steffens.—Se lo diré á V. M. si me hace algun regalo.—El Emperador puso unas cuantas monedas de oro en la mano del bufón, y éste añadió:—Dicen que fué el diablo el que se llevó á Mikosch; y que si hubiera vivido más y V. M. hubiera continuado dispensándole su confianza y siguiendo sus consejos, el diablo habría venido, no por él, sino por V. M.

Las cortes pequeñas de Alemania seguían la moda de los emperadores, y tenían sus bufones asalariados. En Anspach, á fines del siglo último, la pequeña corte del Margrave se divertía mucho con la locura religiosa de cierto pobre artista llamado Bayer. Este Bayer era un hombre racional y entendido en todo, menos cuando se trataba de profecías y el Apocalipsis. Sobre estos puntos, sin embargo, le hacían hablar á cada paso el Margrave y sus cortesanos para distraerse, y al fin le volvieron completamente loco.

El obispo Dubravius, prelado de Olmutz, en su *Historia de Bohemia*, habla con gran estension de un tal Zyto que fué llevado á Bohemia por el emperador Wenceslao en 1389. En aquel siglo, lo mis-

(1) *Promenades archeologiques.*(2) Rossi. *La Roma sotterranea cristiana.*

mo que en el anterior y en el posterior, la corte de Praga, no solamente se entretenía con bufones y juglares, sino con magos y hechiceros. En una visita de Wenceslao á Praga, y ante una reunion de profesores de toda clase de magia y de encantamientos, el Emperador presentó á Zyto, mandándole que procurase exceder en habilidad á todos sus rivales. Zyto, dice el historiador episcopal, se llegó tranquilamente al más célebre de aquellos taumaturgos, que eran gentiles-hombres de la casa del duque de Baviera, y se lo tragó de un sorbo. El duque de Baviera se irritó mucho al verse privado de su principal favorito, y Zyto, por orden de Wenceslao, devolvió al hombre que se había tragado, y lo hizo de una manera, que excitó la risa universal de aquella corte, bastante grosera por cierto.

Cuenta también el obispo, que Zyto podía cambiar de forma á su voluntad; presentar el animal que le pedían haciéndole de cualquier materia, y en suma, realizar maravillas en que el buen prelado creía, pero que son imposibles. En una ocasión, dice el obispo, cambió las manos de varios huéspedes en pezuñas para que no pudieran tomar los esquisitos manjares que se les presentaban; y en otra, viendo á un artesano que sacaba la cabeza por la ventana, hizo nacer en ella un par de cuernos tan gigantescos, que el pobre hombre no la pudo meter de nuevo; por lo cual, dice el reverendo historiador, se produjo en la sala una risa tal, como nunca se había oído en Bohemia. Otra anécdota se refiere de Zyto que dió origen á un proverbio que en aquel país subsiste todavía. Tomó Zyto unas cuantas pajas y las transformó en un cerdo, que vendió á buen precio á un panadero llamado Miguel, recomendándole solamente que no le metiese en agua. Miguel, curioso de saber lo que sucedería si el cerdo entraba en el agua, aprovechó la primera oportunidad para llevarle al río; pero no bien entró, el animal se convirtió en pajitas que fueron flotando río abajo. Miguel buscó en seguida á Zyto, á quien encontró dormido en un banco, y para despertarle le tiró de una pierna con tanta fuerza que se la arrancó con muslo y todo, por lo cual Zyto llamó á Miguel ante el magistrado, pidiéndole daños y perjuicios. De aquí el proverbio que se aplica en Bohemia á todo el que ha jugado una mala pasada á otro: «Sacarás tanto provecho como sacó Miguel del cerdo.» Según la tradición, á Zyto se le llevó al fin el diablo, que era su protector; y esto, no tanto por sus hechos de brujería, sino por haber caído en la herejía de Juan Huss, que, según se decía, era un agente de Lucifer.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DE LA INDUSTRIA PESQUERA

CANARIO-AFRICANA.

I

Está demostrado que la vida, lo mismo existe en los mares que en la superficie de la tierra. Allí, como aquí, las plantas contribuyen á la alimentación de infinitos seres animados que se quieren con amor ó se devoran sin piedad, porque allí, como aquí, hay la misma ley para la procreación y conservación de las especies.

La mar ofrece, como la tierra, vasto campo de estudio y de meditación en el terreno de las ciencias; la mar tiene su zoología y su botánica, explotadas por el hombre para contribuir á la agricultura, á la industria y al comercio; la mar tiene también sus tesoros en metales y piedras preciosas; en la mar, como dice Lacépède, se encuentran la unidad y la diversidad que constituyen lo bello; la grandeza y la sencillez que forman lo sublime; el poder y la inmensidad que inspiran el respeto.

El hombre, en su afán de dominarlo todo, no ha respetado las limitaciones que le impuso la naturaleza: baja á los antros del mar y sujeta á las leyes de su poder cuanto considera útil para satisfacer las necesidades del lujo y de la vida, creando por este medio diferentes industrias, y entre ellas, la más importante de todas, la industria pesquera.

Si fuera dable hacer una estadística de la producción de la pesca en general, seguramente que el resultado había de parecerse fabuloso, porque estamos más acostumbrados á la contemplación que á la admiración y estudio de las inmensas riquezas que encierra el mar; pero ya que este trabajo es poco menos que imposible, daremos una idea, siquiera aproximada, de la importancia de aquella industria.

En Islandia, diez mil pescadores frente á una costa peligrosa é inhospitalaria luchan con las embravecidas olas del Océano, los peligros del fuego que desciende de los volcanes en torrentes de lava y los no menos temibles de la nieve, que les amenaza con sus montañas flotantes, para disputar á aquellos terribles mares los inmensos tesoros de la pesca. En el Báltico, á fuerza de trabajos y sacrificios pecuniarios se transforman los insalubres pantanos de Comacchio, en una colonia de piscicultores que por término medio cosechan un millón de kilogramos de pescado.

En España, durante el año de 1878, se ocuparon en la pesca 41.804 buques, tripulados por 78.184 hombres. El material empleado en esta industria representaba un valor de 22.343,319 pesetas, y sin embargo, la pesca realizada no ha podido satisfacer las necesidades de la nación, toda vez

que en el mismo año se han importado 35.393,024 kilogramos de bacalao, valuado para el adeudo de los derechos de aduanas en 17.220,626 pesetas. El pescado cogido en Biserta y otros lagos que comunican con el Mediterráneo, puede calcularse en 100.000 pesos fuertes.

En Francia, durante el año 1876, se ocuparon 21.058 embarcaciones, tripuladas por 79.676 hombres, y el valor de la pesca se ha fijado en 88.990,591 francos.

No se puede conocer, ni siquiera aproximadamente, la importancia que han llegado á conseguir las pesquerías inglesas. Sólo sabemos que ascienden á unas 45.000 las embarcaciones empleadas en esta industria con 250.000 tripulantes. En Escocia se curaron en 1873 cerca de un millón de barriles de arenques, sin que se conozca la cifra total de la producción del bacalao, y en Irlanda casi puede asegurarse que se dedican á esta industria más de 8.000 embarcaciones y 30.000 tripulantes.

En Holanda, la pesca del arenque llegó á alcanzar un producto de 24 millones de pesos anuales, dando ocupación á 200.000 tripulantes.

La marina mercante de Noruega dedicada á la pesca, excede de 800.000 toneladas con 50.000 marineros, y su flotilla de barcas pescadoras es la más numerosa del mundo, habiendo pescado en 1877 sobre 70 millones de bacalaos.

En Cuba y Puerto-Rico, único dato que tenemos del mar de las Antillas, se pescaron en el año económico de 1866 á 67 unos 2.674,960 kilogramos de pescado.

Todo el mundo sabe que la pesca en estos mares, así como en el golfo de Méjico y viril del banco de Bahama, tiene muy grandes proporciones.

En una sola población de los Estados-Unidos, en Boston, el movimiento que representa esta industria se eleva á las cifras de 500.000 barriles de pescados, que representa un valor de igual número de pesos, y 36.000 toneladas de guano, valuado en 600.000, dando ocupación á 20 vapores, 383 buques de vela y más de 2.200 pescadores y operarios de tierra.

El pescado que se prepara en las factorías de las costas de Terranova, Labrador, y Canadá se valía en unos 20 millones de pesos, además de la exportación de 40 millones de bacalaos que tiene lugar para Inglaterra, Bélgica y Holanda por medio de los 5 ó 6 mil buques de estas naciones que concurren á la pesca en el gran banco de Terranova.

Sería empresa superior á los límites que nos hemos propuesto, seguir detallando las producciones de la pesca en los diferentes puntos en que tiene lugar esta industriosa empresa que, después de todo, según hemos dicho, sería imposible realizar de una manera completa, por falta de datos; pero lo espuesto nos parece bastante para poder hacer la siguiente afirmación:

«Donde quiera que haya abundancia de pesca, se tiene una gran riqueza que explotar.»

II

Pero la pesca en la costa Occidental de Africa, frente á las Canarias, ¿tendrá efectivamente la importancia que se supone? Y si la tiene, ¿cómo es que no ha progresado nada en tanto tiempo que se viene explotando?

Esta duda, hasta cierto punto justificada, tiene una explicación fácil y sencilla.

Se vé con frecuencia que espíritus emprendedores, estimulados por la codicia, se afanan y conciertan en poderosas compañías para empresas difíciles y arriesgada corriendo muchas veces, en pos de una quimera, de una de esas esperanzas efímeras que nacen y mueren en un momento como las estrellas fugaces; al mismo tiempo que, la industria pesquera fácil y sencilla en los medios de explotación y grande por su importancia, solo consigue llamar la atención del mundo financiero, cuando por efecto de su propia virtud llega á manifestarse en toda su grandeza, como recientemente ha sucedido en los mares del Norte.

¿Cuántos ensayos inútiles y cuántos esfuerzos individuales se gastaron estérilmente desde que el portugués Corte Real inició á los pescadores europeos la existencia de los magníficos bancos de Terranova? Un siglo después, es decir, en 1612 aquella industria sólo contaba con unos cincuenta barcos, casi los mismos que se ocupan hoy en la pesca canario-africana después de siglo y medio que Jorge Glass, á imitación de lo que hizo Corte Real, denunció estas pesquerías como las mejores del mundo. Aquellas tuvieron desde un principio la protección de Enrique VII y Francisco I; pero éstas vienen explotándose triste y miserablemente por los naturales de las islas Canarias, abandonados á sus propios recursos, sin los medios ni los conocimientos necesarios, limitando por consiguiente sus esfuerzos á satisfacer las necesidades del consumo en aquellas islas. ¿Qué tiene de extraño, pues, que esta industria haya vivido siglo y medio estacionada, cuando lo mismo ha sucedido en las pesquerías de Terranova, cuya grandísima importancia no puede ponerse en duda?

La existencia de grandes bancos de pescado en la costa occidental de Africa frente á las Canarias, es un hecho que, además del testimonio de autoridades respetables, tiene una explicación al alcance de todo el mundo.

Está averiguado que los peces, al menos las especies explotadas por el hombre, no pueden vivir

en el fondo de los mares profundos más allá de donde alcanza la influencia del sol, y es sabido que en la dirección de la costa occidental de Africa corre una zona muy ancha de placeres ó bancos de arena, quizá formada por la corriente del grande Océano atlántico, cuya zona va á unirse á la misma costa en las inmediaciones de Cabo Verde, formando con ella un gran vaso ó receptáculo completamente apartado de aquella corriente conocida con el nombre de Guff-Stream. Esta corriente, en su inmenso curso de cerca de 4.000 leguas, va determinando en los sitios de la costa que deja libres de su movimiento, la existencia de numerosa pesca con más ó menos abundancia en proporción inversa de la velocidad de las corrientes de cada localidad, y es sabido que no pasa, por término medio, de 50 céntimos de milla por hora la corriente en el gran receptáculo de que hemos hablado anteriormente.

Otra consideración no menos importante viene en apoyo de nuestro propósito.

Así como el hombre procura los sitios de la tierra en que se produce lo necesario para la vida, los peces también buscan un mar en armonía con las necesidades de su existencia. Las islas de la Madera, Canarias y Cabo Verde, de constitución volcánica, están determinando un suelo de igual naturaleza á propósito para la multiplicación de las plantas submarinas, moluscos y peces de organización secundaria; circunstancia tan importante para la alimentación que por sí sola, puede determinar la existencia de grandes bancos de peces.

Y no se diga, como pretenden algunos que la grande pesca sólo existe entre el Cabo Blanco y Cabo Bojador, con el único objeto de demostrar que la posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, situado mucho más al Norte, no tiene ninguna importancia como factoría industrial.

El entendido marino escocés Jorge Glass, en su obra titulada, *History of the Canary island*, dice:

«La pesca tiene lugar según la estación sobre diferentes puntos de la costa de Africa que abraza un espacio de 10 grados, ó sean 600 millas poco más ó menos, desde Cabo Nun hasta más allá de Cabo Blanco.»

Todo el mundo sabe que el Cabo Nun está situado cerca de Santa Cruz de Mar Pequeña, y á una distancia del Cabo Bojador cuando menos de tres grados, ó sean 180 millas.

«En la primavera y el verano, dice el mismo Glass, la pesca se hace á lo largo de la costa Septentrional, es decir, hácia el Cabo Nun y aun más acá; en el otoño y en el invierno se verifica, por lo contrario, al Sur en la dirección del Cabo Blanco; porque se ha observado que las bandadas de peces suben hácia el Norte al fin del invierno para volver á bajar después gradualmente hácia el Sur; así es que los barcos pescadores de Canarias los siguen en las emigraciones.»

El notable naturalista é historiador francés M. Berthelot en su obra, *Études sur les pêches maritimes dans le Méditerranée et l'Océan*, dice:

«En el Océano Atlántico existen sitios más propios que Terranova, situados en mejor clima y en mejores condiciones que las de los mares del Norte para pesquerías, que nada tendrían que envidiar á las del gran banco de Terranova, no sólo por su abundancia y facilidad en la pesca, si no también por la calidad de sus productos. Los mares de la costa occidental de Africa, especialmente entre los cabos Bojador y Ghir son tal vez los más abundantes de todo el Océano.»

Por último, en el derrotero de las costas occidentales de Africa, redactado por la dirección de Hidrografía, se dice:

«La pesca que efectúan los marineros de Canarias empieza en las cercanías del paralelo del Cabo Nun, que rara vez traslimitan hácia el Norte por temor á los botes ó carabos que poseen los moros de aquella parte de la costa; al paso que ninguno poseen los que habitan la comprendida entre el Cabo Bojador y el banco de Arguim.»

Las consideraciones anteriormente expuestas y el testimonio de las autoridades que acabamos de citar, deben producir el convencimiento de que la pesca Canario-Africana es abundante en toda la costa, desde el Sur de Cabo Blanco hasta Cabo Ghir, situado mucho más al Norte todavía que Santa Cruz de Mar Pequeña, cuyo punto tiene la situación más ventajosa para servir de refugio en cualesquiera de los siniestros que frecuentemente ocurren en la mar, y sobre todo, para servir de apoyo y defensa en los ataques que intentan con frecuencia contra nuestros indefensos industriales, aquellos tan atrevidos como valientes habitantes de la costa.

¿Qué duda tiene además, que andando el tiempo, cuando llegue el caso que hemos previsto de ser Santa Cruz de Mar Pequeña un punto comercial importante, las mismas necesidades del comercio, habian de hacer esencialmente interesante, en aquel sitio, el establecimiento industrial de la pesca? ¿Puede calcularse, llegado este caso, el movimiento de importación de pescado que podría realizarse por aquel punto con destino á los inmensos territorios del Sur de Marruecos, Desierto de Sahara y el mismo Sudan? ¿La pesquería en este sitio no podría servir, además, para aumentar la colonia, y por consiguiente, los medios de propaganda? ¿No podrían utilizarse los brazos y recursos del país entre los que figuran en primer término las salinas de inmejorable calidad que tanto abundan por la parte Sur de aquella costa?

¿Qué razón hay, pues, para que no deba considerarse interesante para España la posesión de

Santa Cruz de Mar Pequeña bajo el punto de vista industrial?

Bien conocemos que no ha de tener esta importancia desde los primeros tiempos, como no la ha de tener tampoco para los fines del comercio; pero de seguro la conseguirá en un porvenir no muy lejano, si tenemos la fortuna de que arriben al Gobierno en España hombres verdaderamente progresivos, de aspiraciones nobles y elevadas, que vean en aquellos mares y en aquella costa anchurosos horizontes de gloria y porvenir para la patria.

III

No se crea que Santa Cruz de Mar Pequeña es el único punto que se necesita en la costa occidental de Africa para la explotación de la pesca en grande escala. Teniendo ésta lugar en una extensión de más de 600 millas y siendo la costa tan ingrata, no sólo por los peligros que ofrece en la navegación, sino muy particularmente por la ferocidad de las tribus nómadas que andan siempre por el desierto entre Bojador y el Senegal, fácilmente se explica la conveniencia de habilitar algunos otros puntos que sirvan de refugio á los buques y de poderoso auxilio en las varias operaciones de la industria.

La ocupación de estos sitios está demostrado que no ofrece dificultades diplomáticas, puesto que todas las naciones reciben con ello el mismo beneficio, y sólo hay que tener algunas precauciones para evitar ataques insignificantes de aquellas tribus pobres y miserables que, aunque feroces, al poco tiempo se les conquistaría por el interés, tan luego como se persuadieran de su impotencia para el saqueo y la rapiña; siendo posible que ellas mismas, en su deseo de monopolizar las ventajas de las primeras operaciones, establecieran en torno nuestro su aduar, que más adelante podría convertirse en alcazaba, y andando el tiempo, ayudarán á hacer una especie de fortificación de campaña que dados los recursos de guerra de aquellos habitantes, bien podría servir de fortificación permanente por muchos años.

Realizar este acto, enarbolando en aquellos sitios la bandera de la Nación Española es el primero y más importante paso que corresponde dar, si se quiere que la industria se abra camino en el ánimo de los que, con razón ó sin ella, ven en estas primeras operaciones dificultades superiores á sus fuerzas.

Después de un detenido examen de la costa y del estudio que hemos hecho de cada localidad, no sólo bajo el punto de vista político, sino también con relación á los fines comerciales y de la industria, nos hemos fortalecido en la idea de que además de Santa Cruz de Mar Pequeña, son de absoluta necesidad dos factorías, cuando menos, situada, la una en Cintra y en Puerto Cansado la otra.

Examinemos, siquiera sea ligeramente, las condiciones de ambas:

Cintra. Está situada esta bahía en la costa libre al Norte del banco de Arguin, entre los Cabos Loven y Barbas á los 23° 5' lat. Norte y 9° 57' 15" de longitud Oeste de San Fernando: tiene seis millas de ancho en su boca, y al montar la punta del Norte se ensancha cuatro millas más hacia el interior de la península de arena que la abraja. Ofrece buen fondeadero, y los pescadores de Canarias acuden allí con gran frecuencia por la abundancia de pescado que hay en sus aguas. Las aguas potables se hallan con solo escavar al pie de la gran duna que existe en el fondo del puerto.

Puerto Cansado. Esta bahía está situada igualmente en la costa libre, entre los cabos Nun y Dyube á los 28° 6' de latitud Norte, y 6° 0' longitud Oeste. De todas las descripciones que de este puerto se han hecho, ninguna nos parece tan autorizada como la de nuestro ilustrado compatriota D. Joaquín Catell, publicada en el *Bulletin de la Société de géographie*, en Octubre de 1869.

«Su forma, dice, es muy diferente de la que le dan. Lo constituye un brazo de mar que penetra perpendicularmente en la costa hasta la distancia de 1.200 metros. Allí forma un ángulo ó codo y cambia brusca y de dirección bordeando paralelamente la costa del lado opuesto á Affennir, hasta la distancia de 5.000 metros. El ancho de este brazo de mar es de mil metros, y en su estrechidad ó fondo del saco que forma se ensancha considerablemente, tomando una forma circular, cuya circunferencia pasa de 6.000 metros. Dicen que con la alta marea pueden entrar en la bahía algunos buques; pero en la baja mar, cuando yo la reconocí, aquel paso era vadeable.»

Si la entrada á aquel puerto estuviera espedita, como algunos quisieran para utilizarlo, seguramente no se hallara á disposición de España, y quizá se deba á esta feliz circunstancia, el que, á pesar de nuestro abandono, podamos posesionarnos de un punto tan interesante, como dijo en el seno de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, el Sr. Rebollo, ingeniero de caminos, canales y puertos. ¿Será acaso imposible ó extraordinariamente costoso hacer en este sitio un puerto de las mejores condiciones? Una persona tan autorizada como el Sr. Rebollo, cuya competencia y saber tiene demostrado en diferentes obras científicas, opina que no.

Aquel puerto, situado en el extremo Sur del Imperio Marroquí, lindando con el territorio independiente de Guad-Nun, casi en el Desierto, como lugar avanzado hacia el Africa central y en el camino de las Caravanas que vienen de Timbuktú con dirección á los mercados de aquel Imperio; en

medio del territorio conocido con el nombre de Tekna, cuyos habitantes son los más civilizados de aquel país, teniendo en las inmediaciones abundantes salinas tan necesarias para la industria pesquera, y á la vista las islas Canarias, á poco más de cincuenta millas, Puerto Cansado, podría llegar á ser un gran centro industrial y comercial á la vez, si la ciencia, como es de presumir, puede mejorar sus condiciones naturales.

Hé ahí los dos sitios de que debiera posesionarse el Gobierno inmediatamente, antes que otras naciones, igualmente preocupadas con esta importantísima cuestión, se adelanten, haciendo más difícil, si no imposible, nuestra legítima participación en aquella grande empresa. No escuche el Gobierno en asunto de suyo tan complicado con los grandes problemas del porvenir, las observaciones meticulosas que de seguro le harán espíritus incapaces de comprender la gran trascendencia comercial, industrial y política, y sobre todo, civilizadora, de esta iniciativa, pequeña en la forma, como grande por el pensamiento que encierra.

IV

Antes de terminar este pequeño estudio sobre el comercio y la industria pesquera en la costa occidental de Africa, séanos permitido unir nuestro deseo al deseo unánime de los habitantes de las islas Canarias, fielmente interpretado por las sociedades económicas de Amigos del País de la provincia. Sobre todas las necesidades hay una necesidad culminante, imperiosa, á la cual se ha debido atender sin esperar trámites ni informaciones de ninguna clase. ¿Ha enviado ya el Gobierno á aquellas aguas un crucero que exterminase la piratería, y ponga á cubierto para lo sucesivo de toda agresión, la vida y los intereses de los honrados marineros que hoy se ocupan en aquella industria? Si no lo ha hecho, ha faltado á sus deberes como Gobierno, y á los principios más elementales de la moral; si no lo ha hecho, es de esperar que lo verifique en breve, dando así una satisfacción á la opinión pública, justamente alarmada con los crímenes repetidos de piratería que tienen lugar en aquellos mares.

V

Nadie se explicará cómo teniendo las Islas Canarias, á la vista una costa estensa y reducida á la soledad por el abandono de todos, y deseando sus habitantes, y los del continente Africano, realizar transacciones comerciales de mútuo interés, lleve la prohibición el Gobierno Español, más allá que el Emperador de Marruecos: este se limita á desear que no se entablen relaciones comerciales en Sus y Guad-Nun por otros puertos que los habilitados al Norte del Atlas, y nuestro Gobierno, con una falla de prevision extraordinaria, no solo hace completamente imposible aquellas relaciones conforme con los deseos del Sultán, sino que prohíbe en absoluto toda comunicación con tierra desde Santa Cruz de Agadir hasta las posesiones francesas del Senegal, obligando á los buques pescadores, cuando tal comunicación tiene efecto, á sufrir una observación sanitaria en Mahon ó Vigo, es decir, más de 400 leguas de las islas Canarias. ¿Es esto justo? ¿Responde semejante arbitrariedad á ningún principio de justicia ni de conveniencia pública? ¿Dónde está la prevision del Gobierno, dónde está el instinto siquiera de su propio interés? ¿Y hablamos con desden del atraso político, intelectual y administrativo del imperio marroquí! Nosotros, que blasonamos de civilizados cerramos los oídos á los gritos de la civilización que pugna por entrar, y nosotros no queremos, en el continente Africano. Nos creemos progresivos en el sentido político, relativamente á aquel imperio, y venimos por espacio de tantos años obediendo ciegamente la política torpe y poco previsora que nos ha trazado el interés y el egoísmo del Sultán de Marruecos. Creemos haber alcanzado una perfección intelectual á la altura de los grandes talentos de Europa, y no hallamos medio ni recursos para vencer en el terreno diplomático la habilidad del Gobierno marroquí. Decimos un día y otro que la administración del imperio no obedece á otro principio ni otro criterio, que al deseo y al propósito de aumentar los tesoros del Sultán, sin cuidarse para nada de los intereses de los administrados por grandes que sean, y lastimados que se hallen, y nosotros en medio de monstruosas elucubraciones económico-financieras, arruinamos, como, ellos, al pobre contribuyente; pero hacemos más, porque arruinamos también al Tesoro público y como ellos, nos cuidamos poco de lo que constituye encada país las fuentes de la riqueza pública.

¿Quiere el Gobierno español volver por el honor y la dignidad de la patria tan quebrantados en nuestras relaciones con Marruecos? ¿Quiere proteger la vida y los intereses de nuestros hermanos, de allende los mares, laboriosos marineros dedicados á la pesca en las costas Canario-Africanas? ¿Quiere que esta industria tenga en un plazo breve el gran desarrollo de que es susceptible? ¿Quiere contribuir á que el comercio se levante de su dolorosa postración abriendo nuevos horizontes á la iniciativa individual?

Pues procure por todos los medios posibles, y son muy grandes todavía los recursos de la Nación Española, remover con valor los obstáculos y vencer con voluntad firme y decidida, las dificultades que se opongan á la realización inmediata de lo siguiente:

1.º Posesionarse de Santa Cruz de Mar Pequeña en el sitio designado por la comisión internacional del vapor *Blasco de Garay*, avisando previamente al Gobierno marroquí, para que asista al acto si lo tuviere por conveniente.

2.º Establecer inmediatamente relaciones de amistad é inteligencia con los jefes Hosein-Ben-Hachen, del territorio de Tazeroualt y los hijos de Side-Beyruk, jefes de Guad Nun, así como los jefes de las kabilas independientes de Ait-Bu-Amran, para conseguir por medio de transacciones comerciales las garantías de seguridad é independencia que no puede ofrecer el sultán.

3.º Establecer un crucero de guerra para exterminar la escuadrilla de piratas, y ofrecer garantías de seguridad en el ejercicio de la pesca en aquellos mares.

4.º Posesionarse de las Bahías de Puerto Cansado y Cintra por medio de un acto que imprima carácter de propiedad, para los sucesos del porvenir.

5.º Organizar en la Costa de Africa al paso que se vayan estableciendo factorías, las correspondientes oficinas sanitarias para el despacho de los buques, como se hace en los demás puertos de la Nación.

6.º Establecer un Lazareto de observación en la isla «La Graciosa» al Norte de Lanzarote en la provincia de Canarias.

7.º Nombrar comisionados ó agentes hábiles conocedores del país y de las costumbres de aquellas kabilas con los recursos necesarios para realizar por su medio, las mejores relaciones de amistad é inteligencia, é ir preparando la solución á los grandes problemas sociales y políticos del porvenir.

Si el Gobierno Español aprecia en su verdadera importancia los altos intereses de la Patria encomendados á su gestión gubernamental y administrativa, no ha de prolongar por mucho tiempo este estado triste y desconsolador que venimos bosquejando. Seguros estamos de que las nobles aspiraciones de las Sociedades de Amigos del País de las islas Canarias, se verán muy pronto en gran parte realizadas, y como la primera entre todas, la honra de ver tremolar la bandera Española en los restos de nuestra antigua fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña, que saludaremos con toda nuestra alma, como el primer paso en el camino civilizador que tiene reservado el porvenir á nuestra Patria en los destinos del continente Africano.

JOAQUÍN BAEZA

LA NOCHE

¿Por qué la noche callada
de negras sombras se viste?

¿Acaso está enamorada?
—Está triste.

—¡Triste!... ¿Y su pesar alegre
rindiendo al amor tributo
vestida de sombra negra?

—Vá de luto.

—¡Luto! Por eso á deshora
camina con paso incierto;
ó celos ó ausencia llora.

—Llora á un muerto.

—¡Muerto! ¡Muerto! Triste punto
de su amorosa porfia.

Pero, ¿quién es el difunto?
—¿Quién?... El día.

—El día su faz esconde
rotos los mortales lazos...
Murió... pero... ¿cómo? ¿dónde?...

—En sus brazos.

—En sus brazos! ¡Trance fuerte
que en negro luto la abisma!...

Pero, ¿quién le dió la muerte?
—Ella misma.

—Por eso triste y callada
de negras sombras se viste!

—Por eso viene enlutada,
muda y triste.

JOSÉ SELGAS.

EL PATIO ANDALUZ.

ACUARELA.

Cubierto está el pátio

por un ancho toldo

que del sol embota

las flechas de oro.

Despide, en el centro

del pátio anchuroso,

la fuente de mármol

su rumor sonoro.

Rumor que parece

cantar amoroso,

gemir de guitarras

ó ayes melancólicos.

Hay lozanas flores

de la fuente en torno:

claveles de llamas,

lindos heliotropos,

el jazmín de nieve,

el nardo oloroso

y de frescas flores

brillante tesoro.

Y en lujosas jaulas
pájaros canoros
lanzan á los vientos
trinos melodiosos.
Por entre las flores
se ve el lindo rostro
de una hermosa jóven
de brillantes ojos.
La beldad ostenta
un blanco y airoso
traje guarnecido
de encajes preciosos.
La hermosa da al aire,
con sentidos tonos,
un cantar del pueblo
de los negros ojos,
mientras borda en raso
pájaros vistosos,
insectos brillantes
y rosas de oro.
El canto interrumpen
rumores sonoros,
crujidos de alas,
gritos armoniosos.
Es que entre las flores
juega un niño hermoso
de rubios cabellos
y divino rostro.
Aparta la hermosa
del raso los ojos,
y mira al querube
con materno gozo.
.....
El niño es la abeja
de grana y de oro
que besa las flores
del páteo frondoso.

MANUEL REINA.

LA CRUZ DE PIEDRA.

Era la tarde; en la estension vacía
la luz brillaba refulgente y pura,
y escueta cruz de piedra en la llanura
sus carcomidos brazos estendía.

Al pié de aquella cruz y en aquel día
que yo juzgué de plácida ventura,
juré querermela, y en la piedra dura
puse su mano, que estrechó la mía.

Han pasado los años presurosos
como esas hojas que al volar el viento
arrebata á los árboles frondosos.

Aun está allí, sobre su duro asiento,
la cruz de piedra que nos vió dichosos...
¿Dónde estará su falso juramento?...

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

EL AMOR QUE MATA.

Hace pocos días he recibido una gruesa carta, ó más bien un manuscrito, porque lo que hallé cuando rompí el sobre negro que cerraba el sobre, era unas Memorias íntimas, á las cuales, por no tenerlo, he puesto un título: sí, *El amor que mata*; y cómo el amor mata va á verse por algunas de sus fases en el siguiente relato.

I

Yo la amaba en su género: voy á explicarme: yo he sentido en mí una infinidad de amores diferentes, que se han relacionado, constituyendo un conjunto proveniente de un solo principio: de la adoración de la belleza, cualquiera que sea su manifestación; y aquel diablo de muchacha era bella, yo no sé de cuántas maneras; hasta su oficio era simpático, florista, y ella una flor, cortada... pero, en fin, una flor; había perdido su perfume, pero se perfumaba; conservaba toda su gracia y toda su alegría, lo que reemplazaba la frescura que ya hacía años, aunque no muchos, había sido en ella consumida por las pasiones al natural (yo podría probar lo exacto de esta frase con unas cuantas evoluciones metafísicas): ella tomaba la vida como la vida iba á ella, y se suicidó por un exceso de actividad que ningún género de prudencia ni de temor moderaban; ella era una preciosa realización de diez y nueve años, de las teorías de los graves pensadores que se consagran á propagar las ideas que deben modificar la especie viviente y pensante, poniendo las convenciones sociales en perfecta armonía con las necesidades materiales, naturales, prácticas, inalienables del individuo racional: ella se había emancipado todo cuanto había necesitado emanciparse; había suprimido respecto á sí misma en sus microcosmos el matrimonio; había borrado los celos, ni aún había pensado en la maternidad; la familia no la hacía falta, puesto que la encontraba por todas partes, y la reanovaba todos los días y la gozaba sin cargas ni ásperos deberes; ella no tenía más fardo sobre sí que el de sí propia, y era éste tan ligero, tan aéreo, que cargada con él podía volar una mariposa, y aun siendo de las diminutas: á ella no se la había nunca ocurrido reclamar la declaración de su aptitud para todas las carreras profesionales, que son privilegio exclusivo del hombre, ni alegar sus derechos de ciudadana; espíritu racional práctico de la libertad omnívota, sin apercibirse de ello, ella no reconocía género alguno de autoridad, ni más mandato que el de sus instintos, ni más ley que la de su capricho, por lo cual no había podido desear ser legisladora ni aun electora; ella era el realismo absoluto y el materialismo embriagante, inmanentes en una materia de primera clase, y en un espíritu absolutamente fácil y despreocupado: era un pedazo viviente de filosofía pura; ella decía (porque era culta, á causa de su gran trato de gentes y de su delirio por la lectura) que lo

que llamaban sociedad no era otra cosa que un *restaurant*, en cuyo *menú* todo el que sabía elegir encontraba los manjares que necesitaba, las salsas que quería, las bebidas que más le agradaban, porque, añadía: «todo lo que puede satisfacer un apetito de eso que se llama cuerpo ó de eso otro que llaman almas, es un manjar;» y, concluyendo, tanto dió en atracarse para satisfacer sus enérgicos apetitos, que se le *pervirtió* el estómago, contrajo la propensión á las indigestiones, se la empobreció y se la irritó la sangre, sobrevino la *anemia*, y un día, bailando frenética entre mis brazos, se me quedó en ellos muerta, pero sonriendo; este era el aspecto de la contracción que en ella había impreso en un ligerísimo beso la muerte: un sueño que había pasado, una ráfaga pura y perfumada que se había perdido, una blanda ola que se había alejado en el infinito océano que no tiene costas: una comprobación más de aquello que todos han dicho, incluso Calderon, *la vida es sueño*; una vulgaridad, porque todas las grandes cosas las ha dicho el vulgo antes que los sábios; los que desprecian al vulgo no saben que le plagian y que no pueden decir una cosa verdaderamente nueva si no dicen un disparate.

II

Me he extraviado: me parece que me ha cogido el contagio del *filosofeo* á la moda, que difunden con un verdadero furor sagrado (el furor de los furoros) los neo-filósofos: pero no, no es eso: es que estoy desesperado, loco; es que estoy agonizando bajo la influencia horrible del AMOR QUE MATA.

III

Aquí puse el título á su manuscrito el autor anónimo cuya voluntad cumplo publicando sus Memorias, que he compaginado y ordenado y puesto en estilo. Había una laguna en ellas: el autor no vuelve á acordarse de la florista; al presentarse de nuevo toma un aspecto lúgubre; está en un cementerio, ¿cuál? No lo dice: ¿por qué? Se olvida de manifestarlo: empieza de nuevo su relato de una manera brusca.

IV

¡Nunca yo la víera!... Ella me mata, ella me engañó haciéndome víctima de un profundo egoísmo, con premeditación y alevosía: yo no fuí para ella otra cosa que un medio: ¡yo la adoro! ¡yo la siento en mi alma, y la perdono, porque yo, para llenar el horrible vacío que en mí sé ha dejado, engañaría á la humanidad entera, la aniquilaría! ¡Ah! ¡El hambre del alma! ¿Qué infamia hay que no se cometa, si por ella se puede calmar el dolor del alma hambrienta?

V

Yo necesito una expansión: yo necesito difundir mi dolor para que se infunda en aquellos que tengan su sentimiento asimilable al mío: así me parece que mi dolor comparto y que le disminuyo: pero no, un dolor como el mío, cuanto más *estuye, estuye* con más fuerza, como un pantano infinito que encontrando una vía la vá ensanchando, sin disminuirse por esto, convirtiéndose en torrente, acabando en océano, rebosando en lo inmenso, revolviéndose en sí mismo: lo paradójico, lo incomprensible, y sin embargo, lo real; porque yo lo siento, y su sentimiento es en mí un hecho terrible, *trascendental*, puesto que me mata: yo no quiero morir: pero allá desde lo infinito del abismo me atrae ella, ella que me ama en lo invisible, como me amó en la vida, ¿pero si me amaba, por qué murió? ¿O es que hay un amor de *ultra muerte*, es que no hay muerte, y que esto que llamamos muerte no es más que una evolución de la vida?... ¡Ah! yo busco en el abismo que me absorbe un punto de apoyo y no lo encuentro: es que ni aún voluntad me queda para buscar en nuevas impresiones un aliento de vida; es que algo desconocido que siento, y que no puedo explicarme, me devora!

VI

¿Qué hacia yo allí, qué buscaba? ¡Una tumba, resumen breve de una historia vulgar idealizada! El cumplimiento de un fenómeno de la atracción; el principio tal vez de la enfermedad á que sucumbo. Y el sentimiento que ella en mí reveló, borró todos los recuerdos anteriores de mi sentimiento: fué una absorción: cuando se fué con sus dos niños, yo permanecí por algún tiempo inmóvil en el lugar á donde había llegado cuando la descubrí, y cuando se alejó, enlutada, lánguida, leve, como una aparición ideal que pasa, llevando sus pequeños de la mano, más que mis ojos la siguió mi alma; pero tranquila, como acariciada por algo dulce, delicioso, lánguido.

—¿Quién es esa señora?—pregunté á dos sepultureros que cerraban un nicho.

—Una viuda, que viene con mucha frecuencia: hace seis meses que su marido murió.

—¿Era jóven?

—Sí, señor: allí en la lápida del panteón lo dice.

Me acerqué al panteón que el sepulturero me señalaba. Leí un nombre: 30 años, ingeniero: en cuanto á lo que físicamente había sido, lo revelaba una fotografía; alto, distinguido, simpático, de mirada serena y profunda, en que la luz, obrando sobre la preparación impresionable, había cogido una chispa de vida, algo que revelaba una inteligencia superior, envuelta en un espíritu soñador de la especie del que anima á todos los manifestadores de la poesía, divulgadores de ella, sacerdotes del sentimiento ideal referido á la vida, imaginadores de lo bello, anegados en la armonía deliciosa de lo sublime que todo el que vive siente, sintiendo la vida, y que forman la gran familia de los artistas: esos que se hacen comprender y aclamar del vulgo; esos que son las manifestaciones múltiples de la idea infinita.

Sentí celos... ¡celos de un muerto! Comprendí que en mí empezaba un nuevo amor; me entregué á él sin defenderme, y salí lentamente, anegado ya en un nuevo sueño, del cementerio.

VII

Volví á verla: había llegado ántes que yo: á la puerta de la verja había yo reparado en un carruaje *comm' il faut*: sencillo y elegante, excelente tronco, criados de gran luto con una librea irreprochable: conocían á los míos: apenas había bajado yo de mi *char-avant*, se habían metido en conversacion.

Ella tenía puestos en el borde del panteón los dos brazos, doblados el uno sobre el otro, y sobre los brazos la cabeza; un ligero estremecimiento, alternado y persistente, manifestaba que lloraba; los dos niños (niño y niña), enlutados y asidos de las manos, estaban inmóviles junto á ella.

Yo, que desde lejos la había visto, no continué: me metí en una galería inmediata y me perdí por ella.

La situación me dominaba. Yo tenía la seguridad de que, si nos encontráramos, si nos miráramos, mi propensión hacia ella, había, necesariamente, de aparecer en mis ojos. No era el lugar, y me sentía atraído de una manera invencible: me salve al fin, huyendo y saltando en mi carruaje.

VIII

Imposible arrojar de mí el espíritu que en mí se había infundido: tanta más lucha para defenderme, tanta más debilidad para resistir.

Mi fantasía la idealizaba, la sublimaba, la transfiguraba, la hacia suprema.

Ella era... no la puedo describir tal cual yo la sentía... un arcángel triste, blanco y rubio: en sus ojos negros aparecía una luz inexplicable, como si en ellos hubiese brillado el fuego de la vida con todas sus virtualidades atrayentes por la concentración de todas las fuerzas del encanto supremo: yo sentí en ella mi alma; es decir, todo aquello á que mi alma había aspirado sin encontrarlo y sin esperarlo, y había sobrevenido una fascinación.

La belleza se siente y no se analiza: las reglas de la estética no sirven de nada: lo que para nosotros es verdaderamente bello, es misterioso: sintiéndolo idealizamos la materia, dándole un efecto que sublima la forma, y materializamos el espíritu, haciéndole para nosotros tangible en la forma, en un todo en que las relaciones perfectas constituyen un conjunto esencialmente armónico en sí mismo, y al que propende de una manera irresistible nuestro espíritu: ese es el amor sublimado, el amor absoluto; lo fantástico en lo real, lo real transfigurado, la vida con todas sus actividades, dilatada en un infinito incalculable: una glorificación; pero ese amor divino es el amor que enloquece, el amor que abrasa, el amor que condena: ¡es el amor que mata!

IX

Por una intuición poderosa, por ese sentido íntimo que pudiera llamarse conciencia de la conciencia, y que no nos engaña nunca, yo me había dicho:

—«Ella no puede amarme.»

Y me anegaba en la metafísica para buscar quintas esencias que me demostrasen la posibilidad de ser amado por ella.

Todos los que han trabajado en el esclarecimiento de un misterio, saben que no hay nada tan desesperante, tan horrible, en las grandes situaciones del sentimiento, como el *pro* y el *contra*. Acabais por aturdirlos y por someteros á la fatalidad.

Había, sin embargo, en mí reacciones extrañas; períodos en que me parecía todo lo que había sufrido, anhelado y desesperado por ella, el recuerdo de una pesadilla; me creía libre de aquel amor, y temiendo que volviese me entregaba de una manera febril á un desorden monstruoso, á una orgía continua, á una especie de vértigo que acababa postrándome por la excesiva violencia ejercida sobre mi organismo; y entonces, cansado, rendido, comprendía desde el fondo de mi prostración que no había hecho otra cosa que huir, pretendiendo alejarme de ella sin conseguirlo, porque la llevaba conmigo.

X

La idealización que de ella había hecho, se sublimaba más y más: la atracción que en un momento de fiebre creía yo haber vencido, aumentaba en fuerza hasta hacerse irresistible, y volvía al cementerio: á aquel siniestro lugar de cita tácita; porque siempre que yo iba en su busca la encontraba, allí junto á aquel panteón que encerraba unos restos que exacerbaban mis celos; siempre con sus dos niños, que, silenciosos é inmóviles y como contraídos, permanecían junto á ella.

Yo la contemplaba de lejos, y de una manera vaga, vacilante, me perdía entre los árboles, detrás de las tumbas, y desde allí la espiaba sin ser visto: me emboscaba generalmente tras uno de los ramilletes de sauces llorones enlazados por un velo de yedra, sobre el que trepaban jazmines, junto á un sendero por el que tenía que pasar para salir del cementerio: marchaba negligentemente como fatigada por un cansancio más del alma que del cuerpo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, apenada y pálida como una muerta, pero arrojando de sí en un effluvio que yo sentía, una vida inmensa, abrasadora: sus dos niños iban delante de ella asidos de las manos, andando de prisa como deseosos de salir del cementerio, por ese extraño sentimiento de espanto inconsciente que en ellos causa todo lo que representa la muerte.

XI

Yo la había encontrado la primera vez en el cementerio á fines de la primavera, cuando los árboles tenían toda la opulencia de su follaje y todo el esmalte de sus tonos y las flores exhalaban con más fuerza su fragancia; cuando los verdes felpudos que entapizaban el suelo, parecían mojados por la fuerza de su frescura, y las zumbadoras abejas se cruzaban con las ligeras mariposas: durante el verano y parte del otoño, la había buscado cinco ó seis veces, huyendo de ella, espantado de un amor que por un instinto inexplicable me aterraba, y volviendo á acercarme á ella tras un período de lucha, llevado por una atracción irresistible.

XII

Las hojas de los árboles empezaban á tomar un amarillo rojizo: las flores habían disminuido; el tapiz verde afelpado se había agostado, y en anchas calvas dejaba ver la tierra árida; habían desaparecido las abejas y las mariposas, y el viento en sus tibias ráfagas traía ya algo de la humedad de la lluvia anunciando el invierno.

Entré ansioso, palpitante, temiendo no encontrarla, y al verla á lo lejos se me heló la sangre, se me nublaron los ojos, zumbaron mis oídos, sentí la impresión de un aniquila-

miento insoportable, de un vacío que llenaba mi sér y le sometía á una agonía insufrible; ella estaba sentada al pié del panteón; la niña, preciosa criatura de nueve años, se apoyaba en un hombro de su madre: ¿y el niño? ¿dónde estaba? Enfermo, no: ella no se hubiera separado de él. ¿Estaba tal vez allí, enterrado con su padre?... Hé aquí la terrible suposición que me hacía sentir en el alma aquel vacío insoportable, semejante al que debía sentir ella si mi suposición era cierta.

Entonces por el dolor que sentía, á causa del dolor que yo temía en ella, comprendí que mi amor era invencible, que no había contra él ni aún posibilidad de lucha, que era mi destino.

En el momento en que yo entraba, y apenas había tenido tiempo para verla, se levantó ella, cogió su niña de la mano y se dirigió á la salida: yo no tuve ni fuerza ni voluntad para apartarme; permanecía inmóvil y como petrificado: duraba en mí el espasmo del sentimiento, si se me permite la frase: el sendero en medio del cual me encontraba yo entre dos panteones, era estrecho; caía la tarde, y el nublado arrojaba sobre la tierra una luz gris sombría; había ya algo de penumbra, el viento zumbaba pesadamente en largas ráfagas desapacibles, y producía un son como de gemido en los cipreses, y leves y múltiples silbidos en las flexibles ramas, pendientes de los sauces: yo no estaba en situación de apreciar estos detalles, porque mi marasmo continuaba, y, sin embargo, los recuerdo: ella avanzaba lenta y fantástica; sí, fantástica para mí, que la veía marchando hácia el lugar donde yo permanecía inmóvil y por donde ella había de pasar necesariamente.

Al llegar cerca de mí, viendo que yo no me movía, se detuvo; nuestras miradas se encontraron; entonces un sacudimiento de todo mi sér me trajo á la realidad y la dejé paso, me saludó con una leve inclinación de cabeza, y me pareció que de sus ojos, que me miraban de una manera singular, partía en un relámpago brevísimo, algo indefinible, algo sobrehumano: pasó, se perdió por una revuelta del sendero; yo sentí durante algunos segundos el roce de su traje sobre el suelo, poco después el sordo y rápido rodar de un carruaje... luego, nada: un silencio profundo.

Sentí pavor, y como si aquel pavor hubiese tirado de mí, me precipité hácia el panteón, al pié del cual había estado sentada; miré con ansia; en efecto, había una nueva inscripción y un nuevo retrato, el del niño: se parecía á su padre, cuanto á un hombre de treinta años puede parecerse un ángel de seis: lo que yo en aquel momento sufrí por el caos de sentimientos que se agitaban en mí como una tempestad, era insoportable: los retratos me atraían, y como si el efecto de la mirada de la esposa y de la madre, de aquella mirada incomprendible durase en mí, yo la veía á ella sin dejar de ver los retratos, que parecían agrandarse, tomar formas reales, vida, expresión, infiltrándose en mí, refundiéndose en mí, haciendo de ellos, de ella, de mí, un sólo sentimiento, un sólo sér.

XIII

Yo estaba verdaderamente loco: sentía una fuerza de vida maravillosa y un dolor en el fondo del cual había un placer insoportable: la sangre golpeaba mis sienes, y parecía que mi corazón iba á romperse: yo no hubiera creído nunca hubiese resistencia bastante en un sér humano para sufrir la acción de una fuerza tal de sentimiento: yo la había divinizado, y aquella divinización que se hacía sentir formidable en mi sér no me mataba: indudablemente yo estaba loco.

XIV

Pero á pesar de mi locura, ya incurable, el instinto de conservación, lo álgido del dolor, obrando en mí simultáneamente, parecía como que me galvanizaban, volviéndome á la razón perdida: en un momento lúcido me lancé en un tren de la línea del Norte: al tercer día estaba en París.

Pero la gran Babel moderna no tenía para mí ruido, ni movimiento, ni placeres: ella me acompañaba, me envolvía y no me dejaba sentir nada que no fuese ella: fuí á los espectáculos y me rechazaron; llegué hasta arrojarme desesperado en Mabilly, y desde el mismo ingreso huf espantado de la profanación de meterla conmigo en aquel brillante lupanar: recurrí como á un remedio heroico, á la embriaguez, y no pude caer en ella: me repugnaban de una manera invencible los licores: vagué por los puentes del Sena, y comprendí el efecto que su serena superficie sombría debe causar en los que buscan en ella como una suprema salvación la muerte: pero me animaba una vida extraordinaria, poderosa; yo no podía aniquilarla; en el fondo oscuro de las aguas veía yo, siquiera fuese de una vaguedad infinita, la inefable sonrisa de la esperanza. ¡Tal vez!... Ese tal vez que alienta á los desdichados me protegía.

XV

Como me habían rechazado todas las seducciones de París, él también me arrojó de su recinto: llegué una cruda mañana de diciembre á Madrid, y sin descansar cambié de traje y me fuí al cementerio. ¿Para qué? No era la hora. Yo lo creía así á lo ménos: al llegar, mi carruaje hubo de esperar á que desembarazase la entrada un carro mortuario: un carro dorado, fileteado de azul y blanco, con pabellones de seda bordados de oro, enganchado á cuatro caballos blancos con penachos y gualdrapas azules; yo ví este equipaje comovedor de una manera indiferente; apenas si reparé en él: pero de improviso, más allá del carro mortuario, ví un carruaje que me era muy conocido: el suyo: me arrojé del mio y me abalancé á los criados de él de ella.

—¿Qué es esto?—les pregunté.

—La señorita,—me contestó el cochero.

—¿La niña!

—Sí, sí señor; se nos ha ido en veinticuatro horas; los médicos dicen que ha sido el sarampión, pero no, no; se la ha llevado su hermanito; cuando los niños se quedan con los ojos entreabiertos, tiran de sus hermanos: ya me lo temía yo. Y lo siento por la señora: este golpe la vá á matar.

—Pero la señora...

—Esta ahí.

—¡Ahí!

—Sí señor, ella los ha acompañado á todos.
Volví á meterme en mi carruaje y escapé.

XVI

¿Quién me había llevado al cementerio en aquella funesta hora, cuando no esperaba encontrarla?

La fatalidad: ¿y por qué no creer en la fatalidad? ¿Quién sabe las relaciones que existen entre lo visible y lo invisible? ¿Quién puede determinar cuál sea la influencia del espíritu sobre el espíritu? Yo me sentía dominado, arrastrado, traído, llevado, impelido por fuerzas que no podía explicarme. Se me ocurrían todas las maravillosas afirmaciones del magnetismo, del espiritismo: me asaltaban las sibilas, los hechiceros, los profetas de las Escrituras: un mundo sobrenatural me envolvía, y un deseo tenaz me decía: «Ella está en tu esfera de acción, en tu mundo, ella te pertenece, tu destino es el suyo, ella es tu predestinación.

¡Delirios del alma perdida en el ánsia de una vida suprema por el amor de una mujer!

Se embrollan mis recuerdos: no sé cuánto tiempo estuve sin verla, ni lo que durante aquel tiempo fué de mí.

Yo había soñado de una manera horrible; yo no puedo decir cómo había sido la manera de mis ensueños; no hay lenguaje para expresar el sentimiento más allá de donde alcanzan las imágenes vulgares, ó que están dentro de las relaciones más someras y comunes de las cosas: el espíritu libre en el sueño, ó casi libre, toma formas extrañas, apocalípticas, inconcebibles; en el desorden cerebral, las sensaciones invertidas producen imágenes incomprendibles y que, sin embargo, tienen relaciones en sí mismas, relaciones distintas de las de la razón ordenada, en armonía con las necesidades reales: yo no puedo explicarme sin hacerme tenebroso; viniendo á lo comprensible, á las imágenes vulgares, á lo que todo el mundo entiende, tengo que reducirme á decir que durante yo no sé cuánto tiempo, mi imaginación, que ejercitaba su actividad en un sopor pesado y semejante á la muerte en las manifestaciones externas de mi materia, fué, por decirlo así, el escenario de una fantasmagoría infinita, representada en un continuo cuadro disolvente en que un monstruo desconocido se transformaba en otro semejante en la extrañeza; en que bullía, hervía, rugía, chillaba, lloraba, reía un mundo incomprendible que de tiempo en tiempo desaparecía, como si le hubiese consumido una luz radiante, roja, con ese rojo de sangre luminoso é infinito del calorico, que iba atenuando su fulgor de sangre viva, fluida, etérea, pasando por todos los tonos del iris, hasta llegar á un blanco intenso de una fuerza de luz inconcebible... imposible de describir: y en medio de aquel espacio de vida absoluta, aparecía para mí ella... radiante, divina, infinita, absorbiéndome, refundiéndome en su sér, amor puro, condensación de vida, virtualidad prolífica, lubricidad procreadora, amor de amor, *sumum* de amor, universo, Dios.

Yo había sentido una congestión por una extraordinaria condensación del sentimiento, y sometido al desorden cerebral, había sentido, sin la conciencia de ello, todas las monstruosas combinaciones de la actividad del espíritu que encontraba desordenados todos sus medios de manifestación, produciendo imágenes invertidas, embrolladas, incomprendibles, y, por consecuencia, inexplicables.

XVII

Se había desesperado de salvarme: yo vivía solo: mis criados me habían llevado á mi casa accidentado: las convulsiones epilépticas, que se sucedían con una frecuencia amenazadora, no pasaban sino para dejarme entregado á un letargo profundo, á un accidente cuya duración era á veces de tres días, y durante el cual yo era un casi cadáver.

Yo vivía solo. Las decepciones, las villanías, las torpezas del mundo con que me había puesto en contacto, me habían hecho renunciar á la amistad, considerándola como un sueño peligroso de la buena fé.

Yo estaba solo entre médicos y criados. Mi cochero, el más antiguo de ellos, que podía decirse había nacido en casa, y que me amaba como si fuera su hijo, no se separaba de mí, no dormía, no reposaba.

Yo, en momentos de delirio, pronunciaba un nombre; el suyo: el viejo tuvo una inspiración, se arrojó á todo, y fué á buscarla.

El me lo contó despues.

Ella le había oído y le había dicho...

—Es decir que usted viene á buscarme como si yo fuera una hermana de la Caridad!

—Yo, señora,—dijo él,—sé que usted es la causa de la situación desesperada en que se halla mi amo.

El me dijo que ella no respondió por el momento, que parecía como que peleaba con algo secreto de ella misma, y que al fin dijo:

—¡Iré!

Y fué, y no se separó de mí. Yo había tenido á mi lado un ángel.

—A veces,—me decía mi viejo servidor,—se inclinaba sobre usted, señorito, y miraba á usted de una manera que parecía que decía á usted: «¡No mueras, despierta!»

Y esto me lo decía llorando el viejo, y añadía:

—Yo tenía esperanza.

XVIII

¿Es el magnetismo un remedio heroico en las afecciones gravísimas provenientes de un desorden nervioso? ¿Es omnipotente la voluntad? ¿Me salvó ella?

Mis ensueños pavorosos fueron cediendo en intensidad: mi sentimiento fué rehaciéndose y entrando en una situación normal. En fin... ¡qué momento aquel!... desperté... ví clara y distintamente la imagen de mi sueño, solo que había desaparecido la auréola luminosa: la luz de la lámpara de noche la iluminaba dulcemente de una manera vaga á través de su bomba de cristal mate, y la daba tonos fantásticos de un dulce claro oscuro.

Sus ojos, fijos en mí de una manera ansiosa, lucían... ¿cómo? imposible: no hay términos de comparación para expresarlo: vivificaban... eran omnipotentes; yo sentía una belleza de que fluían todas las actividades, todas las voluptuos-

sidades, todo lo carnal, todo lo prolífico, todo lo esencialmente hermoso *in se et per se*; todas las ansiedades, todos los deleites, todas las trasfiguraciones: una voracidad infinita, una fuerza incontrastable, un milagro: la cabellera descompuesta, la frente pálida trasparentando fuego; la garganta con las arterias dilatadas y palpitantes; el seno mal velado, nacarado, conmovido; las manos trémulas, asiendo una mia con una fuerza nerviosa; un fuerte perfume de vida... y luego aquel semblante resplandeciendo con una sonrisa de delirio, aproximándose como atraído por el mio, y... ¡un beso!

Después de esto, un grito como de dolor íntimo, como de dolor de las entrañas: una forma que de sobre mí se alzaba: una visión que desaparecía, después... la alcoba solitaria pero llena de su perfume; su imagen candente, inmensa, infinita, reflejada aun en mis ojos: ¡luego una soñolencia dulce... el reposo... la vida!

XIX

No volví á verla más hasta que al fin, restablecido, la anuncié una visita y me recibí.

Y siempre la voracidad en sus ojos: siempre una lucha interna; siempre la voz conmovida y opaca; siempre acreciendo la fascinación y el tormento; siempre una expresión incomprendible en el fondo de aquella mirada profunda, serena y poderosa, grave y dulce, apasionada y vaga, no pudiendo determinarse si la causa que la encendía provenía del sér de su sér, ó si de mí iba á ella inflamando su sér. ¡Siempre los celos!

XX

Y así dos años deliciosos y horribles: siempre el amor sin palabras, siempre la palabra innecesaria, siempre ardiente y explícito el lenguaje del sentimiento, la absorción absoluta, completa, y de tal manera, que al fin la unión se hizo por sí misma.

XXI

Yo empeoré mi situación: yo me sentía abrasado, devorado: el arcángel de fuego me consumía consumiéndose: yo sentía imposible la satisfacción de mi deseo; ella gemía de dolor, y se retorcia desesperada: éramos dos hidrópicos.

XXII

Ni ella había vuelto al cementerio, y ni yo del cementerio la había hablado: no había habido entre nosotros explicación de ningún género: el párroco había llenado todas las formalidades necesarias para nuestra unión: se había enlazado conmigo como una mujer que absolutamente no hubiese tenido familia.

XXIII

Hicimos lo que hacen todos; de la iglesia (ella quiso que la ceremonia fuese en la iglesia) partimos para una pequeña posesión de recreo que yo tenía cerca de Madrid. Al mes me dijo:

—Es necesario que nos preparen casa en París; ¿no es verdad que tú quieres lo que yo quiero?

Y me miraba siempre con una voracidad insaciable y espantada.

Enviamos el mayordomo á París.

Quince días después habitábamos un magnífico hotel con parque cerca del Arco de la Estrella en la Avenida del Grande Ejército.

XXIV

Ella se lanzó y me arrastró consigo á todos los espectáculos, se entregó á una actividad febril, parecía como que pretendía huir de sí misma.

Caía en el lecho rendida, excitada, como devorada por una fiebre latente: su sueño era inquieto, murmuraba palabras que yo no podía comprender y que me aterraban por su misterio. Yo desechara lo que adivinaba; pero no podía curarme de mis celos, ¡celos de ultra-tumba!

Hubo un día en que esperé: los signos de su estado de maternidad se habían hecho para mí indudables.

No pude contenerme, y lancé un grito de alegría.

—¡Ah!—exclamé:—al fin estamos verdaderamente unidos; nuestros dos séres alientan en un sér.

Se arrojó en mis brazos, me miró de una manera inmensa con una nueva y más poderosa luz en los ojos, luego reclinó sobre mi hombro su hermosa cabeza y rompió á llorar de una manera tal, que parecía que sus lágrimas tenían en sí dos corrientes: una de delicia infinita, otra de dolor inmenso.

Yo empecé á volverme verdaderamente loco: mi infierno se agrandaba, y mi felicidad candente, insoportable, crecía: yo estaba ya en completa vaguedad, en una completa desposesión de mí mismo; yo era como un satélite suyo; ella me arrastraba en su atmósfera y me lanzaba con una velocidad vertiginosa, en espacios que yo sentía sin comprender mis sensaciones.

Yo había acabado, en fin, por ser como el ángel en la presencia de Dios, mirándole y girando en derredor suyo impotente, sin poder salir de una órbita terrible, gloriosa á la par y condenado.

Era aquella una agonía de que no me hartaba, una inmensidad inexplicable.

XXV

Nació, pero nació á la vida de una de esas mariposas que duran un día.

Ella quedó inmóvil delante del adorado cadáver, desolada, con la insensatez en los ojos, la laxitud en el semblante, muda y misteriosa é infinita como la fatalidad.

Luego la sobrevino una convulsión rápida, pero violenta; en su mirada irradió una expresión de desesperación infinita y lanzó un grito agudo.

—¡Imposible!—dijo:—y cayó... cayó como el cuerpo muerto cae.

¡Yo he caído también!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRÁS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para
SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS Y GRAGEAS
De Bromuro de Alcañfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazón y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: *Asma, Insomnio, Pos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histérico, Convulsiones, Vertigos, Váridos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias*, y para calmar las excitaciones de todas clases.
— Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C^a y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de *Clorosis, Anemia, Palidez, Perdidas, Debilidad, Entenacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños*, y las enfermedades causadas por el *Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre* á consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
— ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
— Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^a y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sañudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of Whom may be had full particulars

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rapidamente las *Perdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos génito-urinarios.*
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DÍA.
— ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^a y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

PILDORAS BOILLE
de BROMHIDRATO de QUININA de BOILLE
Contra el Reumatismo diatésico y gotoso las Calenturas intermitentes, las Neuralgias, las Neurosis (Jaquecas), etc.
El Bromhidrato de Quinina de Boille es el de que se ha hecho uso exclusivo en todas las esperiencias que han tenido lugar en los Hospitales de Paris y de Francia.
EXIGASE LA FIRMA DE Boille
Deposito en Paris: E. BOILLE, 22, calle de la Bruyère.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL
INVENCIÓN CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.
de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las *Hernias* mas ó menos caracterizadas.—Hasta el día, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del **VENDAJE ELECTRO-MEDICAL**, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GABINETE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.
Vendaje sencillo: 25 frs.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

BANCO DE ESPAÑA.
LA SITUACION EN FIN DE AÑO.
Sigue la afluencia de metálico á las cajas del Banco, consistiendo el aumento en 31 de Diciembre, con relación al mes anterior, en cerca de 18 millones de ptas., pues las existencias que figuraban por 240.846.886 ptas. se han elevado á 258.684.182 correspondiendo de esta suma 120.198.904 á la caja central y 138.485.278 á las sucursales ó comisionados.
La cartera, sin embargo, ha bajado de 340.111.744 pesetas en Madrid á 316.351.556, al paso que en las sucursales ha ofrecido un aumento de 90.764.272 á 92.230.253 pesetas. Algun crecimiento se observa en la circulacion que ascendia en fin de año á 240.651.975 ptas. cuando un mes antes figuraba por 236.041.750, habiendo afectado el aumento á las sucursales en unos 7 millones de pesetas, al paso que se ha producido en Madrid un descenso que se acerca á 3 1/2. ¿Procede acaso la aglomeracion de efectivo de algun incremento en los depósitos y cuentas corrientes?
Todo lo contrario, los depósitos conservan próximamente la misma cifra con un ligero decrecimiento en las provincias y un aumento insignificante en Madrid, quedando éstos en 33.189.027 pesetas, y aquellos en 11.837.705, cuando ascendian en fin de Noviembre respectivamente á 33.060.677 y 11.948.417; en cuanto á las cuentas corrientes, han bajado en Madrid de 150.244.875 pesetas á 143.509.082, y en las sucursales desde 50.445.321 á 48.517.021; pero el activo contra el Tesoro, que importaba 50.331.685 pesetas, ha quedado reducido á 31.348.667, y el pasivo por reservas de contribuciones y fondos de aduanas que figuraba por 86.363.464 ha descendido á 31.470.262 al paso que la cuenta de diversos ha tenido un aumento que se aproxima á dos millones de pesetas. De desear sería, como ya lo hemos indicado en otras veces, que el Banco de España segregase del balance de sus operaciones mercantiles las partidas que se refieren á sus negociaciones con el Estado, formando una cuenta especial, como lo viene haciendo el Banco de Inglaterra, porque así se comprenderian mejor las operaciones.
Resulta, en suma, que la proporcion de existencias metálicas con las obligaciones exigibles, va siendo cada vez mayor y que esta situacion, sólida bajo cierto punto de vista, podria llegar á ser perjudicial para el Banco, motivo por el cual no nos cansaremos de aconsejarle que dé más ensanche al descuento mercantil, pudiendo irse desahogado de la plétora que le aqueja.

Habiéndose realizado de las oficinas de la Direccion de la Deuda los intereses del semestre vencido en 1.º del actual, correspondientes á los títulos de Renta perpétua al 3 por 100 interior depositados en este Establecimiento, se avisa á los interesados que pueden presentarse á percibirlos por el órden que se determina á continuación, previa exhibicion de los resguardos respectivos.
DIA 5 DE ENERO.
Resguardos de depósito, números 1 á 73.500.
DIA 7.
Resguardos de depósito, números 73.501 á 100.800.
DIA 8.
Resguardos de depósito, números 100.801 á 123.900.
DIA 10.
Resguardos de depósito, números 123.901 á 137.300.
DIA 11.
Resguardos de depósito, números 137.301 á 145.100.
DIA 12.
Resguardos de depósito, números 145.101 á 149.865.
Madrid 4 de Enero de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

El Consejo de Gobierno, con presencia del balance de fin de Diciembre último, ha acordado repartir la cantidad de pesetas 60 por accion, como complemento de los beneficios del año próximo pasado.
En su consecuencia, desde el sábado 15 del actual, de diez de la mañana á tres de la tarde, y por el órden que se expresa á continuación, pueden presentarse los señores accionistas en el Negociado de Acciones de esta Secretaría con los correspondientes extractos de inscripcion, á fin de percibir en el acto el expresado dividendo.
SÁBADO 15.
Letras del registro del extracto C, N, O.
LUNES 17.
Letras del registro del extracto D, E, F, P, Q, K.
MARTES 18.
Letras del registro del extracto G, R.
MIÉRCOLES 19.
Letras del registro del extracto H, I, J, S.
JUEVES 20.
Letras del registro del extracto T, U, V, Z é inalienables.
VIERNES 21.
Letras del registro del extracto A, L, LL.
SÁBADO 22.
Letras del registro del extracto B, M.
Se advierte que los pagos á los interesados se verificarán precisamente en los dias que quedan señalados, y

que desde el lunes 24 en adelante se harán indistintamente.
Madrid 3 de Enero de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO DE CASTILLA.
En el sorteo público celebrado hoy, segun anuncio inserto en la Gaceta del día 18 del corriente, para la 12 amortizacion de billetes hipotecarios de este Banco, han sido extraidas las 11 bolas marcadas con los números 8, 18, 37, 45, 57, 59, 65, 66, 78, 80 y 89.
En su consecuencia quedan amortizadas en todos los millares de la serie española y de la letra A de la serie inglesa las 11 decenas siguientes:
71 á 80, 171 á 80, 361 á 70, 441 á 50, 561 á 70, 581 á 90, 641 á 50, 651 á 60, 771 á 80, 791 á 800, 881 á 90.
Quedan tambien amortizados en las letras B y C de la serie inglesa los billetes de todas las centenas que terminan en los números citados que han salido en el sorteo.
Asimismo y con arreglo al referido anuncio, quedan tambien amortizados todos los billetes de la serie española que resultan en circulacion despues de este sorteo.
Desde el día 3 de Enero próximo, de once á una de la mañana en todos los dias no feriados, podrán ser presentados en las oficinas de este Banco, Barquillo, 3, bajo, los billetes hipotecarios de ambas series que resulten amortizados; debiendo tener unidos, sea cualquiera el día en que se presenten, todos los cupones no vendidos en aquella fecha, ó sea desde el que vencerá en 1.º de Abril del año próximo.
La presentacion se hará con doble factura, que se facilitará gratis, devolviéndose una á los interesados con el señalamiento para el pago.
Madrid 30 de Diciembre de 1880.—El secretario, J. Girona y Canaleta.

La Administracion del Banco ha acordado satisfacer desde el día 3 de Enero próximo los cupones que vencen en 31 del actual y valores que hayan sido amortizados, no sólo de sus emisiones y de las del Banco Hispano-Colonial, sino de toda clase de efectos públicos del Estado y del Tesoro, depositados en las Cajas del Establecimiento.
Al efecto los depositantes pueden presentar desde dicho día sus resguardos de depósito, en todos los no feriados, de once de la mañana á una de la tarde.
Madrid 31 de Diciembre de 1880.—Por acuerdo de la Administracion, J. Girona y Canaleta.

FABRICA DE CAJAS
DE
TODAS CLASES
DE
RAFAEL COMPAÑ
6, Fuencarral, 6.

LA AMÉRICA
Año XXI
LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.
Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.
En el Extranjero 40 francos.
En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE LOS SEÑORES M. P. MONTVOYA Y C.^a
Caños, 1.